Donde viven tus peores pesadillas...
LA CALLE DEL TERROR
R.L. STINE
Era una fiesta más, hasta que empezaron las amenazas...
La Fiesta Sorpresa

Meg Comenzó A Trotar Sobre El Pavimento Mojado Hacia Su Casa

Se dio cuenta de que debía de haber llovido otra vez mientras estaba en casa de Shannon, porque la calle estaba muy mojada y corrientes de agua rodaban por los bordillos hacia las alcantarillas.

Levantó la vista y vio unos faros y luego un coche oscuro detrás de ellos. Se acercaba a ella muy deprisa, y sus neumáticos salpicaban olas de agua de lluvia a ambos lados a medida que avanzaba.

Meg continuó trotando pegada a la acera. Pero se quedó inmóvil cuando se dio cuenta de que el coche había dado un volantazo y venía directamente hacia ella.

Parecía acelerar.

No tuvo tiempo de moverse ni de apartarse de su camino.

Inmovilizada como un ciervo asustado, levantó las manos como para protegerse y gritó cuando el coche se le echó encima.

Libro de R. L. Stine

La Calle del Terror: LA CHICA NUEVA
La Calle del Terror: LA FIESTA SORPRESA
La Calle del Terror: DURANTE LA NOCHE
La Calle del Terror: EL NÚMERO EQUIVOCADO

Disponible de ARCHWAY PaperBacks

La mayoría de los libros de bolsillo de Archway están disponibles con descuentos especiales por cantidad para compras al por mayor destinadas a promociones de ventas, primas o recaudación de fondos. También se pueden crear libros especiales o muestras de libros para satisfacer necesidades específicas.

Para más detalles, escriba a la oficina del Vicepresidente de Mercados Especiales, Pocket Books, 1230 Avenida de las Américas, New York, New York 10020.

LA CALLE DEL TERROR

La Fiesta Sorpresa

R. L. STINE

AN ARCHWAY PAPERBACK
Publicado por POCKET BOOK
Nueva York Londres Toronto Sydney Tokyio Singapur

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

AN ARCHWAY PAPERBACK Original

Un Archway Paperback publicado por

POCKET BOOKS, una división de Simón & Schuster Inc.
1230 Avenue of the Americas, Nueva York, NY 10020

Copyright © 1989 por Parachute Press

Traducido por: César Augusto Muñoz Muñoz (2024).

Derechos de autor de la portada © 1989 ENRIC

Todos los derechos reservados, incluido el derecho a reproducir este libro o partes del mismo de cualquier forma. Para más información, diríjase a Pocket Books, 1230 Avenue of the Americas, New York, NY 10020

ISBN: 0-671-73561-6

Primera edición en rústica Archway agosto de 1989

10 9 8 7 6 5 4 3 2

ARCHWAY PAPERBACK y el colofón son marcas registradas de Simón & Schuster Inc.

Impreso en EE. UU.

IL 6+

La Fiesta Sorpresa

prólogo

Qué fácil fue. Y qué rápido.

El rifle estalló, chasqueó como un petardo barato.

Adiós, Evan.

Sueños placenteros.

Fue tan fácil. Y no tan desagradable, en realidad. Especialmente si no pensabas en ello.

Especialmente si encerrabas todo el panorama en algún rincón remoto de tu mente y pensabas en...ella.

Era tan maala.

¿De qué otra forma podría describirla? Pensaba en ella todo el tiempo. Siempre estaba invadiendo su cerebro, apartando lo que se suponía que debía estar pensando, hasta que a veces pensaba que ella podría volverle loco, realmente loco.

Haría cualquier cosa, se dio cuenta, por ella.

Era tan maala. Quería aplastarla, aplastarla, aplastarla. Quería que estuviera con él, que sólo se preocupara por él, que sintiera lo mismo que él.

Y ahora ella lo haría.

Se limpió el mango del rifle contra la camisa y caminó rápidamente por el sendero entre los árboles.

El bosque estaba tranquilo, tan tranquilo ahora.

Todo era tan fresco y de un verde frondoso. Todo era tan brillante y alegre.

Él empezó a caminar más deprisa, y sus botas crujían ruidosamente sobre las ramas secas y la maleza. Se volvió y echó un último vistazo al cadáver.

¿Se saldría con la suya?

Por supuesto que sí….

capítulo 1

Sábado por la Tarde

Meg Dalton pisó el freno de mano y detuvo su bicicleta en el camino de tierra. Respiró hondo y sonrió.

—Huele a primavera—, dijo.

La luz del sol se filtraba entre los altos árboles, con sus hojas verdes y frescas aún desplegadas. Los cornejos y los cerezos ya habían florecido, cubriendo el parque de la Sombra con salpicaduras de blanco y rosa.

«Es tan bonito este lugar en mayo. Es como pasear por un mundo de cuento de hadas», pensó Meg. Sus amigas siempre la criticaban por decir cosas así. Decidió guardárselo para sí.

Sus dos compañeros, que pedaleaban tranquilamente, la alcanzaron.

—Eh, Meg, ¿por qué has parado? —. llamó Tony.

—Sigamos hasta el río—, dijo Shannon, deslizándose junto a Meg, y luego se dio la vuelta.

—Vamos. Quiero montar. Tengo que quemar algunos de los kilos de más que engordé este invierno.

Meg se quedó mirando a su amiga. «Shannon no tenía kilos de más que quitarse. Su figura era perfecta. Con su pelo cobrizo, sus ojos azules y su boca llena de morritos», pensó Meg, Shannon se parecía a esa actriz de cine, Molly Ringwald.

—Tengo que comprarme una moto nueva—, dijo Tony. —Ya no queda goma en los pedales.

—Ssshhhh—, interrumpió Meg, señalando un lecho de flores silvestres rosas y moradas que había justo delante. —Mirad. Un colibrí.

—¿Vamos a seguir pedaleando, o qué? —preguntó Shannon con impaciencia. —Si hubiera sabido que esto iba a ser una excursión por la naturaleza, habría traído mi cuaderno.

Shannon volvió a subirse al sillín de la bicicleta y se alejó pedaleando. Meg se apresuró a alcanzarla.

—¡Eh, espera! —llamó Tony. —Es difícil pedalear sin goma en los pedales.

Pasaron junto a un ruidoso partido de softball en el estadio público y reconocieron a varios de sus amigos del instituto Shadyside. En el campo inclinado y cubierto de hierba que hay más allá del estadio, la gente toma el sol, lanza frisbees y hace picnics.

«Es como si todo el mundo hubiera salido de su capullo y estuviera dispuesto a divertirse», pensó Meg. Sabía que sus amigos también la criticarían por eso.

Todo el mundo se burlaba de Meg por ser demasiado amigable, demasiado entusiasta, demasiado brillante y alegre. Era bajita y, muy a su pesar, aún no había desarrollado mucho la figura. Y con su cara redonda, su pelo rubio corto y sus grandes ojos azules, a veces la confundían con un niño, ¡lo que la volvía loca!

Una ardilla bebé correteó por el camino y Meg tuvo que

dar un volantazo para esquivarla.

—¡Podrían haber sido cinco puntos! —gritó Tony desde varios metros por detrás.

—No tiene gracia, Tony—, replicó Meg. Pedaleó con más fuerza y alcanzó a Shannon.

—Tony parece estar de buen humor—, dijo Shannon, con los ojos fijos en el camino.

—No ha hecho más que quejarse de su bicicleta en toda la tarde—, dijo Meg con un suspiro.

—¡Pero para él, eso es estar de buen humor! — Shannon soltó una carcajada.

Meg forzó una carcajada. Se dio cuenta de que Shannon tenía razón sobre Tony. Había estado de muy mal humor todo el invierno. Siempre perdía los estribos y se enfadaba por los motivos más insignificantes, o sin motivo alguno.

Al principio Meg pensó que tal vez era su culpa. Tal vez Tony se estaba cansando de ella. Llevaban juntos más de dos años. Quizás estaba enfadado porque quería dejarla y no sabía cómo. Pero cada vez que ella lo mencionaba, él ponía cara de dolor y juraba que no pasaba nada.

El suelo se fue ablandando a medida que el camino empezaba a descender hacia el río. Tuvieron que pedalear sorteando profundos charcos de agua de lluvia.

—¿Y cómo os lleváis Dwayne y tú? —bromeó Meg. Era lo único que se le ocurría para burlarse de Shannon.

—¡Ese asqueroso! —Shannon gritó, respirando con dificultad por su rápido pedaleo. —Me sigue a todas partes como un cachorro enfermo, con esos ojos oscuros y lúgubres. Uf. Siempre está flexionando los músculos con esas camisetas blancas ajustadas que lleva, ya sabes, presumiendo.

—Bueno, hace ejercicio todo el tiempo. Tiene un cuerpo estupendo—, dijo Meg.

Shannon parecía sorprendida. Eso que había dicho no era propio de Meg.

—Bueno, sigue siendo un asqueroso. Siempre está con tu primo Brian, jugando a Magos y Mazmorras en el bosque. Oh... —Shannon se dio cuenta de repente de lo que había dicho. —No quise decir que tu primo es un asqueroso. Yo…

—No pasa nada. Brian es definitivamente un poco raro—, dijo Meg, riendo.

No parecía haber nada más que decir. Cabalgaron un buen rato en silencio. Meg sintió un repentino escalofrío, más por sus pensamientos que por el viento. Se dio cuenta de que hacía exactamente un año. Hacía exactamente un año que Brian había encontrado a Evan, el hermano de Shannon.

Hacía exactamente un año, un día de primavera como aquel, que Brian había encontrado a Evan muerto a tiros en el bosque de la Calle del Terror.

Meg sacudió la cabeza como si quisiera deshacerse del recuerdo.

«Al menos ahora Shannon puede reír», pensó Meg. «Al menos puede volver a gastar bromas e ir en bicicleta al parque con sus viejos amigos».

Qué invierno tan largo.

Meg aminoró la marcha y dejó que Tony la alcanzara.

—¿Cómo te va, perezoso?

—Creo que se me está saliendo la cadena—, refunfuñó. Se quitó la sudadera granate que llevaba puesta, dejando ver una camiseta gris debajo, y se ató la sudadera a la cintura. A pesar del viento fresco del río, estaba sudando. —Tengo que comprarme una bicicleta nueva—, dijo, bajándose de la bicicleta y agachándose para inspeccionar la cadena.

Le encantaba su mirada cuando estudiaba algo con detenimiento, la forma en que bajaba sus cejas oscura y

arrugaba la frente, su ceño fruncido de concentración.

—Trabajarás para tu padre en cuanto acaben las clases—, dijo Meg. —Podrás ahorrar para comprarte una moto nueva.

—Sí, claro—, murmuró, limpiándose la mano cubierta de grasa en los vaqueros. —Con lo que me paga el viejo por echar gasolina, quizá pueda permitirme un palo saltarín—. Volvió a subirse a la bicicleta y empezó a pedalear.

Ella le siguió por el sendero curvilíneo. Más allá de un largo campo de hierba alta y juncos, el estrecho y marrón río Conononka fluía rápido pero silencioso, alto en sus orillas, ya que había nevado mucho aquel invierno. Meg se sorprendió al ver a Shannon junto al río, al final del carril bici, hablando con otros dos chicos en bicicleta.

Al acercarse, Meg reconoció a Lisa Blume y Cory Brooks. Lisa y Cory se habían convertido en una especie de broma en el instituto Shadyside. Se habían criado uno al lado del otro y eran amigos de toda la vida. El invierno anterior habían empezado a salir y, desde entonces, ¡no habían podido llevarse bien en absoluto!

Tony y Meg fueron a su encuentro.

—Estábamos regresando—, dijo Cory. —Hace frío aquí abajo.

—¿Qué vais a hacer esta noche? —Shannon le preguntó a Lisa.

—No lo sé. Cory no hizo ningún plan—, dijo Lisa con la media sonrisa irónica que a menudo le cruzaba la cara. —No creo que se acordara de que teníamos una cita.

—Pensé que sólo pasaríamos el rato o algo así—, dijo Cory incómodo. Empezó a rodear a Lisa con el brazo, pero ella se apartó.

—Tony y yo no vamos a salir—, dijo Meg. — Tengo que quedarme en casa y trabajar en mi informe final para

psicología. Estoy tan atrasada que...

—¡Casi olvido mi gran noticia! —Lisa intervino. —¿Adivina quién vuelve a la ciudad de visita? Ellen Majors.

Shannon dio un grito ahogado y se agarró al manillar de su bicicleta cuando ésta empezó a caer.

—Lo siento—, dijo rápidamente. —La bicicleta se resbaló—. De repente se puso muy pálida.

—Ellen se va a quedar en casa de su tía—, añadió Lisa.

Nadie dijo nada.

Meg sabía que todos tenían los mismos pensamientos, todos pensaban en hace un año, todos pensaban en Evan, el hermano de Shannon.

Ellen Majors y Evan habían ido juntos desde la secundaria. Ellen, Meg y Shannon habían sido mejores amigas inseparables durante aún más tiempo.

Pero cuando Evan murió, todo se vino abajo.

Ellen se mudó unos meses después. Nadie había sabido de ella desde entonces. Hasta ahora.

—Será estupendo verla—, dijo Meg alegremente, rompiendo el silencio. «Ha pasado tanto tiempo».

—Sí—, añadió Lisa, intentando copiar el entusiasmo de Meg pero sin conseguirlo del todo. Ella y Ellen nunca habían estado tan unidas.

Shannon no dijo nada. Se quedó mirando el río, con una mirada distante.

—Quizá deberíamos hacer una fiesta para Ellen—, dijo Meg. Miró a Tony, que desvió la mirada.

—Sí—, repitió Lisa.

—¿Por qué? —preguntó Shannon bruscamente.

—Para... eh... darle la bienvenida—, dijo Meg, sorprendida por la hostilidad de Shannon a la idea. —Para demostrarle que aún nos preocupamos por ella, supongo.

—Evan sigue muerto—, murmuró Shannon, sin mirarlas.

—Pero tenemos que demostrarle a Ellen que no la culpamos—, dijo Meg, sorprendida por todos los fuertes sentimientos que tenía de repente. No se había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos a Ellen en todo el año.

—Supongo que… —dijo Shannon sin convicción, su voz apenas audible por encima del viento racheado.

—Creo que una fiesta es una gran idea—, dijo Lisa, subiendo de nuevo a su bicicleta. —Una fiesta sorpresa tal vez. Ya conoces a Ellen. Probablemente no vendría si lo supiera de antemano. Os ayudaré a organizarla. De hecho, empezaré a contárselo a todo el mundo ahora mismo.

—Cuenta conmigo—, dijo Cory.

Meg volvió a mirar a Tony. Tenía la mirada fija en el suelo.

—Tony, ¿estás bien?

—Sí. Claro.

—Bueno, ¿qué te parece la idea de la fiesta?

—Bien. Está bien.

—Tenemos que irnos—, dijo Lisa, iniciando el camino. —Hasta luego.

Meg, Shannon y Tony se quedaron mirándolos alejarse hasta que desaparecieron entre los árboles.

—Supongo que nosotros también deberíamos volver—, dijo Shannon. El color todavía no había vuelto a su cara. Parecía apagada, agotada.

—¡No puedo creerlo! —Tony gritó.

Las dos chicas se sobresaltaron.

—¿Tony…qué?

—¡Tengo una rueda pinchada! —Levantó la moto en el aire con ambas manos.

—Tony, no... —dijo Meg.

Empezó a golpear la bici contra el suelo, pero se lo pensó

mejor y la bajó lentamente hasta la hierba.

—Tony, es sólo un pinchazo. Puedes volver andando.

—Seguid sin mí—, murmuró. —Seguid adelante. Ya nos veremos.

Viendo que lo decía en serio, las dos chicas subieron a sus bicicletas y se marcharon. Cuando llegaron a los árboles, pudieron oírlo patear la bicicleta, maldiciéndola en voz alta.

—¿Qué le pasa? ¿Demasiada carne cruda para desayunar? —preguntó Shannon.

—No lo sé—, dijo Meg con un suspiro. —A veces se le va la olla. Deseó saber cuál era su problema. No era normal enfadarse tanto con una bici, ¿verdad?

Aquella noche, en su habitación, Meg intentaba centrarse en su trabajo de psicología, pero sus pensamientos se desviaron hacia Ellen. Ellen, alta, larguirucha y rubia. Todo el mundo decía que se parecía mucho a Daryl Hannah. Meg se preguntaba si Ellen seguiría siendo igual o si habría cambiado.

Una fiesta sorpresa era una idea estupenda. Meg ya podía ver la cara de sorpresa de Ellen. Qué felices volverían a ser todos.

Sonó el teléfono.

Lo cogió, agradecida por la interrupción.

—¿Hola, Meg? —Un susurro. Como el viento soplando en el teléfono.

—¿Quién es? —, preguntó, con una extraña sensación formándose en la boca del estómago. —Tenemos mala conexión—.

—Soy un amigo—. Seguía siendo un susurro.

¿Quién será?

—Te lo advierto. No hagas una fiesta para Ellen.

—Espera un minuto… —Meg gritó, sorprendida por su propia voz aguda, por el terror que surgía en su interior. Y la

ira.

—Hablo en serio. Muy en serio. No hagas una fiesta para Ellen. No me obligues a demostrarte lo serio que soy.

—¿Quién es? ¿Qué clase de broma estúpida...?

Oyó un clic. Volvió el tono de llamada.

Dejó caer el auricular sobre el teléfono. La habitación estaba en silencio. Pero la voz susurrante seguía repitiendo su mensaje amenazador en su oído, cada vez más fuerte, hasta que se tapó los oídos y la obligó a parar.

capítulo 2

Sábado Noche

Meg se sentó en su escritorio, mirando fijamente el teléfono hasta que se convirtió en un borrón blanco. ¿Cómo se sentía?

¿Asustada? No.

¿Enfadada? Sí, eso era. Enfadada e insultada.

¿De verdad creía el que llamaba que podía asustarla con ese susurro estúpido y ronco?

Quienquiera que fuese había visto demasiadas malas películas de terror, decidió. ¡Halloween V! Freddy regresa. Viernes 13, parte 400. Qué tontería. Las chicas en esas películas eran vagabundas o idiotas asustadas. Recibían una aterradora llamada susurrada y se caían a pedazos, muertas de miedo.

Bueno, esto era la vida real, no una película tonta. Y quienquiera que fuera ciertamente no conocía a Meg muy bien. Tal vez era pequeña y joven. Tal vez no era tan sofisticada como muchos chicos de Shadyside. Pero no se dejaba intimidar fácilmente. Tenía un carácter obstinado de

una milla de largo. Al menos eso es lo que su madre siempre decía. Y Meg lo tomaba como un cumplido.

Se dio cuenta de que el corazón le latía con fuerza. «Vale», admitió, «quizá esté un poco alterada».

Levantó el auricular y pulsó el número de Tony. La línea estaba ocupada.

Eso era molesto. ¿Con quién estaría hablando?

Quería hablar con alguien. ¿Con sus padres? No. Le darían demasiada importancia. Probablemente llamarían a la policía, armarían un escándalo y le prohibirían hacer la fiesta.

Y la llamada probablemente no fuera más que una broma pesada que algún chico del colegio había decidido gastarle.

Volvió a marcar el número de Tony. Seguía ocupado.

Colgó e intentó llamar al número de Lisa. Lisa lo cogió tras el primer tono y dijo:

—¿Dónde estás?

—¿Eh?

—¿Cory?

—No. Soy Meg.

—Oh. Meg. Perdona. Pensé que era Cory. Llega un poco tarde. Como una hora.

—Lo siento—, dijo Meg.

—No es tu culpa—, dijo Lisa rápidamente. Sonaba muy enfadada. —Intento ver el lado positivo. Tal vez lo atropelló un camión.

—Bien. No te pases—. Meg se rio.

—¿Qué estás haciendo? ¿Esperando a Tony?

—No. No vamos a salir esta noche. Se supone que estoy escribiendo mi trabajo de psicología.

—Pero...

—¿Cómo sabías que había un pero?

—Leo la mente—, Lisa se quebró.

—Pero yo...

—¿Ves? Te lo dije.

—Acabo de recibir una llamada espeluznante.

—¿En serio? —Lisa empezó a sonar interesada. «¿Fue un eructo? Una vez me dieron un eructo. No me lo podía creer. Fue tan asqueroso.

—No. Era un susurrador. —Meg empezaba a arrepentirse de haberle contado a Lisa lo de la llamada. Lisa sólo haría bromas interminables al respecto. Tenía un sentido del humor tan seco. Nunca se tomaba nada en serio.

—¿Qué susurró? —Lisa preguntó. —¿Cosas dulces?

—No. Me dijo que no hiciera una fiesta para Ellen.

—¿¡Él qué!?

—Ya me has oído. Me advirtió que no hiciera una fiesta.

—Bueno... ¿a quién conocemos que odie las fiestas?

—No lo sé. No pude reconocer la voz. Era un susurro tan extraño y ronco. Ni siquiera podía decir si era un chico o una chica.

—Apuesto a que era Cory—, dijo Lisa. —Hará lo que sea para no llegar a tiempo a mi casa.

Se suponía que eso era gracioso, pero Meg no se rio. Le molestaba que Lisa no se lo tomara más en serio.

—Daba un poco de miedo—, le dijo a Lisa. —¿A cuántos chicos les has contado lo de Ellen y la fiesta?

—A muchos—, dijo Lisa. —Después de encontrarme contigo en el parque, fui al centro comercial. Me encontré con muchos chicos del colegio. Y luego llamé a algunos chicos esta noche mientras estaba sentada esperando a ya sabes quién. ¡Oye! ¡Ahí está el timbre! Probablemente sea él. Tengo que irme. Hasta luego, Meg—. Colgó antes de que Meg pudiera despedirse.

Meg sonrió. Lisa se quejaba sin parar de Cory y lo

menospreciaba constantemente. Pero cuando sonaba el timbre, salía corriendo. Realmente estaba loca por él.

Sin darse cuenta, Meg había vuelto a pulsar el número de Tony. Esta vez sonó.

—¿Hola?

—Hola, Tony. Soy yo.

—Oh. Hola. —Sonaba extraño, como lejano, confuso.

—Acabo de recibir una llamada espeluznante. Alguien me advirtió que no hiciera una fiesta para Ellen.

—¡Yo también! —Exclamó Tony.

—¿Qué?

—Sí. Acabo de recibir una llamada. Alguien susurrando. Creo que era un tío. Pero no podría decirlo. Podría haber sido una chica.

—¿Y qué dijeron?

—Que no ayudara en la fiesta. Dijo que no llegaría a la fiesta si se celebraba. Estaría en el hospital.

—Alguien está gastando una broma estúpida, ¿no?

—No lo sé, Meg. Quienquiera que fuera sonaba bastante serio.

—Oh, vamos, Tony. ¿Crees que lo dijo en serio? —A Meg le decepcionó que Tony se lo tomara en serio. Quería que le dijera que sólo era una broma, que lo olvidara. ¿Por qué parecía más asustado que ella?

—¿Quién crees que fue, Meg?

—No lo sé. Algún chico de la escuela. Alguien que está deprimido porque no tiene una cita esta noche.

—Tal vez. —Tony no parecía convencido. —Pero no conocemos a nadie que haría algo tan tonto. ¿Y si...?

—¿Qué, Tony? —preguntó Meg con impaciencia. —No sé. Tal vez deberíamos tomarlo en serio. Ya sabes, llamar a la policía o algo.

—¿Qué? ¡Se realista! —Meg gritó enfadada. —Yo no...

—Sólo estoy preocupado por ti. Eso es todo—, interrumpió. —No quiero que un asqueroso te haga algo horrible por una estúpida fiesta.

—No es una fiesta estúpida—, insistió Meg. —Es una fiesta para Ellen. Mi mejor amiga. Y no voy a dejar que una asquerosa llamada telefónica que probablemente no sea más que la idea de un imbécil de una broma divertida me impida hacer lo que quiero hacer.

Después de un largo silencio Tony estuvo de acuerdo.

—Sí. Sí, tienes razón. Supongo que me he asustado un poco.

—Lo siento. No era mi intención gritar—, dijo Meg, forzando la voz, tratando de calmarse y hablar en voz baja.

—Entonces... ¿debería acercarme y... eh... consolarte un poco?—. preguntó Tony. Sonaba más a súplica que a pregunta.

Meg se rio.

—No. Ni siquiera debería estar hablando contigo. Debería estar escribiendo mi trabajo de psicología.

—¿Eso fue un sí?

—No. Definitivamente fue un no.

—Pero quieres decir sí, ¿verdad?

Meg se rio. Era agradable volver a oír a Tony bromeando con ella.

—Quiero decir no. De verdad.

—Quieres decir que necesitas un poco de consuelo, ¿verdad?

—No. Dame un respiro. Necesito un poco de tiempo para escribir. Yo…

—Sabes que no podrás concentrarte en tu trabajo.

—Sí, lo haré.

—¡Dijiste que sí! Te he oído.

—Dije que no—. Meg se rio.

—¿Pero querías decir sí?

—Bueno... tal vez.

—¿Quizá? Acepto un tal vez—, dijo Tony alegremente. —Ahora mismo voy.

—Vale—, dijo Meg, igual de contenta.

capítulo 3

Lunes por la Tarde

Meg apoyó su texto del Gobierno delante de ella sobre la mesa y miró alrededor de la sala de estudio. ¿Qué era ese ruido en el fondo de la sala? Enseguida se dio cuenta de que solo eran Cory Brooks y su amigo David Metcalf, del equipo de gimnasia, haciendo el payaso encima de una mesa.

La sala de estudio era una amplia habitación rectangular sin ventanas, cegadoramente iluminada por largas hileras de luces fluorescentes suspendidas a gran altura sobre mesas de madera que ocupaban casi todo el ancho de la habitación. Al frente había un pequeño escritorio para el monitor de la sala de estudio. Meg vio que la mesa estaba vacía. La señora Frankel siempre llegaba tarde, lo que daba tiempo a Cory y David para hacer su número sobre la mesa.

—Hola—, dijo Shannon, saludando a Meg con la mano cansada y tomando su asiento habitual en la fila detrás de ella.

—Hola—, repitió Meg, buscando en su mochila las invitaciones que había comprado.

—Foster no se da cuenta de que casi han terminado las clases—, se quejó Shannon. —Esta mañana ha empezado una

unidad completamente nueva.

—Mala suerte—, murmuró Meg. En realidad, no sabía de qué hablaba Shannon. Sólo sabía que Shannon odiaba al señor Foster, odiaba la escuela y odiaba cualquier tipo de trabajo. Shannon nunca dejaba de llegar a la sala de estudio sin una queja u otra.

—¿Qué te parecen? —preguntó Meg, sosteniendo el paquete de invitaciones. Eran verde y rosa *Day-Glo* con las palabras VEN A UNA FIESTA SORPRESA en tinta plateada.

—¿Qué son? preguntó Shannon, pintándose hábilmente los labios de rojo oscuro. —Invitaciones. Para la fiesta de Ellen. ¿Es un color nuevo?

—Sí. Lo vi en una revista. ¿Qué te parece?

—Muy... eh... original… Meg, ¿estás segura de que esta fiesta es una buena idea? —Dejó caer el tubo de pintalabios en su bolso y rebuscó un pañuelo.

—No lo sé. Creo que sí. Creo que estaría bien demostrarle a Ellen que aún nos importa. Las tres fuimos mejores amigas durante mucho tiempo, después de todo. Y Ellen estuvo tanto tiempo con Evan que prácticamente era parte de tu familia.

Meg se arrepintió inmediatamente de haber dicho eso. Shannon la miró con amargura. Se secó los labios con el pañuelo y no dijo nada. Finalmente, después de que Meg se volviera hacia el frente, Shannon dijo:

—¿Cómo puedes enviar invitaciones si no sabes dónde será la fiesta?

—Tuve una gran idea al respecto—, dijo Meg. —Sabes, la empresa de mi padre hizo la reconstrucción de la antigua mansión Halsey. Dijo que podíamos tenerla gratis si prometíamos hacer un trabajo de limpieza perfecto.

—¿Esa vieja casa del bosque de la Calle del Terror? —exclamó Shannon, sorprendida. —Qué asco. Es espeluznante

allá atrás. ¿Por qué querrías...?

—La casa ha sido completamente restaurada. Está como nueva por dentro. Es un gran lugar para fiestas ahora. Y piensa en lo agradable que será no tener a ningún adulto cerca que nos moleste.

Shannon estuvo de acuerdo en que lo de no tener adultos era bueno. Pero empezó a protestar por celebrar la fiesta en la Calle del Terror, cuando apareció la señora Frankel y empezó a gritar que todo el mundo se callara y se pusiera a estudiar.

Meg se volvió hacia el frente de la habitación y abrió el paquete de invitaciones. Empezó a rellenar la primera. Toda esta charla sobre Ellen le traía un torrente de recuerdos. Tenía muchos buenos recuerdos de Ellen. Podía recordar docenas de momentos emocionantes y felices que habían pasado juntas desde que se conocieron en la escuela primaria.

Pero ahora, cuando pensaba en Ellen, le venía a la mente la tragedia del año anterior. Ellen y Evan parecían tan enamorados. Y entonces, en un instante, Evan había muerto. Y todo cambió.

Claro, Evan podía estar loco a veces. Claro, era testarudo e impulsivo, siempre metiéndose en un lío u otro. Pero también podía ser tan adorable, tan divertido... tan lleno de vida.

Durante mucho tiempo fue imposible para cualquiera de ellos aceptar el hecho de que estaba muerto.

Seguía siendo imposible.

Meg miró alrededor de la gran sala. Casi todos los implicados en el trágico accidente, casi todos los que habían estado relacionados con Evan, estaban en esta sala de estudio.

Sus ojos vagaban de cara en cara. Allí estaba Shannon, la hermana de Evan. Parecía haber perdido parte de su vida cuando Evan perdió la suya. Siempre había sido tan entusiasta

con todo, tan animada, tan dispuesta a divertirse. La muerte de Evan la había hecho retraerse. No parecía necesitar tanto a sus amigos. Era como si se estuviera encerrando en sí misma, endureciéndose, obligándose a no necesitar a nadie más para que otra pérdida no pudiera herirla de la misma manera.

Tony estaba sentado cerca del fondo, escribiendo atentamente en un cuaderno. Evan y él habían sido amigos. Tony admiraba a Evan, lo admiraba, se dio cuenta Meg, por su salvajismo, por el hecho de que a Evan no le importaba lo que la gente pensara de él, por su necesidad de hacer lo que le apetecía cuando le apetecía. Tony deseaba ser así. Pero estaba demasiado colgado para ser tan libre y fácil, demasiado preocupado por ser pobre en un colegio donde la mayoría de los chicos estaban mejor, demasiado preocupado por ser aceptado por los demás chicos.

Tony había intentado hacerse el duro cuando se enteró de que Evan había muerto. Pero en el funeral rompió a llorar. Desde entonces había estado de mal humor.

Al otro lado de la habitación estaba sentado su primo Brian. Con su pelo rubio ondulado, sus ojos azules y su sonrisa con hoyuelos, Brian parecía un niño inocente. Pero Meg sabía que Brian no era tan despreocupado como parecía. Era un tipo extraño que no hablaba con nadie.

Ahora mismo no estaba estudiando. Estaba leyendo un ejemplar de la revista Dragon. Pasaba la mayor parte del tiempo jugando a *Wizards & Dungeons*, con su amigo Dwayne, hablando de guerreros de Cuarto Nivel, dragones y cosas que a Meg no le interesaban lo más mínimo.

Brian y Evan no habían sido amigos. Pero Brian había estado en el bosque de la Calle del Terror aquel horrible día. Brian oyó el disparo y vino corriendo. Brian contó a todo el mundo que encontró a Evan muerto en el suelo, a Ellen

sentada a su lado, llorando, incapaz de hablar, incapaz de decir una palabra, incapaz de explicarse.

¿Qué había estado haciendo Brian solo en el bosque de la Calle del Terror? Nadie lo sabía. Pero Brian también había cambiado a causa de la muerte de Evan. Después, pareció involucrarse aún más en los extraños juegos de fantasía a los que jugaba. Sus notas, que habían sido excelentes, empezaron a bajar. Sus padres, los tíos de Meg, estaban muy preocupados. Pero se sentían impotentes. No sabían qué hacer con Brian.

«Una muerte», pensó Meg. «Un niño muere en el bosque y tantas vidas se ven afectadas.»

No sabía por quién sentir más pena. Tal vez por Ellen. Pobre Ellen. Probablemente Ellen se sentía más culpable. Si hubiera podido evitar que Evan se adentrara en el bosque de la Calle del Terror...

Se decía que iba a pasar la noche allí por una apuesta. ¿Quién le había retado? No quiso decírselo a Ellen.

«Sólo necesito un poco de emoción», le dijo. Cogió la escopeta de caza de su padre, por si acaso, y salió corriendo hacia la Calle del Terror. Ellen le rogó que dejara el rifle en casa. Pero él se negó.

Se fue a casa, pero estaba demasiado preocupada para quedarse allí. Fue a la Calle del Terror y trató de encontrarlo en el bosque. Oyó un disparo, el disparo fatal, el disparo que cambió todas sus vidas. Lo oyó y siguió el sonido hasta que encontró a Evan, tumbado boca abajo, con el zapato izquierdo enredado en la raíz de un árbol levantado.

Ya estaba muerto. Su pie debió haberse enredado en la raíz. Debió haber tropezado y caído, y el arma se disparó. Y eso fue todo.

Unos minutos después llegó Brian y los encontró. Casi en

estado de shock, Brian logró ayudar a Ellen a salir del bosque, lejos de la Calle del Terror.

Un trágico accidente. Ellen nunca había podido hablar de ello con nadie. Unos meses después, su familia se mudó. Nadie supo nada de ella, hasta ahora. «Quizá podamos volver a ser buenas amigas», pensó Meg, con su optimismo habitual.

—¡Meg! ¡Meg Dalton! Meg! —Una voz irrumpió en sus pensamientos.

Levantó la vista. La señora Frankel la estaba llamando.

—Meg, debes estar leyendo un capítulo muy emocionante. Llevo cinco minutos llamándote.

Meg sintió que se le calentaba la cara. Sabía que se estaba sonrojando.

—Lo siento.

—Hay un mensaje para ti en la oficina. Sube y coge el carné.

Meg dejó las invitaciones sobre la mesa y, aún ruborizada, subió a buscar el pase. ¿Quién le había dejado un mensaje? ¿Era de casa? ¿Alguien estaba enfermo?

Cogió el carné del escritorio y empezó a correr por el pasillo.

—Hola, Meg. Hola, Meg. ¿Te has enterado de que Gary ha roto con Krista? —Era Lisa, sentada en la silla de la vigilante.

—Lo siento, Lisa. Te llamo luego—, dijo Meg. —Tengo un poco de prisa—. Lisa pareció sorprendida de que no quisiera detenerse para un cotilleo caliente, pero Meg siguió apresurándose hacia el despacho.

Cuando entró, sin aliento y con una sensación de nerviosismo en el estómago, no había nadie en la recepción.

—¿Hay alguien aquí? —, preguntó. No hubo respuesta. Finalmente, la señorita Markins, la secretaria de la

oficina, apareció desde el despacho interior. Se sorprendió al ver a Meg.

—Me dijeron que había un mensaje para mí—, dijo Meg.

La señorita Markins frunció los labios y negó con la cabeza. Miró una pila de papelitos rosas con mensajes que tenía sobre la mesa.

—No. Ninguno para ti, Meg.

—¿Está segura? insistió Meg. —Me lo acaban de decir en la sala de estudio.

La señorita Markins parecía enfadada porque Meg no había creído en su palabra, pero miró de mala gana los mensajitos una vez más.

—Lo siento. Debe ser una confusión.

—Una confusión. Sí, supongo que sí. Gracias—, dijo Meg. Se dio la vuelta y salió lentamente de la oficina. En cierto modo se sintió aliviada. Un mensaje en la oficina rara vez era una buena noticia. Pero ¿por qué la habían llamado a la oficina si no había ningún mensaje para ella?

Se detuvo a charlar con Lisa durante unos minutos. No tenía sentido volver corriendo a la sala de estudio. No iba a estudiar nada. Era evidente. Y podría trabajar en las invitaciones después de clase.

—¿Qué haces después de clase? —, le preguntó a Lisa. —¿Quieres venir y ayudarme a escribir las invitaciones?

—No puedo—, dijo Lisa, levantando un lápiz hacia el techo y cogiéndolo. —Tengo una reunión de Espectador. Estamos planeando nuestro último número. Sé que todo el mundo lo espera sin aliento, ¿verdad? —. Lisa era subdirectora del periódico escolar.

—Pero me encantaría ayudar con la fiesta—, añadió Lisa rápidamente. —Ellen y yo no éramos muy amigas ni nada parecido, pero siempre me cayó bien.

Hablaron durante unos minutos más. Luego Meg se dirigió de nuevo a la sala de estudio. «Lisa es tan divertida», pensó Meg. «Tiene un sentido del humor tan agudo». A Meg también le gustaba la sofisticada mirada oscura de Lisa. «Me gustaría parecerme más a ella», pensó, «en vez de ser tan inocente».

Volvió a dejar el carné en el escritorio de la señora Frankel. La señora Frankel ni siquiera levantó la vista. Tenía la cabeza hundida en los exámenes que estaba corrigiendo. Meg tomó asiento. Miró alrededor de la habitación un momento, echó un vistazo a su reloj y luego bajó la vista hacia la mesa.

¡Oh!

Las invitaciones de la fiesta.

Alguien las había cortado en pedacitos.

¿Quién haría algo tan horrible?

Meg se giró y miró a Shannon. Shannon no levantó la vista de su libro.

—Eh...

Shannon por fin se fijó en Meg. Ella cerró el libro, manteniendo su lugar con su dedo.

—¿Viste a alguien acercarse a mi escritorio?

—No, —susurró Shannon, sus ojos en la señora Frankel en el frente de la habitación. —yo no estaba aquí. Fui a la biblioteca a buscar este libro. Acabo de volver hace un segundo.

Meg miró fijamente a Shannon. Se sentía culpable por sospechar de su amiga. Shannon no estaba contenta con la fiesta de Ellen, pero nunca haría algo así, ¿verdad?

Empezó a enseñarle a Shannon las invitaciones recortadas, pero entonces pensó en la llamada susurrada que había recibido el sábado por la noche.

¿Estaba el tipo que la llamó en la misma sala de estudio que ella? ¿Fue Shannon?

No, claro que no. Qué estúpida.

Pero entonces, ¿quién era?

Recogió los trozos de las invitaciones y empezó a guardarlos en su bolso. Luego buscó un bolígrafo en su bolso. Quedaban diez minutos para la clase. Podía empezar a hacer una lista de todas las cosas que tenía que comprar para la fiesta.

Alguien bostezó cerca de la puerta trasera y todos se rieron. Meg buscó un bolígrafo y abrió su bloc de notas con una hoja en blanco. *Cosas que Comprar*, escribió en la parte superior.

—Meg, ven aquí, por favor—, llamó la señora Frankel.

¿Y ahora qué?

Cerró la libreta y se apresuró a acercarse al escritorio de la señora Frankel.

—Parece que tienes otro mensaje en la oficina—, dijo la señora Frankel, con aire perturbado.

—¿Está segura? —preguntó Meg.

—No estoy segura de nada por aquí—, dijo secamente la señora Frankel. —Pero será mejor que vayas a comprobarlo.

Meg se apresuró a volver por el pasillo, pasando junto a Lisa con un encogimiento de hombros, como diciendo: «Yo tampoco sé qué hago aquí otra vez».

«Quizá la señorita Markins encontró el primer mensaje», pensó Meg. Y sí, cuando llegó al despacho, la señorita Markins tenía un largo sobre blanco para ella.

—Supongo que alguien dejó esto para usted—, dijo la señorita Markins. —Lo encontré en el mostrador. No vi quién lo dejó.

Meg le dio las gracias y sacó el sobre al pasillo para

abrirlo. Estaba bien cerrado y tardó un rato en abrirlo. Sacó un trozo de papel blanco rayado y lo desplegó.

Las palabras estaban escritas con letra de imprenta descuidada y un lápiz de color rojo. Las leyó tres veces.

MEG, TE ESTOY VIGILANDO. NO HAGAS LA FIESTA. NO QUIERO HACERTE DAÑO, PERO TE LO HARÉ.

capítulo 4

Más Tarde, el Lunes por la Tarde

—¡Eh, Shannon, espera! Quiero hablar contigo.

Shannon se dio la vuelta en el pasillo abarrotado, balanceando su abultada mochila sobre el hombro.

—No puedo. Llego tarde. Tengo cita con el dentista.

Meg se abrió paso entre un grupo de niños que reían y se apresuró a alcanzarla. El timbre había sonado antes de que Meg pudiera volver a la sala de estudio. Buscó a Tony. Quería enseñarle la nota amenazadora. Pero no lo vio ni en la habitación ni en el pasillo.

—¡Shannon, espera!

—No puedo. De verdad. Llámame esta noche, ¿vale? —Shannon se dio la vuelta y desapareció por la esquina.

—Oye, ¿has visto a Shannon? —Era Dwayne Colligan. Se alzaba sobre Meg. Todo lo que ella podía ver era su camiseta azul estirada sobre su pecho musculoso.

«Es tan grande que no parece un adolescente», pensó Meg. Tal vez lo retuvieron cinco o seis veces. Todas las horas que debería haber estado estudiando y haciendo los deberes, debía de haber estado haciendo ejercicio.

—Acabas de perderla—, dijo ella con frialdad. No le gustaba Dwayne, y no le gustaba la idea de Dwayne y Shannon. No era lo bastante bueno para ella. No era lo bastante bueno para su perro. Se alegró de que Shannon estuviera de acuerdo. A Meg ni siquiera le gustaba que Dwayne saliera con su primo Brian, pero no podía hacer nada al respecto.

—¡Si la ves, dile que tengo algo para ella! —gritó Dwayne por encima del ruido del pasillo.

—¿Qué? —preguntó Meg.

Él le respondió con un guiño exagerado y una sonrisa enorme y sucia, y se fue trotando, riendo como si acabara de hacer el mejor chiste del mundo.

«Ugh», pensó Meg. «Es tan asqueroso. Shannon va a tener que decirle que se largue de una vez por todas».

Volvió a la sala de estudio para recoger sus cosas y luego se dirigió a su taquilla en el segundo piso.

—¡Hey, Tony, hola! —Estaba de pie junto a su taquilla, apoyado contra la pared con una mano, leyendo un papel en la otra.

Cuando él levantó la vista, ella vio que su rostro estaba preocupado.

—Hola, Meg—. Volvió a bajar la vista hacia el papel.

Ella dejó caer su mochila al suelo y le quitó el papel de la mano. Era otra nota con grandes letras de molde garabateadas en lápiz de color rojo.

—¿Tú también tienes una? —Mientras leía la suya, se agachó y sacó la suya de la mochila para enseñársela.

En la suya se leía: «TONY, NO DEJES QUE SE CELEBRE LA FIESTA O ERES HOMBRE MUERTO. UN AMIGO.»

—La encontré en mi taquilla—, dijo Tony, leyendo rápidamente su nota y devolviéndosela. Parecía bastante

conmocionado.

—¿Quién podría haberlo hecho? Es alguien que nos conoce a los dos, que sabe dónde están nuestras taquillas, que sabe dónde estamos.

—No lo sé—, dijo Meg, negando con la cabeza, volviendo a leer su nota. —No tengo ni idea.

—¿Sigues pensando que es una broma? —, preguntó él. Le quitó la nota de las manos y la hizo una bola.

—No. Supongo que no. ¿Pero quién querría parar esta fiesta? ¿Por qué alguien estaría tan desesperado por detenerla que haría esto?

Tony se encogió de hombros. Cogió una sudadera granate de su taquilla y se la puso por encima de la cabeza.

—No sabemos lo desesperados que están realmente—, dijo, alisándose el pelo con ambas manos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿hasta dónde llegarán para detenernos? ¿Nos harán daño de verdad?

Ella miró fijamente a los ojos de Tony y captó el terror en su interior.

—Eso es ridículo—, dijo en voz baja. Pero ahora no estaba tan segura. No se había asustado en absoluto. Solo sintió rabia de que alguien hiciera algo así. Pero ver el terror en la cara de Tony la hizo tener un poco de miedo también.

—De verdad que no quiero descubrir lo desesperados que están—, dijo él, apartando la mirada para eludir los ojos fijos de ella.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que deberíamos olvidarnos de la fiesta. Podemos ver a Ellen y pasarlo bien sin organizar una gran fiesta sorpresa con cien niños, ¿no?

—Esa no es la cuestión—, dijo Meg secamente. —No

podemos dejar que este asqueroso, sea quien sea, nos mangonee. Si queremos hacer una fiesta, la haremos. Es un país libre, ¿no?

—Pero alguien no quiere que demos esa fiesta—, dijo Tony. Cogió la nota y empezó a pasársela de mano en mano.

—No me importa—, dijo Meg. —¡No me importa! —Podía sentir cómo aumentaba su enfado. —Vamos a celebrar esa fiesta. Y vamos a averiguar quién está tratando de asustarnos... ¡y hacer que se detengan!

—Meg, por favor —Él agarró su hombro, con fuerza al principio, luego aflojó su agarre. —Piensa en esto. Piénsalo detenidamente. Ambos deberíamos pensarlo antes de decidir qué hacer.

—No. Ya lo he decidido—, dijo ella con terquedad. Se separó de él. Se dio cuenta de que le molestaba que Tony cediera, que se echara atrás tan fácilmente. ¿Tenía miedo por ella o por sí mismo? se preguntó.

Sólo estaba asustado.

Tuvo otro pensamiento. ¿Y Shannon? ¿Había recibido Shannon alguna llamada o nota amenazadora?

No.

Ella seguramente las habría mencionado.

Shannon estaba tan detrás de la fiesta como Meg y Tony, ¿no? ¿Por qué no la amenazaban a ella también?

—Alguien cortó mis invitaciones—, le dijo a Tony.

—¿Eh?

—Las tenía en la sala de estudio. Me llamaron a la oficina y cuando volví las habían cortado en pedacitos.

—¿No estaba Shannon sentada justo detrás de ti?

—Sí. Pero dijo que había salido. A la biblioteca. No vio quién lo hizo.

—Curioso—, dijo él, pensativo. —No la vi salir de la

sala.

—¿No la viste?

—No. Estuve allí todo el tiempo. Estoy seguro de que ella también.

—Bueno, eso es raro—. Ella se recostó contra los casilleros. —Tony, no creerás que Shannon...

—No lo sé. Al principio no quería la fiesta, ¿verdad? Pero no creo que ella...

—No. Claro que no. Es mi mejor amiga.

Cogió la nota y volvió a leerla. ¿Las grandes letras de molde parecían hechas por una chica? Hmm... tal vez. Era difícil de decir.

Meg sintió un escalofrío. De repente tuvo la sensación de que Tony y ella estaban siendo observados. Levantó la vista de la nota.

Sí, alguien los miraba desde el otro lado del pasillo.

Era su primo Brian. Y tenía una mirada espeluznante. ¿Cuánto tiempo llevaba observándolos? ¿Por qué estaba allí de pie, mirando así?

—¿Brian? —, le preguntó.

Parecía asustado, como si no hubiera planeado que lo vieran.

Tony dio unos pasos hacia él. Brian se dio la vuelta y echó a correr.

capítulo
5

Lunes por la Noche

—*M*eg, ¿qué haces ahí arriba?

—¡Los deberes, mamá! —Meg gritó. —Si no termino este trabajo de psicología, obtendré un Insuficiente en el curso.

—Creí que habías terminado ese trabajo hace días—, exclamó la señora Dalton subiendo las escaleras.

—No. Yo... eh... he estado trabajando en él. Pero surgieron otras cosas.

—Bueno, entonces ponte a trabajar.

—Mamá, muchas gracias por el consejo. Si tengo que pasarme toda la noche discutiéndolo contigo, no llegaré muy lejos.

—Vaya, ¡qué tensa estás últimamente! ¡Tan susceptible!

—Mamá, por favor, dame un respiro.

Silencio.

Oyó a su madre alejarse por las escaleras. Meg bajó la mirada hacia la hoja de papel del cuaderno que tenía delante en el escritorio. No estaba trabajando en su trabajo de psicología. En su lugar, había escrito en la línea superior LISTA DE SOSPECHOSOS.

Empezó a escribir el número *1*, pero se le rompió la mina del lápiz. Tiró el lápiz al otro lado de la habitación y cogió otro. Luego escribió el número *1* y, al lado, el nombre de *Brian*.

Y debajo de *Brian* escribió: «¿Por qué?».

A) Porque nos miraba a Tony y a mí de forma extraña.

B) Porque salió corriendo cuando vio que le veíamos.

C) ?

Chupó la goma del lápiz. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué razón podría tener Brian para querer impedir la fiesta de Ellen?

Buscó una pista en su memoria. Brian y Ellen. Brian y Ellen... Brian y Ellen... Nada. Cero. Cero. No se le ocurría nada.

Brian y Ellen eran sólo conocidos, ni siquiera amigos, en realidad. Brian no tenía motivos para odiar a Ellen, ni siquiera para que le cayera mal.

Brian había sido quien había ayudado a Ellen, quien la había rescatado, aquel día de hacía un año, aquel día en el bosque de la Calle del Terror en que Evan se pegó un tiro y Brian encontró allí a Ellen, llorando, aturdida...

Evan.

Ellen y Evan.

¿Tenía la muerte de Evan algo que ver con esto? Meg se quitó el lápiz de la boca y escribió: NOTA: ¿ALGUIEN ODIA A ELLEN POR CULPA DE EVAN?

Luego añadió un segundo nombre a su lista de sospechosos: *Shannon*.

Y debajo de *Shannon* escribió: «¿Por qué?».

A) Porque Evan era su hermano. Tal vez ella culpa a Ellen por lo que pasó.
B) Shannon estaba en la sala de estudio cuando las invitaciones se rompieron.
C) Shannon no estaba entusiasmada con la fiesta desde el principio.
D) Shannon está diferente desde que murió Evan.

Tachó la *D*, trazando gruesas líneas negras. «No era justo», decidió Meg. Todos habían estado diferentes desde la muerte de Evan.

«Shannon es mi mejor amiga», pensó Meg, golpeando rápidamente el escritorio con el lápiz. «No intentaría asustarme, ¿verdad? No intentaría esos estúpidos trucos de película de terror».

¿Lo haría?

¿Shannon le contaría la verdad sobre la fiesta, sobre Ellen?

—No lo sé—, dijo Meg, sin darse cuenta de que estaba hablando en voz alta. Shannon, decidió, tendría que seguir en la lista de sospechosos.

¿Y quién más?

—Meg, ¿cómo va el periódico?

Oh, no. Su madre ya había vuelto.

—¡Bien, mamá, hasta que interrumpiste! —, gritó. —Me

has hecho perder el hilo.

—¡Tal vez porque piensas con la cabeza! —Su madre se rio histéricamente. Siempre le gustaban sus propios chistes malos.

—¡Gracias por el apoyo, mamá!

Oyó a su madre alejarse de nuevo, todavía riendo. Sus ojos volvieron a la hoja de papel. Se sorprendió al ver que, sin darse cuenta, había escrito un nombre después del número *3*: *Ellen*.

¿Por qué Ellen era sospechosa?

A) Porque alguien del colegio podría haberla llamado para contarle lo de la fiesta.
B) Porque a Ellen nunca le han gustado las fiestas.
C) Nunca llamó ni escribió a ninguno de sus antiguos amigos. Tal vez no quiere ver a todos.
D) Nunca explicó por qué su familia se mudó de Shadyside tan repentinamente.

Sí, Ellen tenía que ser considerada sospechosa, se dio cuenta Meg. ¿Pero cómo habría conseguido las notas con lápiz rojo para Meg y Tony?

Una amiga. Alguien en la escuela podría estar ayudándola. Así que tal vez había dos personas que Meg debería estar buscando.

Escribió el número *4*. ¿Hay un cuarto sospechoso? ¿Hay alguien más que supiera de la fiesta, que supiera que Meg y Tony tenían una buena razón para detener la fiesta?

No se le ocurría nadie. Así que escribió *Dwayne*.

¿Por qué?

«Porque no me gusta.»

Sonó el teléfono.

Se quedó mirándolo, reacia a cogerlo. «Tal vez lo deje sonar», pensó.

Pero sabía que no podía hacerlo. Si sonaba un teléfono, siempre tenía que cogerlo, aunque no fuera el suyo. No soportaba dejar una llamada sin contestar.

Dejó que sonara una vez más, respiró hondo y descolgó.

—¿Hola?

—Hola, Meg.

—¿Tony?

—¿Estás a salvo? ¿Estás bien?

—Tony… ¿Qué quieres decir? Suenas terrible.

—Estaba preocupado por ti. Yo... bueno... Creo que alguien me estaba siguiendo esta noche.

—¿Siguiéndote? ¿Adónde?

—Siguiéndome a casa. Estaba en la gasolinera de mi padre, ayudando. Él tenía el coche, así que me fui andando a casa. Fue extraño. Seguía viendo esas sombras. Pero cada vez que me daba la vuelta, no había nadie.

—¿Y?

—Y luego había pasos detrás de mí. Así que empecé a correr. Y los pasos empezaron a correr también.

—¿Viste quién era? ¿Era un chico o una chica?

—Nunca lo vi. Estaba muy oscuro. Y quienquiera que fuera se quedó bastante atrás.

—¿Estás seguro de que realmente había alguien allí?

—Claro que estoy seguro—, espetó enfadado. —No estoy totalmente loco, sabes.

—Lo siento, Tony. No me grites. Por favor. Sólo quería saber...

—Escucha, esto se está poniendo aterrador, Meg. Creo que esta persona va en serio.

—¿No viste a quienquiera que fuera? ¿No viste nada?

—No.

—¿Era alto o bajo?

—No lo sé. Sólo corrí. Sólo quería llegar a casa. Dame un respiro, ¿vale?

—Lo siento. Por favor, no grites.

—Te llamé enseguida. Pensé que tal vez intentaron algo, tal vez te siguieron, también, o cualquier otra cosa.

—No. Estoy bien. De verdad.

—Esta fiesta, Meg. No lo sé.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿vale la pena? Es sólo una estúpida fiesta.

—Sí, pero ahora es un principio —, dijo Meg.

—¿Un principio? Vamos, olvídate de los principios. Alguien me siguió, Meg. Tengo mucho miedo. No estoy dispuesto a arriesgar mi vida por una fiesta...

—¿Pero no lo ves? —, gritó impaciente. —No es sólo una fiesta. Si alguien tiene tantas ganas de detenerla, tiene que haber algo más. Aquí pasa algo más, Tony. Y tenemos que averiguar qué es.

—Realmente estás disfrutando con esto, ¿verdad? —, dijo con cierta amargura. —Eres una verdadera Nancy Drew, ¿eh? Te gusta ser la señorita detective. Crees que esto es emocionante.

—Algo así—, admitió Meg. —Pero tampoco me gusta que me mangonee alguien que cree que puede decirme…

—No cuentes conmigo—, interrumpió Tony.

—¿Qué?

—No cuentes conmigo. Ya me has oído.

—¿Para qué?

—De todo. Sobre la fiesta. Sobre... ti y de mí.

Las palabras parecían picarle en los oídos. El escozor viajó rápidamente a su pecho. Fue tan... inesperado.

—¿Lo dices en serio?

—Adiós—, dijo en voz baja y colgó el teléfono.

Meg colgó el auricular con rabia. «Por supuesto, Tony estaba hablando sin pensar de nuevo», se dijo a sí misma. «Claro que no lo dice en serio. No querrá romper conmigo por esto. ¿O no?»

Parecía muy asustado. Meg se preguntó si ella también estaba asustada. No, decidió. No estaba asustada en para nada. Estaba demasiado furiosa para tener miedo. No iba a renunciar a la fiesta. Y no iba a renunciar a Tony por nada del mundo.

—Averiguaré quién está haciendo esto y por qué—, dijo en voz alta.

Levantó el auricular y empezó a marcar el número de Tony. Pero luego se lo pensó mejor.

—Le daré uno o dos días para que se calme. Luego me disculparé.

No se iba a permitir creer que realmente había roto con ella. No se lo iba a creer. De ninguna manera. Se dio cuenta de que se estaba mordiendo el labio inferior y ahora le sangraba.

¿Cómo iba a concentrarse en su trabajo de psicología? No podía. Tendría que volver a intentarlo mañana. Pero ¿qué debía hacer ahora?

Miró su lista de sospechosos. Número 3: *Ellen*.

No quería que Ellen estuviera en la lista. La fiesta era para Ellen, después de todo. Todo este problema era para Ellen. Sería más fácil si pudiera tachar a Ellen de la lista de alguna manera sensata.

La llamaré.

La idea pareció flotar en su mente de la nada. Qué buena idea.

La llamaré y le diré lo feliz que estoy de que venga de visita.

Sintió un nudo en la garganta. Una sensación de pavor se apoderó de su estómago. No. No será difícil. No será difícil hablar con Ellen. Al fin y al cabo, éramos mejores amigas.

Cogió el teléfono y pulsó Información. Se dio cuenta de que tenía las manos heladas. No tardó mucho en conseguir el número de teléfono de Ellen.

«Debería haberla llamado antes», se reprendió. «¿Por qué he esperado todos estos meses a que Ellen me llamara?»

Pulsó el prefijo del norte del estado y el número. Sonó una vez, dos veces, los tonos apagados sonaban muy lejanos. Ellen descolgó al tercer timbrazo.

—¿Diga?

—¿Ellen? Soy yo. Meg.

—¿Meg? ¡No puedo creerlo! ¡Hola! —Ellen chilló. Sonaba emocionada al saber de Meg. Meg dejó escapar un suspiro de alivio. Se sentía mucho mejor.

—¿Cómo estás?

—Bien. Muy bien. ¿Cómo estás tú?

—Bien. Nada mal—, dijo Meg. —Es divertido oír tu voz. Ha pasado tanto tiempo.

—Lo sé—, dijo Ellen, sonando culpable. —He querido escribir o algo así. Es que estaba muy ocupada y...

—¿Cómo es tu nueva escuela?

—Bien, supongo. Es diferente, realmente diferente de Shadyside. Te lo contaré cuando te vea. Voy a bajar, ya sabes.

—Sí. Por eso te llamo. Quería decirte lo contenta que estoy. Yo…

—Me quedaré en casa de mi tía Amy. Espero que tengamos mucho tiempo para pasar juntas y así nos ponemos al día.

—Yo también, Ellen. Te echo mucho de menos—. Meg soltó eso. No había querido sonar tan emotiva. Simplemente le salió. Se sentía tan bien hablando con su vieja amiga, tan cómoda, como si las cosas no hubieran cambiado en absoluto.

—Yo también.

—¿Quieres hacer algo especial, o ver a alguien, o algo? —Preguntó Meg, hablando rápido, emocionada.

—No, la verdad es que no. ¿Cómo está Tony?

—Está bien. Igual, supongo.

—¿Seguís juntos?

—Sí.

Hasta hace dos minutos. ¿Pero por qué hablar de eso?

—Estoy tan feliz de que llamaras, Meg. No puedo esperar a verte.

—Yo también.

Charlaron durante unos minutos más, sin hablar realmente de nada. Entonces Meg decidió que era mejor despedirse antes de que la llamada fuera lo bastante cara como para que su padre se quejara. Ellen prometió llamar en cuanto llegara a Shadyside y colgaron.

Meg se sintió muy bien. ¡Qué charla tan agradable! Ellen sonaba igual que siempre. Y se había alegrado mucho de que Meg hubiera llamado.

Meg cogió el lápiz y empezó a tachar el nombre de Ellen de su lista de sospechosas. Pero entonces se detuvo. Se quedó mirando el papel, pensativa.

Ellen parecía tan feliz, tan emocionada, tan entusiasmada.

Demasiado entusiasta.

Demasiado feliz.

Eso no era propio de Ellen en absoluto.

Era todo tan forzado, tan falso. Estaba siendo súper alegre, goteando dulzura, Meg se dio cuenta.

No estaba siendo Ellen. No estaba siendo ella misma. ¿Qué trataba de ocultar?

capítulo
6

Miercoles por la Noche

—¿Por qué no le pegas?

—Ya lo intenté. Le pareció gracioso.

—Y supongo que razonar con él está descartado.

Lisa puso los ojos en blanco y suspiró.

—Lo único que hago es razonar con él. Cory y yo nos pasamos todo el tiempo juntos razonando el uno con el otro. Esa es una de las principales razones por las que no nos divertimos. Estamos demasiado ocupados razonando el uno con el otro y discutiendo por qué no nos llevamos bien. No nos queda tiempo para llevarnos bien.

Meg se llevó la lata a los labios y bebió un largo trago de Coca-Cola Light. Se dejó caer en el gran sofá de cuero, con la lata en el regazo.

—Me gusta esta habitación—, dijo después de un largo silencio, mirando a su alrededor, las paredes con paneles de madera oscura, las estanterías hasta el techo con la televisión de pantalla grande empotrada en el centro, las puertas de cristal que daban a una terraza en el patio trasero.

—No tenemos un estudio.

—No estarás intentando cambiar de tema ni nada de eso, ¿verdad?—preguntó Lisa con una sonrisa irónica.

—No sé qué decir. Tony y yo tampoco nos llevamos bien. Tuvimos una gran pelea por la fiesta de Ellen. Él está muy asustado de que quien ha estado tratando de asustarnos hablara en serio. Pero yo le dije que no iba a dejar que un cretino me asustara y me apartara de lo que quiero hacer—. Meg sonrió.

—Quizá estés siendo testaruda al respecto, Meg. Quizá Tony tenga razón—, dijo Lisa, estirando sus largas piernas sobre el lateral del sillón de cuero en el que estaba sentada. —Al menos, Tony está preocupado por ti. Si alguien me estuviera amenazando, Cory probablemente diría, "Sí, ¿pero qué dan esta noche en la tele?"

Meg se rió. Lisa imitó muy bien a Cory.

—Quizá deberías dejar a Cory durante un tiempo—, dijo.—Es un buen chico. Quizá esperas demasiado de él. Habéis crecido juntos. Vive justo al lado. Es natural que te dé un poco por sentado. En cierto modo, debería.

Lisa terminó su Coca-Cola light y aplastó la lata en la mano.

—¿Qué te pasa, Meg? No quería ningún buen consejo. Sólo quería quejarme.

Las dos chicas se rieron.

—Pero estoy siendo egoísta—, dijo Lisa, tirando la lata de refresco aplastada hacia una papelera que había junto al escritorio, al otro lado de la habitación. —¡Eh, dos puntos!

Su rostro se volvió serio.

—Has venido aquí para contarme las cosas terribles que te han estado pasando y lo único que hago es hablar de Cory y de mí. Lo siento. Tienes verdaderos problemas. Quizá deberías llamar a la policía.

—Claro, Lisa—, dijo Meg, incorporándose con cierta dificultad. El sofá era tan blando que se había hundido en el

asiento.

—Iré a la policía y les diré que alguien cortó las invitaciones de mi fiesta en la sala de estudio. Eso sí que les pondrá nerviosos. Probablemente pondrán a toda la brigada de policía a investigar el caso. ¡Quizás un equipo S.W.A.T. también!

—¿Cómo se te pone la piel así?— Lisa preguntó.

—¿Cómo?

—Tu piel. Es tan perfecta. Como la piel de un bebé.

—¿Eh? Lisa…—La mano de Meg subió involuntariamente a su cara.

—Tu cara siempre parece que te la acabas de lavar. Recién lavada. Así es como lo llaman. Tienes ese aspecto de recién lavada.

—Supongo que ahora eres tú quien quiere cambiar de tema—, refunfuñó Meg.

—No. Lo siento. Es que me distraje—. Lisa se levantó y se estiró. Luego se acercó a las puertas de cristal y miró hacia fuera. —Mira, Meg, quizá deberías olvidarte de la fiesta sorpresa. Así todos tus problemas desaparecerán.

—Pero no quiero—, le dijo Meg, sin querer sonar tan quejumbrosa. —Ellen me importa de verdad. Realmente quiero demostrarle que todavía nos preocupamos por ella. Y...

—¿Y?

—Y ahora tengo mucha curiosidad. Quiero averiguar por qué alguien está tan desesperado por parar esta fiesta.

—¿Qué quieres decir?

—No es sólo una broma tonta. Alguien tiene una razón seria para intentar parar la fiesta. Pero, ¿qué podría ser?

—¿Es porque alguien realmente odia a Ellen?

—No conozco a nadie que odiara a Ellen. ¿Y tú?— Preguntó Meg.

—No. Pero entonces, ¿qué otra cosa podría ser? Quizá tenga algo que ver con Evan—. Lisa se quedó mirando la oscuridad.

—Evan. Sí. Yo también estaba pensando eso. ¿Qué te hizo decir Evan, Lisa?

—No lo sé. Cuando pienso en Ellen, supongo que automáticamente pienso en Evan. Ya sabes. Ellen y Evan. Siempre hablábamos de ellos juntos. Pero Evan lleva muerto un año. ¿Qué podría tener él que ver con alguien que intenta parar la fiesta?

—No lo sé. Es un misterio total. Pero es un misterio que quiero resolver. Por eso no voy a renunciar a lo de esta fiesta. No voy a renunciar. Si me rindo ahora, nunca sabremos de qué va todo esto».

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres una persona muy testaruda?

—Todo el mundo—, dijo Meg. —¿Qué estás mirando?

—Sólo miro a través del patio trasero. Hay una luz encendida en la habitación de Cory. Me pregunto si estará ahí arriba—. Se quedó mirando un rato más, luego se apartó de las puertas de cristal y se dejó caer en el sillón de cuero negro.—¿Tienes alguna idea de quién podría estar intentando asustaros a Tony y a ti? ¿Alguna corazonada?

—Prométeme que no te reirás—, dijo Meg con cautela.

—Ya me conoces—, replicó Lisa.

—Sí, te conozco. Por eso he dicho prométeme que no te reirás.

—Vale. Lo prometo. Pero puede que tenga los dedos un poco cruzados.

—Bueno, he hecho una lista de sospechosos.

—¿Y?

—Bueno, el número uno de la lista es Brian.

—¿Brian? ¿Por qué Brian? Es tu primo, ¿no? —Lisa se incorporó.

—Sí. Primo segundo. Pero eso no lo descarta. Puede que sea de mi familia, pero sigue siendo de lo más raro. Siempre andando con Dwayne, jugando esos juegos de fantasía.

—No lo sé—, dijo Lisa dubitativa. —¿Quién más está en tu lista?

—Shannon.

—¡¿Qué?!—Los ojos oscuros de Lisa se iluminaron de sorpresa.

—Shannon se sentó justo detrás de mí en la sala de estudio. Ella podría haber cortado fácilmente las invitaciones. Cuando le pregunté, me dijo que no había visto nada porque había ido a la biblioteca. Pero Tony también estaba en la sala de estudio. Dice que no vio a Shannon salir de la sala.

—¿Y qué hay de la llamada telefónica y la nota?

—Podría haber sido ella—, dijo Meg, sonando menos segura de sí misma.

—Pero, Meg, es tu mejor amiga, ¿verdad?

—Cierto. Sé que es una idea descabellada, Lisa. Pero Shannon no ha sido la misma desde que Evan murió. Y parecía estar muy en contra de esta fiesta desde el principio.

Lisa suspiró y sacudió la cabeza.

—Tu prima y tu mejor amiga. ¿Quién más está en la lista: tu madre y tu padre?

—Vamos, Lisa. Yo…

—No son sospechosos muy probables, Meg. ¿Por qué Shannon trataría de asustarte así? ¿Por qué no te dijo que...?

—No lo sé. Sólo tengo vibraciones raras de ella, eso es todo. Tal vez culpa a Ellen por lo que le pasó a Evan. Tal vez tiene miedo de algo que pueda pasar en la fiesta. Realmente no lo sé. Yo sólo...

—Bueno, ve a preguntarle, entonces.

—¿Qué?

—Ya me has oído—, dijo Lisa, poniéndose en pie de un salto y empezando a pasear de un lado a otro. —Es tu mejor amiga. No quieres andar por ahí con tu mejor amiga en tu lista de sospechosos. Así que pregúntale a Shannon si es ella. Pregúntale por qué no quiere una fiesta para Ellen. Habla con ella. Sin rodeos. Para eso están los amigos, ¿no?

—Eh... creo que quizá soy como tú—, dijo Meg, enderezándose la sudadera. —No quería un buen consejo. Sólo quería quejarme.

Meg dio las gracias a Lisa por la charla y se dirigió al coche. El aire fresco la reanimó, le despejó la cabeza. «Quizá Lisa tenga razón», pensó. «Quizá mañana hable un poco con Shannon». Se metió en el pequeño Toyota de su madre y se dirigió a casa, ensayando una y otra vez lo que iba a decir.

Llegó a la entrada y se detuvo a pocos centímetros del garaje. Una luz sobre la puerta del garaje proyectaba un tenue resplandor amarillo sobre las tejas de la casa.

Meg empezó a salir del coche y, sobresaltada, inspiró bruscamente. La sombra del porche no solía estar allí, ¿verdad?

¿Había alguien esperándola en la oscuridad?

capítulo 7

Miércoles por la Noche

Meg se desplomó en el asiento, mirando fijamente

la sombra en las tejas del porche. La sombra no se movió.

Tenía el dedo en la llave de contacto. Su primer impulso fue volver a arrancar el coche, bajar por el camino y salir corriendo.

Pero tal vez era Tony quien la esperaba allí. ¿Cuántas veces había hecho eso, esperarla en la puerta sin llamar al timbre y entrar? Docenas.

Quizá había venido a disculparse, a hacer las paces.

Sacó la llave del contacto y empezó a abrir la puerta.

O tal vez no era Tony.

Tal vez era el asqueroso que la había llamado. Tal vez era el asqueroso que había seguido a Tony.

La sombra no se movió.

¿Cómo era posible que una persona se quedara tan quieta?

Empujó la puerta del coche unos centímetros.

—¿Quién está ahí?—, gritó, sorprendida de sonar más enfadada que asustada.

Silencio.

—¿Quién es? ¿Hay alguien ahí?—Silencio. La sombra no se movió. —Tony, ¿eres tú?

No era posible que alguien permaneciera tan quieto durante tanto tiempo.

Salió del coche y se arrastró en silencio por el césped mojado hacia el porche. Sentía que el terror se le agolpaba en la garganta.

Dio otro paso, otro paso, y sus zapatillas hicieron un ruido suave y blando en la hierba alta cubierta de rocío. «¿Por qué hago esto?», se preguntó. «¿Por qué no huyo? ¿Por qué soy tan estúpida?»

—¿Quién está ahí?— Se detuvo junto al porche.

Y se echó a reír.

La sombra estaba formada por una pila de macetas altas que su padre había dejado en la barandilla de la valla.

—Meg, te estás volviendo loca—, dijo en voz alta, y exhaló un fuerte suspiro.

Se apresuró a entrar para dormir un poco y cerró bien la puerta tras de sí.

Jueves por la Tarde

Meg pinchó con el tenedor la sustancia de color naranja brillante que tenía en el plato. Si eran macarrones con queso, ¿dónde estaban los macarrones? Si sólo era queso, ¿por qué tenía un color tan raro?

Por alguna razón, el comedor no estaba muy lleno. Quizá otros chicos se habían enterado de que hoy servían esa cosa pegajosa y naranja y se habían ido corriendo a comer a otro sitio. Cory Brooks y algunos de sus compañeros del equipo de gimnasia estaban haciendo el payaso en una mesa cerca de la puerta.

—¿No se cansan nunca de tirarse cartones de leche?—. se preguntó Meg.

Las ventanas de la pared del fondo estaban abiertas, ya que era el día más cálido de la primavera. Los estridentes balidos de la banda en el campo de prácticas, tocando *Pompa y Circunstancia* una y otra vez mientras preparaban la graduación de los mayores, molestaban a todo el mundo.

Meg se alisó las mangas de su blusa blanca. Dio un mordisco tentativo a los macarrones con queso. No tenía ningún sabor.

Levantó la vista y vio a Shannon llevando una bandeja hacia su mesa. Shannon puso mala cara. Estaba aspirando el aroma de la sustancia alimenticia de su plato.

«Vaya», pensó Meg, respirando hondo. Sabía que enfrentarse a Shannon no iba a ser fácil. Pero ahora era tan buen momento como cualquier otro. Más le valía acabar de una vez.

—¿Qué es esto? —preguntó Shannon, dejando caer su bandeja delante de la de Meg y sacando una silla con un fuerte ruido de raspado.

—Es sólo espuma de poliestireno—, dijo Meg. —Como esas cosas crujientes que ponen en los paquetes cuando los envían a algún sitio.

—¡Creo que intentó morderme el tenedor!— Shannon lo pinchó con un tenedor, igual que había hecho Meg.

Meg no se rió. Miró a Shannon a los ojos y la miró fijamente, como si buscara una respuesta a la pregunta que aún no había formulado.

—¿Qué te pasa? —preguntó Shannon, dejando caer el tenedor sobre la bandeja. —Hoy estás más rara de lo normal.

—Yo... tengo que hacerte una pregunta—, dijo Meg en voz baja.

—Adelante. Pregunta. Pero quita esa mirada morbosa de tu cara.

—Lo siento. —Meg no se dio cuenta de que parecía tan sombría. Quería pasar esto como una cosa ligera y tonta. Pero ahora era imposible. —Mira, sé que esto es ridículo, pero tengo que preguntar».

—Adelante—, suplicó Shannon. —El suspense me está matando.

—¿Me llamaste a altas horas de la noche y me enviaste una nota amenazadora?— Meg respiró hondo. Sentía que su cara se ponía roja.

—¿Qué?

—¿Lo hiciste? Recibí esta llamada y una nota, y...

—¿Sobre qué?—Shannon parecía realmente confundida.

—Amenazándome. Diciéndome que no hiciera la fiesta para Ellen.

—¿Amenazándote? ¿Crees que te estaba amenazando?

Meg se dio cuenta de que se había equivocado.

—No, yo...—Se esforzó por pensar en algo que decir para salir de esta.

—Meg…¿de qué me estás acusando exactamente?—La voz de Shannon subió varias octavas. Sus manos se aferraron al borde de la mesa.

—No te estaba acusando. Sólo preguntaba—. Meg dijo tímidamente. «Sólo quería que me dijeras que no fuiste tú. Eso es todo».

—Bueno, no fui yo—, se burló Shannon. Su sorpresa se estaba convirtiendo rápidamente en ira. —¿Por qué iba a amenazarte, Meg?

—No lo sé—, dijo Meg. —Alguien ha estado haciendo amenazas horribles. Alguien siguió a Tony y... Estoy disgustada, Shannon. Supongo que no pienso con claridad. Yo…

—Supongo que no—, dijo Shannon con frialdad.

—Pero, Shannon, no quise...

—Creo que hiciste lo que querías hacer. No entiendo por qué querías insultarme, por qué me acusabas. Siempre pensé que éramos buenas amigas. Siempre pensé que confiábamos la una en el otra. Nunca te acusaría de algo así. Pero supongo que somos diferentes. Muy diferentes. Más diferentes de lo que pensaba—. Se le atragantaron las últimas palabras. Parecía a punto de perder el control.

—Shannon, te lo estás tomando a mal. Sólo quería decir...

Shannon, con la cara llena de ira, se apartó de la mesa, se dio la vuelta y salió del comedor dando largas y rápidas zancadas.

Meg se quedó helada, mirándola fijamente, sintiéndose como una auténtica rata.

«Gracias, Lisa, por tan buenos consejos», pensó. «Ahora no tengo ningún amigo. Ni Tony. Ni Shannon.»

Se dio cuenta de que no podía culpar a Lisa de lo ocurrido. Nunca debería haberlo hecho. Nunca debió enfrentarse a Shannon de esa manera. Nunca debió haberla acusado.

Pero espera.

¿No estaba Shannon exagerando un poco? ¿Por qué Shannon se puso tan histérica tan rápido? Normalmente no tenía la mecha tan corta. ¿Intentaba ocultar que era ella quien aterrorizaba a Meg? ¿Estaba actuando así para evitar que Meg la interrogara y descubriera la verdad?

No. Meg conocía a Shannon. El shock y la angustia de Shannon eran reales. No lo estaba fingiendo.

Y tenía todo el derecho a estar conmocionada y enfadada. Meg había sido una tonta. Y cruel. Ahora Shannon probablemente no volvería a hablar con ella. ¿Y por qué iba a hacerlo?

Meg se sentó miserablemente mirando la puerta del comedor, intentando que Shannon volviera para disculparse, para explicarse.

¿Y dónde estaba Tony? ¿Por qué era tan testarudo? ¿No sabía que ella le necesitaba?

Al cabo de un rato se dio cuenta de que se moría de hambre. Dejó la bandeja de macarrones amarillos a un lado y levantó la bolsa de papel marrón de su regazo. Siempre compraba el almuerzo y también se lo llevaba. La comida del comedor nunca era suficiente.

Empezó a desenvolver la bolsa.

«Qué raro, pensó». Aquí hay una fuga.

«¿Fugas? ¿Cómo podía estar goteando? Sólo había metido un bocadillo y una manzana. Debe ser...»

Metió la mano. Sintió algo húmedo y pegajoso. Y espeso.

—¡OH!

Sacó la mano rápidamente, volcando la bolsa. Un líquido rojo oscuro rezumaba, derramándose por su blusa blanca, sobre su falda. Meg levantó la mano. Estaba cubierta de líquido caliente. Le chorreaba por la muñeca y el brazo y se encharcaba en la bandeja del almuerzo.

—¡Es sangre!—, gritó. —¡Mi bolsa del almuerzo está llena de sangre!

capítulo
8

Jueves por la Noche

Meg no podía concentrarse en su trabajo de psicología. Miraba fijamente su escritorio sin verlo. Lo único que veía era la bolsa del almuerzo, pegajosa y goteante, que había resultado estar llena de pintura roja. Luego la cara de Shannon. Luego la sangre que goteaba. Luego la cara de Shannon otra vez, la mirada herida, la mirada de shock total, de traición.

—Tengo que disculparme—, dijo en voz alta. No podía soportar que Shannon estuviera tan enfadada con ella. No podía soportar sentirse tan culpable, tan... equivocada.

El coche estaba aparcado delante de la casa, pero Meg tenía ganas de caminar. Caminar las nueve o diez manzanas le daría tiempo para pensar en lo que iba a decir.

Había llovido casi toda la tarde, y el aire aún olía a fresco y a humedad. Pequeños charcos de agua en la acera reflejaban la luz amarilla de las farolas. Meg saltó los charcos más grandes, caminando deprisa. Llegó a casa de Shannon sin

decidir exactamente qué decir. Sólo quería arrojarse a la misericordia de Shannon y pedirle perdón. Shannon podía ser fría y dura, lo sabía. Especialmente el año pasado. Tendría que rogarle mucho. Pero ¿qué otra opción tenía?

La casa de los Harper estaba situada en lo alto de un extenso jardín de hierba cuidadosamente recortada, con un gran sauce llorón que se alzaba sobre el camino de entrada como un antiguo sirviente custodiando la entrada. La parte delantera de la casa estaba completamente a oscuras, pero Meg sabía que la familia siempre se quedaba en el salón y la cocina de la parte trasera.

Shannon abrió la puerta unos segundos después de que Meg llamara al timbre. Se le cayó la cara de vergüenza.

—Oh. Eres tú.

—He venido a arrastrarme a tus pies—, dijo Meg, tratando infructuosamente de mantener la voz firme. —Sólo quiero disculparme. Haré lo que sea. De verdad. Me siento fatal.

—Eso está bien—, dijo Shannon, mirando más allá de Meg.

—Tienes que aceptar mis disculpas—, dijo Meg. —Eres mi mejor amiga y...

—Entra—, dijo Shannon, tirando hacia atrás de la puerta. Su voz era llana y poco amistosa.

Meg la siguió hasta la entrada. Shannon llevaba unas bermudas color canela y una camiseta blanca sin mangas. Tenía los brazos y las piernas muy pálidos, casi como el marfil. Meg pensó que todo el mundo estaba muy pálido en mayo, después del largo invierno.

Shannon la condujo al oscuro salón, encendió una lámpara de pie de latón y se sentó en un estrecho sofá antiguo de terciopelo rojo.

Meg odiaba el salón de Shannon. En parte porque los

muebles eran tan lujosos e incómodos. Y en parte por la gran fotografía de Evan que colgaba en un marco de madera oscura en el centro de la pared frontal. Era imposible estar de pie o sentarse en la habitación sin mirar fijamente la fotografía, y hacía que Meg se sintiera aún más incómoda que las duras y adornadas sillas.

No era en absoluto la típica foto de Evan. Para empezar, llevaba una chaqueta deportiva oscura y una corbata. Acababa de llegar de algún acto familiar, quizá una boda. Llevaba el pelo rubio, normalmente alborotado y rebelde, peinado hacia atrás, la mirada perdida y una sonrisa forzada que Meg nunca le había visto en la vida real.

Meg supuso que así era como el señor y la señora Harper querían recordar a Evan: no como era, un alborotador, un hombre salvaje, sino como aparecía en esta foto, civilizado y completamente bajo control.

Sin embargo, a Meg la fotografía siempre le traía recuerdos de la otra cara de Evan. Era como si su mente estuviera rechazando esta falsa imagen, este suave desconocido, para traer de vuelta al chico real que ella conocía, con todos sus defectos y todos sus problemas.

De repente recordó una noche en la sala de juegos del sótano de Shannon. ¿Quién estaba allí aquella noche? Todos: Shannon, Ellen, Meg, Tony y Evan. Tony y Evan estaban jugando al billar en la gran mesa del centro de la habitación. Las chicas intentaban jugar al ping-pong a dobles con sólo tres personas.

Meg volvía a oír los sonidos de aquella habitación: los gritos, las risas estridentes, el chasquido de la pelota de ping-pong contra las palas, el chasquido que hacía la pelota cuando las chicas la perseguían por el suelo de baldosas y el golpe seco de los tacos de billar al chocar contra las brillantes bolas

de colores.

Evan estaba de un humor particularmente salvaje esa noche. Aquella tarde había estrellado accidentalmente uno de los coches de la familia contra la parte trasera de una camioneta, y Tony se reía de él.

—No fue culpa mía, tío—, declaró Evan, metiendo la bola tres en una tronera de la esquina y sonriendo a Tony, satisfecho de sí mismo.

—¿Te estrellas contra la parte trasera de un camión y no es culpa tuya? —. se burló Tony.

—No puede ser. Ese camión iba por debajo de la velocidad mínima en la autopista. Así que no pude evitarlo. Iba demasiado despacio.

Tony se rio y falló el tiro.

—Así que intentaste acelerarlo dándole un pequeño golpe—, murmuró Ellen.

—¡Un pequeño golpe que destrozó tu coche! —. Tony cayó al suelo riendo, sujetándose los costados.

—Así que los dos estáis contra mí, ¿eh? —. dijo Evan, mirando fijamente a Ellen. De repente ya no estaba bromeando.

—No, Evan. Tony y yo...

—¡Te he visto! —gritó Evan, golpeando con fuerza su taco de billar contra el lateral de la mesa.

—¿Crees que es una gran broma, ¿eh? Un camionero idiota frena y me obliga a chocar, ¡y vosotros dos pensáis que es un alboroto!

—Vamos, hombre… —Tony empezó, levantando las manos como en señal de rendición.

—No. ¡Ven tú! —gritó Evan. Levantó su taco de billar como una espada y empezó a balancearlo contra el taco de Tony. Click-click-CLICK. Evan, con los ojos desorbitados, el

pelo rubio echado hacia atrás empezó a golpear el taco de Tony cada vez con más fuerza, desafiando a Tony a vérselas con él.

—¡Evan…para! —gritó Ellen.

Golpeó el taco como si fuera un bate de béisbol, con la intención de golpear a Tony. Pero Tony se agachó y el taco golpeó a Ellen en el hombro. Hizo un ruido fuerte y agudo. Ella gritó y retrocedió contra la pared del sótano.

—¡Evan!

Pero Evan la ignoró. Tony y él estaban de pie sobre la mesa de billar, enfrentándose con determinación, como en un duelo de espadas de película. Meg recordó la expresión de Tony. Para él todo era una tontería. Se lo estaba pasando en grande.

Pero Evan parecía serio, decidido a ganar. Pronto se hizo evidente para todos, menos para Tony, que Evan estaba luchando de verdad. Los tacos de billar chocaron entre sí. Los dos chicos saltaron de la mesa de billar y se movieron por el suelo, atacándose y empujándose.

La cara de Evan se puso roja. Fruncía el ceño y parecía tener los ojos cerrados. De repente, dio un fuerte golpe. Se oyó un fuerte crujido.

Tony abrió mucho los ojos y se le pusieron en blanco. Se desplomó en el suelo. La sangre empezó a caerle por el pelo desde la parte superior de la cabeza.

Evan no miró a Tony. Estaba estudiando su taco de billar.

—Creo que lo he roto—, dijo, muy preocupado.

Ellen empezó a chillarle.

—¿Cómo has podido hacerle eso a Tony?

Meg recordó la cara de sorpresa de Evan. No parecía darse cuenta de lo que había hecho. Miró hacia abajo. Su expresión

cambió, todas sus facciones parecieron caer a la vez. Se inclinó sobre Tony.

—¿Estás bien? Fue un accidente. Supongo que se me resbaló el brazo.

—No pasa nada—, dijo Tony grogui. Sonrió a su amigo. Siempre perdonaría a Evan por cualquier cosa. Meg y Shannon decidieron llevar a Tony a Urgencias del Hospital Shadyside.

Cuando se fueron, aún podían oír a Ellen en el sótano, gritándole a Evan, intentando que admitiera que no había sido un accidente. A Tony le dieron cinco puntos.

Fue una noche horrible. Pero nadie sabía qué esperar de Evan. Algunas noches era muy divertido, el tipo más gracioso y alegre del lugar.

Otras noches "se le resbalaba el brazo". La gente se lastimaba.

—Sigues mirando esa foto—, dijo Shannon desde el pequeño sofá.

Sus palabras devolvieron a Meg al presente.

—Sí. Lo sé.

—Es una foto rara, ¿verdad? —. preguntó Shannon, sacudiendo la cabeza. —Evan parece una especie de marciano.

—No se parece a Evan—, dijo Meg con cierta tristeza.

Estuvieron sentadas una frente a la otra en silencio durante un largo rato. Finalmente, Meg dijo:

—Tienes que perdonarme, Shannon. Supongo que fue una locura temporal. Te pido disculpas de verdad. Estaba mal de la cabeza. De verdad. He estado loca durante días. Quiero decir, cuando llegué a casa de Lisa la otra noche, vi sombras de macetas en el porche. Estaba aterrorizada. Estaba segura de que alguien me esperaba allí para atraparme.

—Pobre chico—, dijo Shannon sin compasión. —¿Cuándo empieza el arrastrarse?

—Perdóname y haré lo que sea. Lo digo en serio. Incluso le pediré a Gary Brandt que salga contigo.

—¿Que harás qué?

—Sabes que quieres salir con él, pero eres demasiado tímida para pedírselo.

—Ahora, escucha...

—Así que se lo pediré por ti. De verdad. Lo haré para compensar lo de esta tarde.

—Santo Dios. Creo que hablas en serio—. Shannon miró a su amiga con incredulidad.

—Claro que hablo en serio. De verdad que no quiero que te enfades conmigo.

—Vale. No estoy enfadada—, dijo Shannon. —Pero no te atrevas a preguntarle nada a Gary Brandt.

—Está bien, yo...

—¿Lo prometes?

—Lo prometo—, dijo Meg. Se movió en el asiento, empezando a sentirse un poco aliviada. —¿De verdad aceptas mis disculpas?

—Sí. Claro. Exageré un poco. Yo también lo siento—. Shannon se acercó y le dio un rápido abrazo a Meg. —Ahora háblame de esas amenazas. De verdad que no me lo creo—, dijo negando con la cabeza.

Meg le contó lo de la llamada, la nota y lo de que seguían a Tony.

—Casi lo olvido. Hablé con Ellen—, dijo, contenta de cambiar de tema. —La llamé. Sonaba muy bien. Muy bien. Está deseando volver y ver a todo el mundo.

—Me alegra oírlo—, dijo Shannon. —Tengo que admitir que me equivoqué con la fiesta. Es una buena idea. Tenías

razón.

—¡Bien! —dijo Meg. —¡Quiero decir genial! Entonces, ¿me ayudarás con eso y todo?

—Sí, claro—, dijo Shannon encogiéndose de hombros. —¿Por qué no deberíamos arriesgar nuestras vidas las dos? ¡Arriesgar nuestras vidas por el derecho a la fiesta! Sí.

Meg se rio, pero en realidad no le hizo demasiada gracia.

—Ah, antes de que se me olvide—, dijo Shannon, —Mike estará en casa ese fin de semana, así que tendremos que invitarle aunque no conozca muy bien a Ellen.

Mike era hermanastro de Shannon. Cuando la madre de Shannon murió, su padre se volvió a casar y unos años después, tuvo a Mike. Meg había visto muy poco a Mike. Se fue a la escuela, en algún lugar de Nueva Inglaterra.

—Eso está bien—, dijo Meg. —Mike es muy guapo.

—Ha llegado a parecerse tanto a Evan que da escalofríos—, dijo Shannon con nostalgia.

—Entonces, ¿quién crees que quiere parar esta fiesta? —, preguntó, suspirando tristemente. Era un año más tarde, pero ella todavía quería evitar hablar de Evan.

—Simplemente no puedo entenderlo—, dijo Meg, moviendo las piernas en la silla incómoda. —Realmente me está volviendo loca.

—Debe ser alguien que realmente odia a Ellen—, dijo Shannon, sacudiendo la cabeza.

—Pero ¿quién podría ser? —preguntó Meg. —Ellen era casi la chica más popular de Shadyside.

—Ni idea—, dijo Shannon. —No tengo ni idea. Hey…tal vez no tiene que ver con Ellen. Tal vez es alguien que realmente te odia. —Se rio. La idea le pareció realmente divertida.

Meg se sorprendió. La idea nunca se le había ocurrido.

—¿Eh? ¿Cómo quién?

—No lo sé. Olvídalo—, dijo Shannon rápidamente. —Estúpida idea. Alguien quiere impedir que se celebre esta fiesta. Alguien quiere evitar que todos nos reunamos de nuevo. Pero ¿por qué?

—¿De qué tiene miedo esta persona? —Meg preguntó, pensando mucho.

–Hmmmm... ¿Miedo a que hablemos de él? ¿Miedo a que algún secreto salga a la luz? ¿Miedo a que Ellen nos cuente algo?

—Tal vez, tal vez—. Shannon daba golpecitos nerviosos con los dedos en la mesa de centro antigua. —Ahora quién podría tener un secreto que no querría que ninguno de nosotros supiera sobre.... —Su rostro se tensó de repente. Su expresión se volvió sombría. —¡Brian! —, gritó.

Meg la miró sorprendida. «¿Brian?» Meg pensó en su lista de sospechosos. Brian, por supuesto, era su sospechoso número uno.

—¿Qué te hace decir Brian?

—Bueno... es tan raro, Meg. Sé que es tu primo y todo eso. Pero es tan raro. Y se ha vuelto mucho más raro desde... desde ese día. ¿Nunca te has preguntado qué hacía Brian en el bosque, cómo encontró a Evan segundos después de...? —. No pudo terminar su pensamiento.

—Shannon, ¿no crees que Brian tuvo algo que ver con...?

Shannon miró fijamente a Meg a los ojos.

—Es posible, ¿no?

—Sí, pero... —Meg sabía que Brian era raro. Y siempre había pensado que era una coincidencia que se hubiera encontrado con Ellen y Evan justo después de que Evan se hubiera disparado accidentalmente. Pero en la típica moda ingenua, Meg nunca había sospechado que Brian podría haber

tenido algo que ver con la muerte de Evan.

—Supongo que debería enfrentarme a Brian—, dijo Meg.

—Intenta ser un poco más sutil de lo que fuiste conmigo—, dijo Shannon de forma mordaz.

Las dos se rieron. Meg estaba muy contenta de haber venido. Ahora quizá podría irse a casa y concentrarse en su trabajo de psicología.

Le dio las buenas noches a Shannon, salió por la puerta principal y comenzó a trotar por el pavimento mojado hacia su casa. Se dio cuenta de que debía de haber llovido otra vez mientras estaba en casa de Shannon, porque la calle estaba muy mojada y corrientes de agua bajaban por los bordillos hacia las alcantarillas.

Levantó la vista y vio los faros de un coche y luego un coche oscuro detrás de ellos. Se acercaba a ella muy deprisa, y sus neumáticos salpicaban olas de agua de lluvia a ambos lados mientras avanzaba.

Meg continuó trotando pegada a la acera. Pero se quedó inmóvil cuando se dio cuenta de que el coche había dado un volantazo y venía directamente hacia ella.

Parecía acelerar.

No tuvo tiempo de moverse ni de apartarse de su camino.

Inmovilizada como un ciervo asustado, levantó las manos como para protegerse y gritó cuando el coche se le echó encima.

capítulo 9

Más tarde, el Jueves por la Noche

El conductor acercó el coche al bordillo de la acera delante de la casa y aparcó el coche. Su corazón parecía latir al ritmo de los limpiaparabrisas. Bom-BOM Bom-BOM Bom-BOM.

Apagó el motor. Los limpiaparabrisas se detuvieron bruscamente en medio del parabrisas, pero su corazón mantuvo el ritmo insistente. No hizo ningún movimiento para salir del coche. No sabía si podría andar. Se quedó mirando por el parabrisas, esperando a sentirse mejor, esperando a sentirse un poco más tranquilo, un poco más normal.

Tal vez nunca volvería a sentirse normal.

La lluvia había cesado por completo. Había sido una tormenta rápida y fuerte y se había desvanecido en un minuto.

¿Dónde estaba?

Miró a su alrededor. Tardó un rato en recordar. Estaba delante de la casa de su primo Mark. Estaba sentado en el coche de Mark. Se lo había prestado aquella mañana. Lo

estaba devolviendo cuando vio a Meg haciendo footing en la calle. Y entonces... y entonces...

Atropelló a Meg. No, no la atropelló.

Pero casi lo hizo.

¿En qué había estado pensando? ¿Qué le pasó a su cerebro? Se dio cuenta de que estaba sudando. El sudor le rodaba por la frente. Su camiseta estaba empapada. Sentía calor por todas partes, más calor del que había sentido nunca.

¿Qué le había pasado a su cerebro?

El parabrisas se estaba empañando. Pronto estaría envuelto en este refugio seguro. Nadie podría verlo. Nadie podría saber que estaba allí. Tal vez se quedaría allí para siempre.

Casi había atropellado a Meg. Había apuntado el coche justo hacia ella, y luego había acelerado a fondo.

La oyó gritar por encima del rugido del motor. Vio sus ojos desorbitados.

La vio protegerse con las manos. Aun así, mantuvo el acelerador a fondo. Y siguió sin girar el volante.

Entonces la vio saltar hacia un lado, cayendo con fuerza al pavimento.

Finalmente cortó el volante y se desvió a la izquierda. Recordó que luchaba por recuperar el control. Moviendo el volante hasta que el coche volvió a la carretera. Luego se alejó a toda velocidad. Nunca miró atrás. Tal vez nunca volvería a sentirse normal.

Sólo había querido asustar a Meg.

Eso era todo. Realmente asustarla. Demostrarle que iba en serio, que no iba a bromear con más llamadas de miedo, ni notas, ni bolsas de almuerzo llenas de sangre falsa.

Pero cuando la vio en la calle, se olvidó de lo que estaba haciendo. Recordó por qué tenía que asustarla. Ah, sí.

Recordó por qué no podía permitir que la fiesta tuviera lugar. Sí, sí, sí.

Pero olvidó lo que estaba haciendo, olvidó su pie tan pesado sobre el acelerador, olvidó sus manos tan rígidas sobre el volante.

Podría haberla matado. Sólo quería asustarla.

Ya había matado una vez. Ahora casi había matado de nuevo. «Me estoy volviendo loco», pensó. «Me estoy volviendo loco».

Pero había tenido suerte esta vez. Ella había saltado. Estaba a salvo. Estaba bien.

¿Pero estaba asustada?

Tal vez estaba lo suficientemente asustada como para renunciar a la fiesta. Entonces las cosas podrían volver a la normalidad, ¿verdad? Entonces él podría sentirse normal de nuevo.

Sólo tendría que pensar en el otro asesinato. Todos los días. Durante el resto de su vida.

Golpeó su cabeza con rabia contra la ventana lateral.

No. Contrólate, hombre. Contrólate.

Ahora le dolía el lado izquierdo de la cabeza. Qué bien. Eso parecía más normal. Un dolor de cabeza lo hacía sentir un poco más normal.

Tómalo con calma, hombre. Respira profundo. Sí, así está mejor. Sólo la asustaste, después de todo.

Tienes que asustarla, asustarla para que no haga esta fiesta.

No tienes elección. No puedes dejar que esta fiesta tenga lugar. No puedes dejar que todos estén juntos de nuevo. No puedes dejar que Ellen vuelva y cuente...

No puedes dejar que cuente lo que pasó el año pasado....

Meg se arrancó la ropa empapada y manchada de barro y

la tiró en un montón en medio del suelo de su habitación. Luego se apresuró a darse una ducha caliente.

Aparte de un moratón en el hombro, donde había caído sobre la acera, estaba bien. Ahora, si pudiera conseguir que sus manos dejaran de temblar, que los latidos de su corazón se ralentizaran y que sus piernas dejaran de temblar.

Una buena y larga ducha le vendría bien. Se alegró mucho de que sus padres se hubieran acostado pronto. No quería explicar por qué había vuelto a casa como si se hubiera zambullido en un charco de barro.

¿Cómo podía explicarlo?

No estaba segura de saber lo que le había pasado.

¿Debía llamar a la policía?

¿Y decirles qué?

Realmente no había visto el coche tras los faros. No podía describirlo. Estaba demasiado oscuro... y de repente había brillado demasiado cuando los faros la alcanzaron.

Pero ¿realmente el coche se había desviado para atropellarla? ¿O había perdido el control por un momento?

La calle estaba muy resbaladiza debido al chaparrón que había caído justo antes de salir de casa de Shannon. Tal vez el conductor estaba resbalando en la calle. Tal vez quienquiera que fuese no la había visto en absoluto. Tal vez estaba haciendo un gran alboroto por nada.

¿Por nada?

Casi la habían matado.

Temblaba. El agua caliente no la calentaba.

Se secó rápidamente, aún temblando, y se puso su pijama de franela más abrigado. Luego recogió la ropa que había tirado al suelo y la depositó en el conducto de la ropa sucia.

«¿Qué me hará sentir mejor?»

Tony.

Tony sabría qué decir. Tony sabría cómo calmarla.

Echaba mucho de menos a Tony. Ahora necesitaba a Tony.

Se puso una bata de algodón rosa sobre el pijama y se sentó para telefonearle. Levantó la vista y vio una media luna que se asomaba por la ventana. El cielo se había despejado.

Marcó el número de Tony. Sonó dos veces, tres veces y unas cuantas más.

—Vamos, Tony. ¿Dónde estás?

—¿Aloh?

—¿Tony?

—No. Este es su pa-padre.

Reconoció el tartamudeo del Sr. Colavito. Significaba que había pasado la noche en la taberna de la esquina. Gran sorpresa. Pasaba todas las noches en la taberna de la esquina.

—Soy yo, Meg, Sr. Colavito.

—¿Meg? —Sonaba como si estuviera tratando de recordar si alguna vez había oído ese nombre antes.

—Sí. Meg. ¿Está Tony en casa?

—No. Ahora no.

—¿No está?

—No. Se fue a algún lado, creo.

Muy bueno. Útil, como siempre.

—Oh. Ya veo. Bueno... gracias. Siento haberte despertado.

—No pasa nada. Sólo estaba durmiendo.

Meg colgó. El padre de Tony había estado bebiendo más de lo habitual últimamente. Tony no hablaba mucho de ello. Pero ella sabia que le preocupaba.

Se quedó mirando el teléfono. ¿Dónde podía estar Tony tan tarde una noche de colegio?

Envió una señal mental: «Tony, te necesito. Llámame, Tony. Llámame, Tony. ¿Estás recibiendo este mensaje?». Se

concentró mucho, dando toda su fuerza a los poderes telepáticos que pudiera tener.

Entonces un pensamiento infeliz interrumpió el envío del mensaje.

No podía estar con otra, ¿verdad? ¿No?

Tony, caminando rápidamente, no captó la señal telepática de Meg. Estaba a seis manzanas de su casa en Cañón Road. Sus zapatillas estaban empapadas, al igual que los pantalones vaqueros. Debió de atravesar charcos de lluvia sin darse cuenta. Estaba impaciente por llegar a casa y ponerse ropa seca.

La calle estaba en silencio, excepto por el sonido del agua que caía de los altos árboles y la humedad de sus zapatos al caminar.

De repente, oyó un golpeteo fuerte e insistente. Tony se palpó automáticamente el pecho. Pero el sonido procedía de la entrada de una casa a mitad de la manzana. Unos focos blancos fijados al tejado iluminaban todo el camino de entrada y el lateral de la casa. Allí hay casi tanta luz como de día, se maravilló Tony.

Siguió andando hasta que reconoció al tipo que tiraba a canasta en un tablero de garaje muy iluminado. Era el amigo de Brian de Magos y Mazmorras.

—¡Eh, Dwayne!

Dwayne Colligan no levantó la vista. Regateó, falló, cogió el rebote y volvió a regatear.

—Creí haberte olido en el vecindario, Colavito—, fue su alegre saludo.

Tony corrió por el césped del vecino hasta el camino de Dwayne, esperó su momento y le robó el balón.

—¡Eh, Tony, me vas a infectar la pelota, tío!

—Toma una lección, Colligan—, dijo Tony e hizo un tiro

de gancho alto. Canasta. Ni siquiera tocó el aro.

—Tiro afortunado—, se burló Dwayne.

—¿Qué estás haciendo aquí en medio de la noche? —preguntó Tony, mirando hacia los focos brillantes.

—Me gusta encestar por la noche, tío—, dijo Dwayne, regateando y haciendo una canasta fácil. —Es un poco relajante, ya sabes. —Atrapó su propio rebote y volvió a encestar rápidamente, esta vez un gancho que se desvaneció. —¿De dónde vienes, Tony?

—Alrededor— dijo Tony.

Dwayne regateó en círculos alrededor de Tony. Sus bíceps se flexionaban cuando regateaba. Tenía brazos poderosos. Su cuerpo no parecía el de un adolescente. Había pasado miles de horas para conseguirlo.

—¿Cómo va todo? —Preguntó Tony, simplemente haciendo conversación mientras Dwayne fallaba un tiro fácil.

—Va bien—, dijo Dwayne encogiéndose de hombros. Cogió el rebote y se alejó de Tony.

—¿Cómo te va con Shannon? —preguntó Tony, sonriendo.

—No muy bien—, dijo Dwayne, muy serio. Lanzó un tiro salvaje que rebotó en el lateral del garaje. —La verdad es que no quiere salir conmigo.

—Eso es un bajón, tío—, dijo Tony, persiguiendo la pelota por el camino de entrada.

—No lo entiendo—, dijo Dwayne, empujando ambas manos contra la pared de tejas de la casa y haciendo algunos ejercicios rápidos de estiramiento. —Sé que su hermano me odiaba.

—¿Evan?

—Me odiaba a muerte. Me dijo que me mantuviera alejado de su hermana. Sabía que me gustaba. Dijo que haría

que me arrepintiera si alguna vez me acercaba a ella.

—¿Sí? —Tony regateó la pelota con fuerza contra el asfalto. Él nunca supo nada de esto. Evan nunca le había hablado de Dwayne.

—¿Sabes una cosa, tío? —, dijo Dwayne, con una amplia sonrisa en su pálido rostro, —Cuando encontraron a Evan muerto de un disparo en el bosque, fueron buenas noticias para mí. Me alegré. Eso significaba que podía ir a buscar a su hermana.

Tony sintió que la rabia empezaba en su pecho y luego se extendía por todo su cuerpo.

—¡Evan era mi mejor amigo!

Gritó tan fuerte que se lastimó la garganta.

Tiró hacia atrás la pelota de baloncesto con una mano y la lanzó con todas sus fuerzas, estrellándola contra el estómago de Dwayne.

Dwayne soltó un gemido de sorpresa. Tony empezó a correr, resbalando en la calzada mojada. Estaba a tres casas de distancia cuando Dwayne lo llamó.

—¿Cuál es tu problema, idiota? —, le gritó. Pero no hizo ningún movimiento para perseguir a Tony.

Tony siguió corriendo, aumentando la velocidad a medida que corría.

—¡Eres un verdadero idiota, tío! —gritó Dwayne, acunando el balón contra su estómago con sus dos grandes y carnosas manos. —¡¿Qué te pasa?!

Tony corrió dos manzanas antes de detenerse. Ahora estaba empapado de sudor. Pero se sentía mucho mejor. De hecho, se sentía muy bien.

No le gustaba que la gente dijera cosas malas de Evan. De hecho, no lo toleraría.

Evan era un gran tipo.

Dwayne era un canalla de primera clase.

No podía quedarse ahí y dejar que alguien como Dwayne dijera que se alegraba de que Evan estuviera muerto. Tenía que tirarle la pelota de baloncesto. Tenía que hacerle daño a Dwayne por decir eso. Tenía que hacer algo, y lo hizo.

Tony se sintió bien por eso. Se sintió tan bien, que corrió el resto del camino a casa, cuatro largas cuadras sin reducir la velocidad ni una sola vez.

capítulo 10

Viernes por la Noche

Meg sabía que se había metido en un buen lío con su trabajo de psicología. Ya llevaba tres días de retraso. Sólo había escrito dos párrafos, y no estaba segura de que le gustaran.

Pero ¿qué podía hacer? Tenía tantas cosas en la cabeza.

Si pudiera hablar con Tony, contarle lo que había pasado, contarle lo de la bolsa del almuerzo llena de sangre falsa, contarle lo del coche que intentó atropellarla... tal vez.

Lo había buscado en la escuela. Pero no estaba.

Tiró el bolígrafo y arrugó la hoja de cuaderno que había estado mirando. Debería estar con Tony ahora mismo, pensó. Es viernes por la noche. No debería estar aquí sola, escribiendo un aburrido trabajo.

¿Qué intentaba demostrar Tony? ¿Que era tan testarudo como ella? ¿Por qué no la había llamado?

Se levantó de un salto de la mesa. «Voy para allá», dijo en voz alta. «Ahora mismo.»

Les dijo a sus padres que iba a casa de Tony, cogió las llaves del coche de su estantería habitual junto a la puerta y condujo hasta el final de Canyon Road, a la pequeña casa adosada donde vivían Tony y su padre.

Pensando en todo lo que tenía que decirle a Tony, imaginando cómo se reconciliarían, aparcó junto al bordillo y subió corriendo los escalones hasta la entrada de la casa de Tony.

La puerta se abrió antes de que pudiera llamar. El padre de Tony salió, con la gorra de los Cubs que siempre llevaba calada hasta la frente. Parecía tan sorprendido de verla como ella de verlo a él. Siempre le sorprendía lo mucho que se parecía a Tony, una versión más delgada y canosa.

—Hola, ¿cómo estás? —, dijeron los dos a la vez.

—Iba a dar un paseo—, dijo el Sr. Colavito. Eso significaba que se dirigía a la taberna de la esquina.

—¿Está Tony en casa?

—No.

—¿No?

—No. Lo siento. ¿Puedo hacer algo? ¿Estás bien?

—Sí. Estoy... bien. ¿Sabes a dónde fue?

El Sr. Colavito empezó a bajar los escalones. Meg se quedó a su lado. En algún lugar de la calle, un gato chillaba como un loco. Hizo que todos los perros del barrio ladraran, una sinfonía animal.

—Se fue con ese chico Brian. Es tu primo, ¿no?

—Brian. Sí. ¿Tony fue a algún lado con Brian? —¿Desde cuándo Tony tiene algo que ver con Brian?

—Sí. Se fueron a jugar algún tipo de juego juntos—. El Sr. Colavito caminó rápidamente. Estaba ansioso por llegar a la taberna.

—¿*Hechiceros & Mazmorras*?

—Sí. Eso es. Creo que eso es todo. Tony dijo que no me preocupara. No estaría fuera hasta muy tarde. Puedes intentar llamarlo más tarde—. Se apresuró a seguir adelante.

—De acuerdo. Gracias—, Meg lo siguió. —¿Dijeron a dónde iban?

—No. No me lo han dicho—, respondió el padre de Tony, y desapareció al doblar la esquina.

Meg subió lentamente a su coche, más confundida que nunca. A Tony no le gustaban los *Hechiceros & Mazmorras*. Y nunca había soportado a Brian. ¿Por qué de repente se iba un viernes por la noche con Brian a jugar a ese juego?

¿Fueron al bosque de la Calle del Terror? Allí era donde Brian y Dwayne siempre iban a jugar. ¿Iría realmente a ese bosque aterrador con Brian, después de todo lo que había pasado allí?

Meg pensó que podría conducir un rato, pero de repente se sintió muy cansada. Condujo directamente a casa, subió el coche a la entrada, corrió al interior y se metió en la cama.

Tardó más de una hora en dormirse. Cuando por fin consiguió dormirse, tuvo sueños extraños y coloridos, sueños inquietantes en los que perseguía a gente, perseguía a la gente equivocada, perseguía a gente que ni siquiera conocía.

El tono del teléfono sobre su escritorio la despertó. Por un momento pensó que seguía soñando. Aún persiguiendo. Que seguía persiguiendo.

Levantó el auricular de mala gana.

—¿Diga? —El sueño le obstruyó la garganta.

—¿Hola, Meg? ¿Están Brian y Tony?

—No. ¿Quién es?

—Soy el padre de Tony.

—Oh. Hola. Disculpa. Estaba dormido. Yo…

—¿No están ahí? —Sonaba extraño, muy tenso. Hablaba demasiado claro, demasiado distintamente, como si hubiera estado bebiendo y tratara de ocultarlo.

—No. Por supuesto que no.

—Son las cuatro de la mañana—, dijo el señor Colavito. —Me ha llamado la madre de Brian. Brian no está en casa y Tony tampoco. ¿Tienes idea de dónde pueden haber ido a jugar a ese estúpido juego?

—Bueno... eh…no lo sé. El bosque de la Calle del Terror, tal vez…—Meg se obligó a despertarse. ¿Qué estaba pasando aquí? ¿Por qué el Sr. Colavito parecía tan preocupado?

—Voy a llamar a la policía—, le dijo. —Tony y Brian han desaparecido.

capítulo 11

Viernes. Después de Medianoche

Meg estaba muy despierta. Demasiado despierta. Su mente se llenó de imágenes horripilantes de Tony y Brian, del espeso y temido bosque donde tantas tragedias, explicadas e inexplicadas, habían tenido lugar. «Tony, ¿qué hacías allí?» pensó. «¿Por qué estabas en ese bosque con Brian esta noche?»

¿Y por qué no has salido?

Sabía que tenía que ir allí. Tenía que ver si estaban bien. Se arrastró hasta el armario y sacó los vaqueros que llevaba puestos. Luchando por subírselos en la oscuridad, tropezó, se golpeó contra el escritorio y la lámpara de éste cayó al suelo.

«¿Qué ha sido eso?», oye preguntar a su madre en la habitación de al lado.

Unos segundos más tarde, su padre salió a investigar, encendió la luz del pasillo y se asomó a su habitación.

—Meg, ¿adónde vas? ¿Qué hora es? —Él parecía un oso saliendo de la hibernación, bostezando y entrecerrando los ojos.

—Es tarde, papá. Pero tengo que salir.

—¿Adónde vas? —, repitió, frotándose la espesa barba negra. Parecía muy confuso.

—Eh... bueno... Tony ha desaparecido, ya ves.

—¿Desaparecido? ¿Qué quieres decir con desaparecido? ¿Dónde?

—En el bosque de la Calle del Terror, creo.

Su padre se quedó pensativo un rato. Meg se puso un grueso jersey de lana sobre la cabeza. Se lo había puesto hasta el final antes de darse cuenta de que lo llevaba al revés. Decidió dejárselo así.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Vas al bosque de la Calle del Terror? —. Su padre empezaba a despertarse.

—Sí. Tengo que hacerlo. Tony y Brian fueron allí, creo, esta tarde temprano. Ahora han desaparecido.

—¿Calle del Terror? —Se esforzaba por encontrarle sentido a lo que Meg le estaba contando. Pero, por supuesto, no tenía ningún sentido. —Lo siento. No voy a dejar que vayas allí en mitad de la noche.

—¡Pero, Tony…Papá, por favor… ¡tengo que hacerlo! Brian me enseñó una vez la cueva donde va a jugar a Magos y Mazmorras. Creo que puedo encontrarla. La policía no sabrá dónde está. Puedo ayudarles.

Se lo pensó, frotándose su oscura barba incipiente.

—De acuerdo. Pero tendré que ir contigo. Dame un segundo—. Desapareció de nuevo en el dormitorio.

Meg se quedó en el pasillo. Le oía explicarse rápidamente a su madre, golpeándose contra los muebles mientras se ponía la ropa. Pensó en correr hacia el coche y marcharse antes de que él pudiera perseguirla. Pero algo la contuvo. Se dio cuenta de que se alegraba de que viniera.

Los peligros de los bosques de la Calle del Terror no eran

sólo rumores. La gente desaparecía de verdad en aquellas oscuras colinas que se extendían kilómetros más allá del final de la Calle del Terror. Los periódicos informaban de accidentes extraños e imposibles. Caían árboles, aparentemente sin motivo alguno. Animales normalmente temerosos atacaban con extraña ferocidad.

Tal vez lo más extraño de todo en aquellos bosques era que ningún pájaro se aventuraba por allí. Ningún pájaro masticaba las bayas silvestres maduras, ni buscaba gusanos en la tierra blanda, ni construía nidos en los árboles. A lo largo de los años, equipos de científicos de universidades de todo el país habían intentado explicar por qué no había pájaros en aquel bosque. Pero todos volvían a casa tan desconcertados como cuando llegaron.

—¿Listos? —El Sr. Dalton reapareció en el vestíbulo con una pesada camisa de lana a cuadros y pantalones de pana. —Déjame que coja un par de linternas. Puedes contarme toda la historia por el camino.

No había mucho que contar. Mientras conducían por las silenciosas y vacías carreteras hacia la Calle del Terror, Meg le contó que Tony y Brian se habían ido a jugar a Magos y Mazmorras. Y de la llamada que acababa de recibir del padre de Tony.

—A Tony no le va ese juego, ¿verdad? —, preguntó su padre, encendiendo el limpiaparabrisas para quitar la espesa niebla del parabrisas.

—No—, respondió Meg en voz baja. —No le gusta.

—No me lo creí. No es de ese tipo.

Meg estaba demasiado cansada para preguntarle a su padre qué quería decir con eso. Sabía que no aprobaba a Tony. Probablemente lo dijo como una indirecta. Pero ella no quería entrar en ningún tipo de discusión ahora. Sólo quería

concentrarse, concentrarse en que Tony y Brian estuvieran bien.

Al girar por la Calle del Terror, el cielo pareció oscurecerse. Meg comprendió que se debía a los árboles que dominaban la calle. Pasaron junto al viejo cementerio y siguieron la calle estrecha y curva hasta el final.

Las luces rojas parpadeantes indicaban que la policía ya estaba allí. Dos coches patrulla estaban aparcados al borde del bosque, con las luces de sus techos de color rojo sangre, dando vueltas sin hacer ruido, una alarma silenciosa que hizo que el corazón de Meg diera un vuelco e hizo que el miedo que había estado conteniendo le subiera hasta la garganta.

Saltó antes de que su padre detuviera el coche y corrió por el suelo mojado, parpadeando contra las duras luces rojas, luchando contra el miedo, empujándolo hacia abajo para poder respirar.

—Oh. Hola. —Chocó con el padre de Tony, que estaba apoyado en un coche patrulla, intentando recuperar el equilibrio. Sus ojos se veían rojos y llorosos bajo la dura luz.

Señaló hacia el bosque.

—Están por ahí. La policía encontró huellas. Van a encontrarlos—. Era evidente que había bebido bastante. Meg tuvo que esforzarse para entender lo que decía.

Los padres de Brian, Sid y Marge, los tíos de Meg, se apresuraron a acercarse, con el rostro tenso por la preocupación.

—Meg, no tenías por qué haber venido—, dijo Sid, apretándole el brazo como si quisiera asegurarse de que realmente estaba allí. —Estoy seguro de que Brian y Tony están perfectamente... Oh. Hola, Todd—. El padre de Meg apareció detrás de Meg, con aspecto sombrío e incómodo.

—¿Alguna señal de ellos?

—Todavía no. Pero están ahí dentro—, dijo Marge, con voz de susurro. Miró hacia otro lado.

—No sabemos por qué a Brian le gusta tanto ese juego—, dijo Sid. —Probablemente perdió la noción del tiempo. Lo ha estado haciendo mucho estos días.

—Probablemente sea eso—, dijo el padre de Meg, no muy convencido. Miró al padre de Tony, que seguía apoyado contra uno de los coches patrulla, con los ojos nadando en su cabeza. El señor Dalton frunció el ceño y de pronto recordó las linternas que llevaba.

—Vámonos. Podemos ayudar a la policía a buscarlos—. Le ofreció una linterna al padre de Brian.

Sid empezó a cogerla, pero Marge le retiró la mano.

—No. Quédate aquí conmigo. La policía dijo que nos quedáramos aquí junto a los coches, que no fuéramos a buscarlos.

—No voy a quedarme aquí—, dijo impaciente el señor Dalton. —A mí no me dijeron eso.

—Voy contigo—, dijo Meg, alcanzando una linterna. —Sé dónde está la cueva donde juegan. Síganme.

El señor Dalton dudó un momento, echando hacia atrás la linterna, pero, al ver la mirada frenética de Meg, cedió.

—De acuerdo, pero quédate cerca de mí. Quédate a mi lado, ¿me oyes?

Meg asintió, encendió la linterna y siguió su estrecho haz de luz hacia el bosque. El suelo estaba cubierto de hojas marrones secas y ramas caídas. Cada pisada producía un fuerte crujido que parecía resonar entre los árboles. Meg se detuvo, pensando que alguien las seguía. Pero sólo era el sonido de sus propias zapatillas crujiendo sobre el frondoso suelo.

—Alguien va a tener que darles una buena charla a esos

chicos—, dijo el Sr. Dalton, apuntando su linterna a sus pies, pero tropezando todavía con una rama de árbol caída. Cayó de rodillas, pero se levantó rápidamente y siguió adelante. —No tienen derecho a asustarnos hasta este punto.

Meg no dijo nada. Estaba pensando en Evan. Luego en Brian. Luego Brian encontrando a Evan, muerto a tiros en estos mismos bosques.

El padre de Meg se alejó hacia la izquierda. Podía ver su linterna parpadeando entre los árboles. Perdida en sus propios pensamientos, no se dio cuenta de que iban en direcciones diferentes.

Se estremeció. El aire era húmedo y frío. Esta noche no parecía primavera en el bosque. Las ranas de los árboles empezaron a piar, una súbita y ensordecedora sinfonía de arañazos. Oyó un aleteo en lo alto. No era un pájaro. Debía de ser un murciélago.

—¡TONY! —, gritó de repente. Su voz no sonaba a ella en absoluto. Sonaba como una chica asustada en una mala película de terror. «Pesadilla en la Calle del Terror», pensó. «Freddy viene. ¡Viene Freddy! ¡No!»

Deja de pensar estupideces.

—¡TONY! ¡TONY! —A ella no le importaba como sonaba. Sólo quería encontrarlo.

Algo se escabulló detrás del ancho tronco de un viejo arce. ¿Algo o alguien?

—¿TONY? ¿BRIAN? ¿ESTÁN AHÍ?

No. Era un animal, un mapache, que se escabullía fuera de su círculo de luz, buscando la seguridad de la oscuridad.

Sin pensarlo, siguió a la criatura, intentando que volviera a su luz. Se detuvo al darse cuenta de que se había desviado y cambió de dirección, moviendo ahora la luz amarilla en amplios círculos. Las ranas dejaron de chillar tan

repentinamente como habían empezado. Ahora el único sonido era el crujido de las hojas secas bajo sus zapatillas y...

—¿Papá?

¿Dónde estaba?

Había mantenido su luz a la vista en el rabillo del ojo. Pero ahora no podía encontrarlo.

—¿Papá? ¿Papá?

No hubo respuesta.

Había ido demasiado lejos, siguiendo a ese estúpido mapache, perdida en sus propios pensamientos morbosos. Y ahora estaba sola. Al menos hasta que pudiera encontrarlo de nuevo. O hasta que pudiera encontrar a Tony y Brian.

—¿TONY? ¿TONY? ¿PUEDES OIRME?

¿Dónde estaba la policía? ¿Dónde estaban sus linternas? ¿Hasta dónde había llegado? ¿En qué dirección iba?

Se dio la vuelta. Luego volvió a girarse. Nada más que oscuridad.

—¿TONY? ¿BRIAN?

Subió una colina baja, resbalando en las hojas mojadas. Los bosques de la Calle del Terror no eran planos. Las colinas bajas y los barrancos afilados hacían que el senderismo fuera traicionero durante el día. Por la noche, se dio cuenta, era imposible no tropezar, ni caerse.

—¿TONY? ¿PAD?

Silencio.

«No me voy a asustar», pensó. Pero ¿qué era esa sensación de opresión en la garganta? ¿Y por qué sentía las piernas tan gomosas? ¿Y por qué sentía que el corazón le latía con fuerza en el pecho?

«No. No voy a asustarme. Al menos, no más de lo que ya estoy».

—¿PAPÁ? —Su voz sonaba muy débil. Intentaba gritar,

pero no podía. Tenía la boca seca. —¿PAPÁ? ¿TONY?

¿Dónde estaban?

¿Dónde estaba ella?

Dio unos pasos hacia delante y luego se dio la vuelta. Siguió su haz de luz a través de los árboles. Una mata alta y espesa de maleza florecida parecía ser un hombre inclinado hacia ella. Se dio la vuelta y sintió una punzada de miedo que le recorrió la espalda. Dio unos pasos más. ¿Pero iba hacia delante o hacia atrás? Movió la luz en círculo. Estaba girando. No. El suelo giraba.

¡PARA!

Dio pasos decididos, cuidadosos pero decididos, caminando en línea recta, ramitas crujiendo ruidosamente bajo ella, otro animal bajo y gris escabulléndose de la luz que mantenía directamente delante de ella.

—¿TONY? ¿PAPÁ? ¿ALGUIEN ME OYE? —Se detuvo.

Pero el crepitar continuó durante unos segundos. Se dio la vuelta.

—¿Quién es?

Silencio.

¿Se lo había imaginado? Parecían pasos. Empezó a caminar de nuevo. Una rama se quebró como un disparo detrás de ella.

Se detuvo. Había alguien allí.

—¿Tony? ¿Eres tú? ¿Brian? —Giró la luz, moviéndola lentamente en un amplio arco. No había nadie.

¿Era la policía? ¿Su padre? No. Ellos le habrían respondido.

¿Había alguien más merodeando por el bosque, un *extraño*?

Empezó a caminar más rápido. Los pasos detrás de ella eran cada vez más rápidos. Se puso muy nerviosa, intentando

alejarse de allí, corriendo sobre un suelo imposiblemente enmarañado.

Pero quien la perseguía era más rápido.

—¡OHHHH!

Una mano la agarró bruscamente del hombro por detrás.

capítulo 12

Viernes, después de medianoche

Se le cayó la linterna de la mano. Se estrelló contra un grupo de hojas y su luz quedó enterrada. Meg intentó zafarse. Pero la mano la sujetaba con fuerza, apretándole el hombro con más fuerza mientras forcejeaba. Se dio cuenta de que jadeaba. El dolor agudo del hombro se extendía por el brazo, por el costado y por todo el cuerpo.

El agarre del hombro se intensificó. Sintió un aliento caliente en la mejilla. Olía a cebolla y grasa de patatas fritas.

—Te advertí que no hicieras la fiesta.

Las palabras fueron susurradas, pero el susurro era un rugido.

Con una desesperada oleada de fuerza, se zafó del asfixiante agarre. Se tambaleó y gritó cuando empezó a caer. Levantó las manos para agarrarse a algo. Pero no había nada a lo que agarrarse.

Caía por un barranco empinado, de bruces, y luego rodaba.

Su cabeza chocó contra algo duro, una roca o el tocón de un árbol.

Las luces parpadeaban en su cabeza al ritmo del dolor palpitante.

Las luces no se detuvieron, aunque estaba inconsciente.

Volvió en sí rápidamente, sintiendo el dolor en la cabeza y en el hombro. No sabía dónde estaba. Buscó el techo, la cómoda, el escritorio. Pero no estaba en la cama.

Estaba tumbada en el suelo mojado, en un montón hondo y maloliente de hojas y hierbajos en descomposición.

Se incorporó, con la cabeza palpitándole con más fuerza. Ahora lo recordaba.

—Eh... —Intentó gritar, pero no hizo ningún ruido. Levantó la mano y se arrancó ramitas del pelo.

«Mi pelo. Debo estar hecha un desastre», pensó.

De todas las cosas locas en las que pensar. «¿Me estoy volviendo loca?»

Una hoja se le clavó en la nuca. La apartó y sintió una oleada de náuseas. Se defendió. Y sentándose derecha, respirando hondo, luchó también contra el mareo.

Y se puso de pie.

Y vio el cuerpo que yacía a sus pies.

Al menos, vio parte de un cuerpo. Una sudadera levantada que dejaba al descubierto la piel desnuda. La espalda de la sudadera, rota y manchada. Unos vaqueros azules. Un brazo.

Un momento. ¿Estaba viendo cosas? ¿Estaba alucinando por la caída?

Se arrodilló para ver más de cerca. No. Era un cuerpo de verdad. Se movió de repente y gimió.

Estaba vivo.

Las manchas en la sudadera. Las manchas...

Se acercó y tocó la manga, apartando la mano al sentir la

cálida humedad. Sangre.

Se arrastró a su alrededor y lo giró para poder verle la cara.

Brian.

No Tony. Brian.

Se sentía tan culpable por pensar eso. Pero no pudo detener sus pensamientos. No pudo contener la sensación de alivio que sintió.

—Brian, ¿estás despierto? ¿Puedes oírme?

El gimió de nuevo pero no se movió. Su boca sangraba.

Vio su cara a la luz. Estaba hinchada y ensangrentada.

¿La luz?

Alguien les estaba apuntando con una linterna.

—¿Meg? ¿Qué estás haciendo aquí? —una voz familiar llamó desde lo alto del barranco.

—¿Tony? ¿Eres tú? ¿Estás bien? ¿De verdad estás bien?

Vino deslizándose por la ladera del barranco. Luego corrió hacia ella, la levantó del suelo y la abrazó.

—Tony, estaba tan preocupada. Me alegro tanto de verte. Alguien me agarró y me empujó y…

La abrazó con más fuerza, presionando su mejilla contra su frente.

—Sssshhhh. Todo va a ir bien—, le dijo suavemente.

—Pero, Brian...—, empezó ella. —Él... él...

Ella podía sentir los músculos de Tony tensarse. La soltó y dio un paso atrás. —Fui a buscar ayuda, pero me di la vuelta. Me dirigía al bosque en vez de a la calle.

—¿Pero qué ha pasado? —gritó Meg, sintiendo que el pánico volvía en el momento en que Tony la soltó.

—Brian se cayó por el barranco. Supongo que se le apagó la linterna e intentó correr sin ella. No le vi caer. Tardé mucho en encontrarle. Luego fui a buscar ayuda.

—Pero no entiendo por qué...

—¿Cómo lo encontraste? —preguntó Tony. —Meg, ¿qué haces aquí?

—Alguien me agarró. Me escapé, pero me caí—, dijo ella, alcanzando su mano, apretando su mano. —¡Tu mano está cortada!

La apartó de ella.

—Con ramas y cosas. Estaba corriendo, intentando conseguir ayuda. Creo que me corté. ¿Quién te agarró? ¿Qué ha pasado? —Le habló con ternura, con la cara llena de preocupación.

Todavía se preocupaba por ella. A pesar del horror de lo que acababa de ocurrir, se sintió extrañamente aliviada.

—No pude verle. Ocurrió tan rápido.

—¡AQUÍ! ¡AQUÍ ESTÁN!

—¿ESTÁIS BIEN?

Los gritos se acompañaron de círculos de luz y, en unos segundos, aparecieron dos policías seguidos del padre de Meg.

—¿Estás bien? —, gritó, abalanzándose sobre ella para abrazarla. —Creía que estabas a mi lado. Me di la vuelta y ya no estabas.

—¿Dónde está el otro? —, preguntó uno de los policías a Tony, iluminándole la cara con su linterna. Meg vio que el policía era muy joven. Parecía tan joven como Tony, aunque eso era imposible, y parecía muy frenético, como si fuera la primera vez que se emocionaba en el trabajo.

Tony se apartó de la luz y señaló hacia el barranco.

—Brian está ahí abajo. Se ha caído. Está muy malherido.

—Pide una ambulancia por radio—, dijo el policía a su compañero mientras bajaba por la ladera del barranco para examinar a Brian. El otro policía se dio la vuelta y empezó a correr hacia el coche patrulla.

—Está muy malherido—, dijo el policía, poniéndose en cuclillas junto a Brian y alumbrándole la cara. El policía parecía demasiado alterado.

«¿No les enseñan a sonar siempre tranquilos?» se preguntó Meg.

Brian se revolvió y abrió los ojos. Intentó levantar la cabeza, pero el policía le indicó suavemente que se tumbara.

—¿Qué ha pasado aquí, hijo? —. El policía alumbró la cara de Tony.

«Es curioso», pensó Meg. Parece más joven que Tony, pero le llama «hijo».

Tony le devolvió la mirada. «Parecía muy cansado y asustado», pensó Meg.

—Se cayó. La verdad es que no lo vi.

—Una caída bastante mala—, dijo el policía, bajando la luz hacia el pecho de Tony. La parte delantera de la sudadera de Tony estaba manchada de barro y desgarrada.

—Fui a buscar ayuda—, le dijo Tony. —Pero me perdí.

—En primer lugar, ¿qué hacías aquí a altas horas de la noche? —, preguntó el policía. Meg oía la sirena de una ambulancia a lo lejos.

—Nada, en realidad—, dijo Tony incómodo. —Jugando a un juego.

—Menudo juego—, gruñó el policía. Se quitó la chaqueta del uniforme y la puso sobre el pecho de Brian. —Abrígate, hijo. Te vas a poner bien—. Brian le miró. No dijo nada. No parecía saber dónde estaba.

Unos minutos después llegó la ambulancia. Dos hombres con batas blancas bajaron al barranco y subieron a Brian a una camilla de lona.

—Estoy bien—, insistió Brian. —De verdad. Estoy bien—. Miró fijamente a Meg, pero no pareció reconocerla. —Estoy

bien. De verdad—. Ella le oyó protestar mientras se lo llevaban a la ambulancia.

—Tu padre te está esperando—, le dijo el señor Dalton a Tony, sin molestarse en ocultar su enfado. —Y será mejor que vaya a hablar con Sid y Marge. Seguro que esta noche habéis causado muchos problemas y muchas preocupaciones sin ninguna buena razón.

Tony apartó la mirada y no dijo nada.

—Si yo fuera tu padre, te castigaría de por vida, —dijo el Sr. Dalton.

—Sí, sí—, murmuró Tony en voz baja.

—¿Qué me has dicho? —El padre de Meg se enfureció.

—Vamos, papá—, dijo Meg en voz baja. —No ha sido culpa de Tony. Él también ha pasado una noche dura. Debe haber sido muy aterrador estar perdido en este bosque. Dale un respiro.

—Intenté conseguir ayuda—, repitió Tony.

El señor Dalton miró a Tony con el ceño fruncido. Luego su rostro se llenó de sorpresa al mirar a Meg de cerca por primera vez.

—¿Qué te ha pasado? Estás cubierta de tierra.

—Me tropecé—, mintió ella rápidamente, sintiendo que la cara se le ponía roja. Por suerte, no podía verla a la luz de la linterna.

—Ese barranco es imposible de ver, y es muy empinado.

—Pobre Brian—, murmuró Tony.

—¿Pobre Brian? Es un poco tarde para eso—, espetó enfadado el señor Dalton. —Es un poco tarde para todo. Quizá te lo pienses dos veces antes de irte al bosque a jugar a un juego estúpido y sin valor—. Se adelantó dando pisotones, con cara de oso enfadado al que le acaban de robar un pez.

Meg y Tony le siguieron, caminando despacio. Meg cogió

el brazo de Tony y se apoyó en él mientras caminaban.

—¿Por qué estabas aquí jugando con Brian? —, preguntó, susurrando para que su padre no pudiera oír su conversación.

Tony se encogió de hombros.

—No lo sé. Parecía que podía ser divertido.

—Pero antes nunca te había interesado—, dijo Meg, caminando aún más despacio, dejando que su padre se adelantara.

—Sí, lo estaba—, le dijo Tony, sonando a la defensiva. —Sólo quería ver cómo era. Pero no sabía que Brian se lo tomara tan en serio. En cuanto llegamos al bosque, cambió. Se convirtió en un Mago de Tercer Nivel, o algo así. Estaba interpretando un personaje, pero él era el personaje. Es demasiado serio. Es como si se hubiera perdido por completo. Da miedo.

—¿Qué personaje elegiste interpretar? —preguntó Meg, agarrándose a su brazo, pasando con cuidado por encima de una rama de árbol caída.

—Eh... un guerrero, supongo. Era raro.

—Todo es raro. Nunca pudiste soportar a Brian. Ahora de repente...

—Eso no es verdad—, dijo Tony enfadado. Dejó de caminar y le apartó el brazo. —¿Cuántas veces tengo que decirlo? Sólo tenía curiosidad por el juego. Eso es todo. ¡Déjame en paz! ¿Quieres interrogar a alguien? Ve a la facultad de derecho.

—Lo siento—, dijo ella rápidamente, sorprendida por su enfado. —No quería decir nada. Yo también he pasado una mala noche, ya sabes.

De repente pareció recordar que alguien la había agarrado en la oscuridad. Su rostro se ablandó. Bajó la cabeza. —Yo también lo siento—, murmuró. —Entonces, ¿no viste al tipo

que te agarró?

—No. Estaba muy oscuro. Ocurrió muy rápido. Me quitó la linterna. Luego me agarró. Luego me susurró algo al oído sobre la fiesta. Luego me caí por el barranco.

—¿Él qué? ¿Qué pasa con la fiesta? —Tony le puso las dos manos en los hombros para detenerla. —Cuéntamelo otra vez.

—Dijo: «Te advertí sobre la fiesta». Algo así. Sonaba muy enfadado, muy loco. Yo estaba muy asustada. Respiraba en mi oído. Su aliento era tan caliente. Y realmente me lastimó el hombro. Todavía me duele.

Tony parecía muy disgustado.

—¿Crees que te siguió hasta el bosque? ¿Crees que estaba esperando fuera de tu casa y te siguió hasta aquí?

—No lo sé. No sé qué pensar. Anoche, volvía a casa de casa de Shannon. Creo que alguien intentó atropellarme con un coche. Estoy asustada, Tony. Yo…

—Oh no. Oh no. No, no, no. Me alegro tanto de que estés bien—, dijo Tony, acercándola a ella. —Todo esto es demasiado, Meg. Demasiado. Ahora te olvidarás de la fiesta, ¿verdad?

—¿Qué?

—Esto es demasiado aterrador, demasiado peligroso. Te olvidarás de la fiesta, ¿verdad?

—De ninguna manera—, dijo Meg, con el ceño fruncido de determinación en el rostro. —¡No me conoces muy bien, verdad! Un reto es un reto. Voy a hacer esa fiesta para Ellen. Es la única manera de averiguar quién nos está haciendo todo esto.

Tony la soltó. Se quedó mirándola a los ojos y luego apartó la mirada.

«Me encanta que esté tan preocupado por mí», pensó Meg.

—Pareces tan preocupado», dijo ella. —¿En qué estás pensando?

—En que estás cometiendo un grave error—, dijo él, que parecía muy asustado. —Tienes que pensarlo, Meg. Piénsalo de verdad. Quienquiera que intentara atropellarte, quienquiera que te agarrara esta noche... podría estar intentando demostrarte que... que podría hacer algo incluso peor...

capítulo 13

Domingo por la Tarde

El domingo, un domingo templado y brumoso que parecía más verano que primavera, Meg durmió hasta tarde, tomó un largo y tranquilo desayuno a base de tortitas y beicon, y luego fue a North Hills a visitar a Brian. No era exactamente su idea de cómo pasar un domingo por la tarde, pero sus padres la habían presionado, insistido y repetido hasta la saciedad lo mucho que significaría para Brian, que no podía salir de la cama porque los médicos creían que podía tener lesiones internas. Así que finalmente cedió y decidió hacerlo de una vez.

Brian vivía en una enorme casa blanca con vistas al río. Con sus altas columnas a ambos lados de la entrada de doble altura, a Meg siempre le recordó más a una plantación sureña que a una casa en la que viviera una persona normal. Cuando era pequeña, Meg se paseaba sola por los largos pasillos

alfombrados, curioseando en una habitación tras otra, hasta que se asustaba y volvía corriendo adonde estaban los demás, normalmente en el salón o en la biblioteca.

La casa era demasiado grande, demasiado chirriante, demasiado vieja, demasiado... tenebrosa. No me extraña que Brian creciera tan raro.

Mientras Meg subía por el largo y liso camino de entrada, bordeado de setos cuidadosamente podados, vio un familiar Taurus azul junto a la casa. Vio a Cory Brooks y a su amigo David Metcalf saliendo de la casa. Se dio cuenta enseguida de que no sonreían ni bromeaban como de costumbre.

—Hola, Meg. Hola. ¿Cómo te va? —Cory le preguntó. Ella se preguntó si se alegraba de verla o de irse de casa de Brian.

—Bien, supongo—, dijo ella.

—Te ves bien—, dijo David.

Meg se sintió avergonzada. De repente recordó que ni siquiera se había cepillado el pelo. Después de todo, sólo iba a ver a Brian. No había planeado encontrarse con nadie más.

—Me enteré de lo de tu bolsa del almuerzo el otro día—, dijo Cory con simpatía.

—Gran almuerzo. No sabíamos que eras un vampiro—, dijo David, riéndose de su propia broma. Nadie más se rio.

—Sólo era pintura roja—, dijo Meg, haciendo una mueca a David. —Pero seguro que parecía sangre.

—Qué chiste más malo—, dijo Cory.

—No estoy tan segura de que fuera un chiste», dijo Meg, sintiendo un repentino escalofrío a pesar del calor.

—Sí. Lisa me dijo que alguien intentaba asustarte—, dijo Cory, sacudiendo la cabeza. Entonces se quedó con la boca abierta y casi se le salen los ojos de las órbitas. —¡Lisa! ¡Oh,

no! ¡Me olvidé de ella! Tenía que haberla recogido hace una hora.

Empezó a correr hacia su coche, con David siguiéndole.

—Hola, ¿cómo está Brian? —Meg dijo después de ellos.

—¡No muy bien! —exclamó Cory, arrancando el coche mientras David se apresuraba a subir.

—Está muy callado. Y cuando habla, no tiene sentido—, dijo David.

«No tenía ningún sentido antes de su caída», pensó Meg. Luego se reprendió a sí misma por pensar cosas tan duras de su pobre primo herido. Vio cómo Cory rodeaba a toda velocidad el camino de entrada circular y se alejaba hacia la casa de Lisa, que estaba a sólo unas manzanas de distancia. Observó el coche hasta que dobló una esquina y, dándose cuenta de que no podía aplazarlo más, subió por el camino de losas y llamó al timbre.

—Hola, Meg. Tu madre me ha dicho que venías. Brian se alegrará mucho de verte».

—Hola, tía Marge. ¿Cómo está?

La tía de Meg se mordía el labio inferior. Parecía muy nerviosa.

—Oh... estará bien, creo. Sólo está un poco... distraído. El shock del accidente. Ya sabes.

—Sí. Debe estar muy conmocionado—, dijo Meg torpemente. Realmente no sabía qué decir. Se apresuró a pasar el largo comedor con espejos, por el pasillo que llevaba a la habitación de Brian.

—Tiene peor aspecto del que parece—, dijo la madre de Brian tras ella.

—Gracias por el aviso—, dijo Meg. Se volvió y miró hacia atrás justo antes de llegar a la habitación de Brian. De repente, la tía Marge parecía mucho mayor.

Meg continuó hasta la puerta de la habitación de Brian, se detuvo justo delante de ella y se obligó a sonreír. Lo mantuvo así, decidida a seguir sonriendo pasara lo que pasara. Después de todo, había venido a animar a Brian.

Llamó a la pesada puerta de roble y entró. Brian levantó la vista, pero no intentó incorporarse.

—Brian, ¿eres tú? —, le preguntó.

«Bien hecho, Meg», pensó. «De todas las estupideces que se pueden decir. ¿Por qué he dicho eso? ¿Por qué no entrar y decir: "Buagh. Tu cara parece la del escaparate de una carnicería." Adelante. Dile lo horrible que se ve. Eso lo animará».

—Hola, Meg—, dijo Brian. Su voz sonaba bien, pero su mejilla derecha estaba tan hinchada que no podía mover bien la boca. Tenía un ojo morado que se abría sólo hasta la mitad. Meg vio que un corte en la barbilla había requerido varios puntos de sutura.

—Brian, realmente sabes cómo aguantar una caída. Quizá deberías ser doble de acción.

Intentó reírse, pero le salió un resuello.

—Un mago no necesita un doble—, dijo. Al menos, eso le pareció a Meg. Hablaba tan despacio y en voz tan baja que a ella le costaba oírlo.

—No te he traído caramelos ni flores—, dijo ella, sentándose tímidamente a los pies de la cama de matrimonio. —No pensé que realmente quisieras esas cosas.

Él la miró fijamente con su único ojo bueno, pero no respondió.

—¿Hay algo que sí quieras? ¿Algo que pueda traerte? ¿Tus deberes, quizás? —Ella rio, una risa forzada, pero sonó bastante genuina.

Él no pareció oírla.

—¿Qué tal estoy? —, preguntó, con voz llana, inexpresiva.

—Te ves... uh... no muy bien. —Ella no iba a mentirle. Tenía espejos. Podía verlo por sí mismo. —Pongámoslo de esta manera: te has visto mejor.

Parecía que se estaba pensando la respuesta. Finalmente murmuró algo sobre no tener poder para cambiar las cosas. Meg no pudo oírle.

—Quizá las cosas me vayan mejor cuando acaben las clases—, dijo claramente, un poco más alto, sin dejar de mirarla fijamente con su ojo no hinchado.

—Pronto te sentirás mejor—, dijo ella. —¿Te están dando algún tipo de analgésico?

—Sí, supongo—. Giró la cabeza hacia otro lado.

—Esta vez sí que te lo has currado—, dijo Meg, intentando sonar ligera, pero no le salió así. —¿Has venido a regañarme? —espetó Brian. —Muy útil.

—Lo siento. No era mi intención—, dijo Meg, sintiéndose culpable. Parecía que siempre se metía con él. Desde que eran niños, nunca había podido tolerarlo más de unos segundos. Pero sabía que ahora debía ser un poco más comprensiva. Realmente parecía como si hubiera sido atropellado por un camión.

De repente recordó las sospechas de Shannon sobre Brian, sobre aquel día de hacía un año en el bosque de la Calle del Terror. «¿Tenía Brian un secreto, un oscuro y sucio secreto que les había estado ocultando todos estos meses?»

—¿Qué hacíais Tony y tú en el bosque tan tarde por la noche? —, preguntó. Se inclinó hacia delante y le miró fijamente a los ojos, con la esperanza de obtener una respuesta directa por su parte.

Pero no dijo nada. Luego, finalmente, con voz lejana, dijo:

—El Guerrero vino y luchó por su lugar.

—Brian, de verdad... —Meg sintió que la ira volvía a surgir en ella, pero esta vez la contuvo.

—Pero el Mago tiene trucos que los guerreros no conocen.

—Genial, Brian. Estupendo. ¿Así que Tony y tú estabais jugando a Magos y Mazmorras, o como se llame?

—La batalla aún no está ganada—, dijo misteriosamente. Meg se dio cuenta de que era mejor cambiar de tema. Era evidente que Brian no quería hablar de lo que había pasado.

—¿Vas a volver a la escuela a tiempo para los finales? —, preguntó ella, forzando una sonrisa.

Él no contestó.

—Los del último curso ya han salido—, le dijo ella. —Ahora sólo tienen que esperar las notas finales y la graduación. Se supone que lloverá el próximo martes, así que puede que tengan que trasladar la graduación al auditorio.

De nuevo, no contestó. Ahora la miraba fijamente. Parecía como si estuviera pensando mucho, debatiendo algo en su mente, tratando de decidir si decirle algo o no.

Decidió darle otra oportunidad para hablar de la otra noche.

—¿Le pediste a Tony que jugara al juego contigo, o te lo pidió él?

—Lo revelaré todo cuando alcance el Cuarto Nivel y me convierta en un Mago con plenos poderes—, dijo Brian. Qué fastidio. Ella sólo quería abofetearlo. Toda esta estúpida charla sobre magos.

«¿Por qué no contestaba a su pregunta?» Ella realmente quería saber sobre la noche del viernes en el bosque de la Calle del Terror. «¿Fue idea de Tony ir a jugar al juego en el bosque? ¿Le obligó Brian de alguna manera a venir?» Tony

no hablaba de ello, y Brian tampoco. «¿Por que? ¿Tenían ambos miedo de algo, de alguien?»

—Pareces cansado, Brian. Tal vez debería irme—. Se levantó y se estiró.

—Gracias—, dijo en voz baja. «¿Fue gracias por venir? ¿O gracias por ir?»

—Te sentirás mejor muy pronto—, dijo ella. —Sólo necesitas descansar mucho.

—Gracias—, repitió él.

Ella se acercó y le apretó la mano. La sentía blanda y sin vida, como un melocotón demasiado maduro.

Empezó a irse, pero él la agarró de la muñeca. Tiró de ella con una fuerza sorprendente. Esperó a que se explicara, pero él la miró en silencio.

Esperó un buen rato, con la mano agarrada a la de él, esperando a que hablara.

—Debería confesarme—, dijo finalmente, soltándole la mano.

—¿Qué? —Ella no estaba segura de haber oído bien. Se quedó mirando la colcha. Era demasiado doloroso mirar su mandíbula hinchada y morada desde tan cerca.

—Yo... no—. Pareció cambiar de opinión. Giró la cabeza hacia la ventana.

La habitación se oscureció a medida que las nubes cubrían el sol. La brisa de la ventana se había vuelto fría y húmeda. Fuera se estaba desatando otra tormenta.

Meg sintió un escalofrío que no era causado por el viento. De repente tuvo una corazonada. Una corazonada sobre lo que Brian quería decir, sobre lo que quería confesar.

Respiró hondo.

—Brian—, dijo. —Mírame.

Él se volvió para mirarla.

—Brian… ¿has hecho una llamada? ¿Me has estado llamándome?

—Sí—, dijo con calma. —Lo he hecho.

capítulo
14

Domingo por la Tarde

—¿Qué?

Ella no esperaba que él confesara tan rápido, tan fácilmente. Era tan despreocupado que resultaba difícil creerle.

Esperó a que se disculpara, a que empezara a explicarse, pero él se limitó a mirarla sin comprender.

La habitación se volvió más oscura. Nerviosa, rodeó la cama y encendió la lámpara que había junto a ella. La lámpara proyectaba un resplandor amarillo sobre su rostro, dejando en la sombra su ojo morado y su mandíbula hinchada, haciendo que sus heridas parecieran más profundas, más feas.

—¿Lo admites? ¿Hiciste esa llamada? —Su voz sonó más aguda y chillona de lo que hubiera querido. Pero su despreocupación la desconcertaba.

—Sí—, dijo él, con una estrecha sonrisa formándose en un lado de su mejilla hinchada. —Quería...

Empezó a añadir algo, pero se interpusieron. Su padre asomó la cabeza en la habitación, mirando preocupado.

—¿Todo bien por aquí?

—Sí. Bien, tío Sid—, dijo Meg rápidamente.

—¿Cómo te encuentras, Brian? —, preguntó su padre.

—Bien—, dijo Brian tras una larga pausa.

—¿Puedo traeros algo? ¿Una Coca-Cola o algo? ¿Una taza de té?»

—No. No, gracias, tío Sid. Estamos bien.

Se fue de mala gana. Meg le escuchó caminar por el largo pasillo y luego se volvió hacia Brian.

—¿Qué ibas a decir? ¿Sobre la llamada?

—Sí. —Brian la miró fijamente con su único ojo bueno. —Sí, ya me acuerdo. He estado llamando. Y creo que puedo localizar a Evan.

—¡¿Evan?!

—Tengo el poder, Meg. Tengo el poder de cuarto nivel. Creo que puedo llamar a Evan.

—¡Corta el rollo, Brian! —Meg gritó con repentina vehemencia. Se puso de pie sobre él, con el rostro torcido por la ira. —Te he hecho una pregunta directa. Quiero una respuesta directa. No vas a esconderte detrás de esa farsa de la espada y la brujería. Vas a decirme la verdad.

Brian de repente parecía muy asustado.

«No puede tenerme tanto miedo», pensó Meg. «¿De qué tiene miedo realmente? Estaba decidida a averiguarlo antes de salir de la habitación».

—¿Me has llamado o no?

—Sí, te llamé—, dijo él, mirando hacia la ventana. —Te llamé varias veces, tres o cuatro, supongo—.

—¿Qué? ¿Varias veces? ¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste?

—Quería advertirte... —Se detuvo. —No puedo hablar de ello. De verdad que no puedo.

—¿De qué querías advertirme, Brian? —Ella no iba a echarse atrás. —¿Qué intentabas demostrar?

Aquello pareció enfadarle. Su rostro hinchado se puso escarlata.

—No intentaba demostrar nada. Te lo dije. Intentaba advertirte...

—¿De?

—De... eh... tener cuidado. Pero no podía decírtelo. No podía admitirlo... eh... simplemente no podía. Colgué cada vez antes de que cogieras el teléfono.

—¿Qué? —«¿De qué estaba hablando? ¿No estaba confesando que había hecho la llamada amenazadora y susurrada, que había sido él quien había intentado asustarla?»

—Estaba asustado, Meg. No quiero explicarlo. No puedo explicártelo. Ya te estoy contando demasiado. No puedo contártelo. Simplemente no puedo.

—¿No puedes decirme qué, Brian? ¿No puedes admitir qué?

Él sacudió la cabeza con tristeza.

—Realmente no entiendes nada, ¿verdad?

—¿No puedes admitir qué? —Se sentía tan confundida, tan frustrada. ¿Por qué no le decía lo que pensaba?

—No puedo, Meg. No puedo decírtelo. No intentes obligarme. No te hará ningún bien. No nos hará bien a ninguno de los dos. Te lo advierto...

—Deja de decir eso, Brian. Deja de decir que me lo adviertes. No tiene sentido. No me explicas nada.

De repente se incorporó y volvió a agarrarle la muñeca. Se inclinó hacia delante, acercando su cara hinchada y maltrecha a la de ella. De cerca, a la tenue luz del dormitorio, parecía una criatura de una película de terror. El aroma amargo y penetrante de la pomada antibiótica surgió de su cara. Meg sintió como si no pudiera respirar.

Él la acercó aún más.

—Te lo advierto—, le dijo en voz baja, como nunca antes había oído. —Hay cosas que no entiendes. Hay peligros. Peligros reales. El bosque... No fue un accidente…. Quiero decir que no puedo... No debería. Pero, escúchame, Meg. Ten cuidado. Te lo advierto....

«Me está amenazando», pensó Meg.

Esto no es una advertencia. Es una amenaza. Pero ¿por qué?

Le soltó la muñeca y se desplomó sobre su almohada. De repente parecía exhausto, completamente agotado.

—Brian...

Le dio la espalda.

Frotándose la muñeca, salió corriendo en silencio de la habitación, recorrió el largo pasillo de alfombra gruesa y salió por la puerta principal. En el porche se detuvo y se apoyó en una de las columnas blancas, respirando hondo, tratando de sacarse de la nariz el olor de la pomada para la piel de Brian.

Levantó la vista. Alguien cruzaba el porche.

—¡Ellen!

—¡Oh! —Ellen se quedó boquiabierta. —¡Meg! Yo no...

—Ellen, ¿qué estás haciendo aquí? —chilló Meg, completamente sorprendida de verla.

—Bueno, yo-uh... —Ellen parecía realmente avergonzada.

—¡Ni siquiera sabía que ya estabas en la ciudad!».

—Bueno, sí. Yo...

Meg corrió hacia ella y le dio un abrazo a su vieja amiga.

—¡Estás estupenda! —, gritó. Dio un paso atrás. Ellen estaba exactamente igual. Seguía estando preciosa sin maquillaje. Llevaba el pelo más claro y largo, pero peinado hacia atrás, detrás de los hombros estrechos. Seguía siendo tan alta y larguirucha, seguía pareciéndose exactamente a Daryl

Hannah.

Ellen le dedicó a Meg una sonrisa incómoda.

—Acabo de llegar... hace unas horas. Iba a llamarte.

—Es que estoy tan sorprendida—, dijo Meg. —Levanté la vista... ¡y ahí estabas!

—Me alegro mucho de verte—, dijo Ellen rígidamente, mirando hacia las puertas dobles de entrada. —¿Cómo está Shannon?

—Bien. Está bien—, dijo Meg. —¡Está deseando verte!

—Estoy en casa de mi tía Amy. ¿Por qué no vienes mañana después de clase? Trae a Shannon también.

—De acuerdo. Genial! —dijo Meg alegremente. —Ha pasado tanto tiempo. Estoy deseando hablar contigo.

—Yo también—, dijo Ellen. Se apretó más el impermeable y se estremeció. Ellen siempre estaba helada, en cualquier época del año.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Meg, recordando de repente que estaban en el porche de Brian.

—Me he enterado de lo de Brian. Lo de su accidente. En el bosque. Pensé en... ya sabes... pasarme por aquí y decir hola.

—Oh. Eso es genial—, dijo Meg. —Le vendría bien un poco de ánimo. No está en buena forma.

—Debe de haber sido horrible—, dijo Ellen, cerrando los ojos. Se adelantó y le dio otro abrazo a Meg. —¿Nos vemos mañana?

—No puedo esperar. Estás estupenda. De verdad.

—Gracias—. Ellen se dio la vuelta y se dirigió a la puerta principal.

Meg salió del porche, se giró para ver a Ellen entrar en casa y luego se dirigió a su casa, apresurándose para esquivar la lluvia, pensando en Brian, en la horrible expresión de su

cara, en las amenazas que le había hecho.

En cuanto llegó a casa, corrió a su habitación y telefoneó a Tony. «Por favor, vuelve a casa, Tony. Ven a casa».

—¿Hola?

—¿Tony? Hola, soy yo. Soy yo.

—Meg. ¿Cómo estás?»

—Uh... no estoy segura. Acabo de estar en casa de Brian.

—¿Sí? —Su interés pareció aumentar. —¿Qué ha pasado? ¿Por qué suenas tan rara?

—Bueno... Brian me dijo cosas muy raras. Cosas aterradoras. Realmente no podía creerle.

—¿Brian qué? —La voz de Tony se mantuvo fría, pero había nerviosismo en ella.

—Dijo que no debía decir nada. Quiero decir, no iba a hacerlo pero me dijo...

Hubo un largo silencio al otro lado. Finalmente, en lo que era casi un susurro, Tony dijo:

—¿Lo hizo? ¿Te lo dijo? —De repente parecía muy alterado.

—Me advirtió...

—Escucha... —Tony empezó.

—Mis padres están en casa. Tengo que irme—, dijo Meg. —Tenemos que seguir hablando, Tony. Si puedes en otro momento.

—Sí—, aceptó Tony. —Brian te lo dijo, ¿eh?

—Bueno, sí, él.

—Tenemos que seguir, Meg. Esta noche.

—No. No puedo esta noche, Tony. Tengo que escribir mi trabajo de psicología. Yo…

—Está bien. ¿Y la fiesta de David mañana por la noche? Nos vemos allí y luego vamos a algún sitio, los dos solos.

—Sí. Perfecto. Eso estaría bien». Meg estaba contenta. Tony nunca quería hablar de nada serio últimamente. Ahora, aquí estaba, ofreciéndose voluntario para tener una discusión real, sólo ellos dos.

—Iremos a River Ridge. Daremos un paseo y hablaremos—, dijo Tony.

—¿River Ridge? ¿Te refieres al lugar que llaman El Salto de los Enamorados?

—Es bonito allí arriba, y estaremos solos—, dijo Tony suavemente. —Hace tanto tiempo que no estamos juntos. Será muy agradable, Meg. Los dos solos.

—De acuerdo. ¿Pero no es peligroso allá arriba? —Meg preguntó.

—Yo cuidaré de ti, —dijo Tony.

capítulo 15

Domingo por la Tarde

Tony no se dio cuenta de lo fuerte que agarraba el auricular del teléfono. Cuando lo soltó, sintió un hormigueo en la mano. Empezó a picarle la palma. Se rascó con fuerza con las uñas de la otra mano, cada vez más rápido, hasta que la piel se puso roja y en carne viva, pero el picor no desapareció.

Sintió frío y humedad en la nuca. Se dio cuenta de que le temblaban las piernas. Sin dejar de rascarse la palma de la mano, se dejó caer en el sofá del salón, apoyó la cabeza en uno de los brazos y se quedó mirando al techo.

Así que Brian había hablado. Vaya sorpresa. Últimamente Tony sospechaba que Brian podría hablar. Él era el más débil. El regreso de Ellen, los planes para la fiesta serían una excusa perfecta para que Brian se soltara y se desahogara.

Por eso Tony había hecho todo lo posible para asegurarse de que Brian no hablara. ¿No había llevado a Brian al bosque de la Calle del Terror y le había dado una paliza para recordarle que no hablara?

Pero él habló de todos modos.

Él era un soplón. Esa es la palabra que siempre se utiliza en las películas de gánsteres en la televisión. Brian era un soplón.

Y ahora Meg lo sabía.

Meg sabía que Tony mató a Evan. Brian se lo había dicho. Tony lanzó un fuerte grito, un gemido de arrepentimiento, de dolor, de rabia, y golpeó con el puño el cojín del sofá. ¿Qué iba a hacer ahora?

Meg sabía... Meg sabía lo del año pasado....

Una vez más Tony se vio a sí mismo en aquellos temidos bosques. Vio a Ellen. Vio a Evan.

Una vez más sintió el rifle de caza en sus manos, el rifle de Evan. Una vez más lucharon por controlarlo, gritándose el uno al otro, tirando con todas sus fuerzas, fuera de control, fuera de toda razón, tirando, tirando, tirando....

Y el arma se disparó. Sólo un fuerte estallido. Casi como un petardo.

Y Evan cayó.

Tony había matado a Evan.

Y Ellen estaba gritando. De fondo todo el tiempo, Ellen estaba gritando. Como una sirena ululante. Como una alarma rota. Estaba sentada sobre un árbol caído, tirando de los lados de su pelo rubio y liso con ambas manos, como si se aferrara a sí misma, y gritando, con los ojos congelados y abiertos, mirando fijamente a Tony, mirando fijamente al chico que acababa de matar a Evan.

Pero Tony no había querido disparar a Evan. ¿O no?

Eso era lo que no podía decidir. ¿Qué estaba pensando en ese momento? ¿Estaba pensando que quería matar a su amigo, el novio de Ellen? ¿Estaba pensando que tenía que matarlo?

«No».

«Fue un accidente. Fue sólo un accidente. Forcejearon. El arma se disparó».

«Porque Tony quería que se disparara».

«¡No!»

«Tony quería a Evan muerto».

«¡No!»

Estos pensamientos iban a volverlo loco. Tal vez ya estaba loco.

¿Qué iba a hacer ahora? ¿Qué iba a hacer con Meg?

No tenía elección, ¿verdad? Meg quería hablar con él. No quería creer todo lo que Brian le había dicho. Eso era tan propio de Meg. Ella quería que Tony le dijera que todo no era verdad, que todo iba a estar bien.

«Si lo niego, me creerá», pensó.

Pero esa no era la respuesta. Todavía estaba Brian. Y aún estaba Ellen. Ellen podía hablar. Ellen podía delatarlo igual que lo había hecho Brian.

«Tal vez no debería haberle dado una paliza a Brian», se dijo, mientras su mente regresaba al bosque unas noches atrás, con las imágenes de su pelea en la oscuridad repitiéndose detrás de sus párpados cerrados, imágenes acompañadas por el sonido de su puño golpeando el pecho de Brian, sus hombros, su estómago y luego su cara.

Brian lo había contado de todos modos. A pesar de la feroz advertencia de Tony, después de casi un año guardando el secreto, Brian lo había contado.

¿Y ahora qué iba a hacer Tony con Meg? ¿No se daba cuenta Brian del peligro en que ponía a Meg al contarle cómo habían asesinado a Evan? No. Claro que no. Brian no había pensado en eso.

¿Qué hacer con Meg?

No podía dejar que lo delatara. No podía dejar que le dijera

a todo el mundo que era un asesino. Su vida estaría arruinada. Acabada. Acabada.

No podía permitirlo.

Ella no guardaría su secreto. Ella era tan recta. No había manera de que pudiera confiar en ella para guardar el secreto.

Pero tampoco podía matar a Meg, ¿verdad?

—¡No! —, dijo en voz alta. Se incorporó. Tal vez si se sentaba, el zumbido de sus oídos desaparecería. Tal vez dejaría de picarle la palma de la mano.

No podía matarla, pero tenía que hacerlo. Tenía que empujarla fuera del río Ridge.

Era culpa de Brian. Brian no le dejó otra opción a Tony. Ninguna opción en absoluto.

Ahora era Meg o él.

Y no iba a ser él. Iba a ser Meg.

Un empujón y su secreto estaría a salvo. Un empujón. Y que excelente advertencia sería para Ellen y para Brian de no decir ni una sola palabra. Entenderían el mensaje. Entenderían que ellos serían los siguientes.

Pero, espera. Se trataba de Meg. Meg, Meg, Meg. Él amaba a Meg, ¿verdad? Se preocupaba tanto por Meg. ¿Podría realmente estar pensando en matarla? ¿Podría realmente hacerlo, empujarla por la cresta?

¿Era realmente un asesino a sangre fría?

«¡No!»

Tal vez.

Meg sonaba tan preocupada por teléfono. Tan horrorizada. Pero no lo suficientemente horrorizada.

¿Cómo podía ser tan confiada? ¿Cómo podía aceptar ir con él a River Ridge? Era una persona tan confiada e ingenua. Era estúpida. No. Tal vez ella realmente no le creyó a Brian. Tal vez Brian se lo dijo, y ella se negó a creerlo.

¿Por qué debería creerle a Brian? Todo el mundo sabía que era raro y loco. Fuera en el bosque todo el tiempo jugando ese estúpido juego con Dwayne.

«No tengo elección», decidió. «Tengo que matar a la pobre Meg». Déjame contar las razones. Una. Ella sabe demasiado. Dos. Será una advertencia para Ellen y Brian. Tres. Si Meg está muerta, la fiesta sorpresa se cancelará.

«No, no puedo. No Meg. No Meg».

«Pero tengo que hacerlo».

«Ya maté a Evan, mi mejor amigo. Puedo matar a Meg, también».

«Lo siento, Meg. Lo entiendes, ¿verdad? Claro que lo entiendes».

«Siempre eres tan comprensiva».

capítulo 16

Lunes por la Tarde

—¿Así que no llamaste a la policía después de que el coche intentara atropellarte?

—No. Tal vez debería haberlo hecho, pero no lo hice—, dijo Meg. —Quiero decir, ¿qué podía decirles? Ni siquiera pude ver bien el coche. Estaba demasiado oscuro. Sólo vi los faros.

—Pero, Meg... —Shannon comenzó.

—Además, ahora ni siquiera estoy tan segura de que intentara atropellarme. La carretera estaba muy resbaladiza por la lluvia. Tal vez el conductor perdió el control por un segundo. Si llamo a la policía, no podrán hacer nada. Será una pérdida de tiempo.

—Pero ¿y el tipo que te agarró en el bosque?

—Lo mismo—, dijo Meg. —No le vi ni nada. No hay nada útil que pueda decirle a la policía. No me mires así, Shannon. De verdad creo que llamar a la policía sería una pérdida de tiempo.

—Da igual —. Shannon se encogió de hombros.

Miraron hacia la casa de la tía de Ellen. Era de color amarillo brillante con contraventanas blancas recién pintadas. El césped delantero ascendía en pronunciada pendiente. Para llegar a la casa, las chicas tendrían que subir unos cien escalones de losa construidos en la hierba inclinada.

—Deberíamos haber traído equipo de alpinismo—, se quejó Shannon, indicando a Meg que fuera primero.

—Y un San Bernardo —. Siguió a Meg escaleras arriba.

—¿Quieres ir a la fiesta de David Metcalf esta noche? Da una fiesta de fin de curso porque sus padres están fuera de la ciudad?

—Sí, lo sé—, dijo Meg. —He quedado allí con Tony. Podemos ir juntos. Pásame el oxígeno, por favor—. Estaban a medio camino de la colina.

—Caramba, será genial volver a ver a Ellen—, dijo Shannon. —Por supuesto, estaremos demasiado agotados por la subida para hablar con ella. Podemos hacer señales con las manos.

—Estaba estupenda—, dijo Meg, sintiéndose de repente nerviosa por ver a su vieja amiga.

Shannon miraba fijamente hacia arriba. Meg siguió la mirada de Shannon y descubrió que Ellen estaba en lo alto de la ladera, saludándolas.

—¡Hola!

—¡Hola! ¡Date prisa!

—¡Tíranos una cuerda!

Ellen llevaba una camiseta sin mangas de color vino y unos pantalones cortos de tenis blancos que realzaban sus largas piernas. Su pelo parecía aún más claro, casi plateado, al sol.

En la cima de la colina se intercambiaron un montón de abrazos y todos comentaron con agudo regocijo que nadie

había cambiado nada y que todos tenían un aspecto maravilloso y que era estupendo volver a estar juntos.

—¿Entramos? —Preguntó Ellen. —Mi tía está de compras, pero...

—Quedémonos aquí fuera. Es tan bonito—, dijo Meg, dejándose caer sobre la hierba. —Me encanta poder ver la calle desde tan alto.

—No hace falta mucho para que Meg se emocione—, espetó Shannon. Se sentó en la losa superior, enderezando su top azul.

—¿Cómo estás? —preguntó Ellen, sonriéndoles, con el pelo resplandeciente a la luz del sol. Tomó asiento entre ellas y apretó la mano de Meg.

—Bien.

—Okey.

—¿Y tú?

—Bien. Muy bien. Realmente bien —, dijo Ellen. Soltó una risita aguda. Meg la reconoció como su risita nerviosa. Meg sabía que cuando estaba muy tensa, Ellen terminaba cada frase con esa risita tintineante.

Miraron colina abajo mientras un chico pasaba en bicicleta. «Lo hacíamos bien cuando estábamos de pie», pensó Meg. «Ahora se ha vuelto incómodo. Vamos, por favor. Que a alguien se le ocurra algo que decir».

—¿Qué tal tu nuevo colegio? —Shannon le preguntó a Ellen. Ellen puso las manos detrás de ella en la hierba y se apoyó en ellas.

—Está bien, supongo. Es grande. Mucho más grande que Shadyside. A veces me siento un poco... perdida—. Otra risita.

Se quedaron mirando la colina.

—¿Qué está pasando en Shadyside? —Ellen preguntó, su sonrisa fija finalmente desapareciendo.

—No mucho—, dijo Shannon.

Meg se quedó en blanco. No se le ocurría nada interesante que contarle a Ellen. «Ha pasado todo un año», pensó. «Tiene que haber algo».

—Unos cuantos profesores nuevos—, dijo. Qué patético.

—Cory Brooks y Lisa Blume están juntos—, dijo Shannon.

—¡Estás de broma! —Ellen reaccionó con demasiada sorpresa, pensó Meg. No era tan chocante, después de todo.

—Es increíble—, añadió Ellen, seguida de su risita nerviosa.

—¿Estás con alguien? —. soltó Meg. Sentía que su cara se ponía roja. Claro, era una pregunta normal, pero no a Ellen, no después de que su último novio muriera de un disparo en el bosque.

«Eres demasiado sensible. Eso fue hace un año», se reprendió a sí misma.

Ellen parecía incómoda.

—No—, dijo rápidamente, volviendo a sonreír. —En realidad no he conocido a nadie que me guste tanto. Quiero decir... He salido algunas veces. Pero... —Hizo una mueca.

—Han pillado a Suki Thomas robando en una tienda—, dijo Shannon, cambiando de tema.

—Gran sorpresa—, dijo Ellen, sacudiendo la cabeza.

—Fue bastante grave—, dijo Meg. —Ella tiene que ver un oficial de libertad condicional y todo eso.

—Eso probablemente la ha hecho aún más popular entre los chicos—, dijo Ellen. —¿Verdad?

—Sí, es muy popular—, dijo Meg.

—Eso es porque lo haría con cualquier chico que se lo pida—, dijo Shannon.

Ellen se rio.

—Todavía sabes ir al grano, Shannon.

Abajo pasaba un camión verde de reparto de flores. Una pequeña nube se deslizaba sobre el sol, proyectando una sombra sobre la colina cubierta de hierba. Las tres chicas se quedaron mirando el camión, cada una tratando de pensar en algo que decir a continuación.

—Hay tantas cosas que quiero preguntarte—, le dijo Meg a Ellen. —Pero ha pasado tanto tiempo que es difícil saber por dónde empezar.

Ellen y Shannon asintieron rápidamente, como si eso explicara su incomodidad, su incapacidad para hablar libre y fácilmente como siempre lo habían hecho.

—¿Sigues con Tony? —preguntó Ellen, sin mirar a Meg.

—Sí—, dijo Meg, sintiendo que se ruborizaba de nuevo. ¿Por qué se sentía incómoda? —Seguimos juntos. Aunque Tony lo ha pasado mal.

Ellen cambió de posición en la hierba.

—Cuéntamelo. —La amargura se coló en su voz. Sacó una brizna de hierba y empezó a chuparla, sus ojos se entrecerraron cuando el sol volvió a aparecer.

—Esto es bonito—, dijo Shannon.

—Sí. Mucho—, asintió Meg rápidamente. «Esto es horrible», pensó. «¿Por qué no podemos hablar de nada?»

—Shadyside me parece mucho más pequeño ahora—, dijo Ellen, bostezando. —Lo siento. Me quedé hasta las dos viendo una película por cable. ¿Te puedes creer que no tenemos cable en casa?

—¿Cómo puedes vivir sin cable? —preguntó Shannon, animándose.

Ellen se encogió de hombros.

—Cogí el coche de mi tía y me fui a dar una vuelta. Todo parecía igual, sólo que más pequeño. Se tarda menos de media

hora en llegar a todas partes.

—Sí—, dijo Meg, —Shadyside no es exactamente tu principal metrópoli—. «Qué cosa más estúpida y aburrida», pensó.

—¿Has estado jugando al tenis? —preguntó Shannon. Ellen no pareció oírla.

—Echo de menos nuestros partidos de los sábados por la mañana—, dijo Shannon.

—¿Recuerdas los juegos que solíamos jugar cuando éramos niñas? —preguntó Meg. «Qué tontería», pensó. En caso de duda, empieza a hablar de cuando eras niña.

—Sí. ¿Te acuerdas de perseguir sombras? —dijo Shannon, un poco demasiado entusiasmada. Obviamente estaba contenta de tener algo seguro de lo que hablar. —Qué juego más tonto.

—Ese no era nuestro juego más tonto—, dijo Ellen, riendo. —Nuestro juego más tonto era "Eh, un ratón".

—¡Lo había olvidado por completo! —exclamó Meg. —Era un concurso de gritos, ¿no? Fingíamos que veíamos un ratón y veíamos quién pegaba el grito más aterrador y estremecedor.

—Era un juego genial—, dijo Shannon. —Deberíamos jugarlo ahora mismo. Apuesto a que ganaría.

—Apuesto a que no—, dijo Ellen.

Pero no jugaron al juego de niñas tontas. Anduvieron a tientas, intentando pensar en otras cosas de las que hablar durante un rato. Meg se sentía cada vez más incómoda. Sabía que las otras dos sentían lo mismo, lo que la hacía sentirse aún peor.

Una furgoneta gris empezó a acercarse a la acera al fondo del patio inclinado.

—Ahí está la tía Amy—, dijo Ellen, poniéndose rápidamente en pie y limpiándose los pantalones cortos de tenis. —Será mejor que vaya a ayudarla con la compra—. Parecía agradecida por la interrupción.

—Supongo que será mejor que nos vayamos—, dijo Shannon, sonando abatida y sin ocultarlo en absoluto.

—Vas a... eh... venir a comer pizza con nosotras el sábado por la noche, ¿verdad? —. preguntó Meg, tratando de sonar casual. El sábado por la noche, por supuesto, era la fiesta sorpresa. Salir a comer pizza era la excusa que Meg y Shannon se habían inventado para que Ellen fuera a la fiesta.

—Sí. Sí. Perfecto—, dijo Ellen con forzado entusiasmo. —Nos vemos.

—Nos vemos, Ellen.

—¡Estás genial!

Meg y Shannon bajaron rápidamente los escalones de losa en silencio. No se dirigieron la palabra hasta que estuvieron dentro del Mazda rojo de Shannon.

—Vaya, ha sido como en los viejos tiempos—, dijo Shannon con sarcasmo.

Meg se sintió tan mal que pensó que iba a llorar. Pero respiró hondo y se contuvo. Pensó que la visita había sido horrible. Era como volver a perder a un amigo.

—No teníamos mucho que decirnos—, dijo tímidamente. No estaba segura de cómo se sentía Shannon al respecto. Pero tal vez si hablaba de lo que sentía con Shannon no se sentiría tan herida, tan... abandonada.

—Bueno, supongo que es natural—, dijo Shannon. Su forma de enfrentarse a situaciones así era minimizarlas, actuar como si fueran ordinarias, normales, esperables.

—¡Me sentí tan mal! —se sinceró Meg, luchando por mantener la compostura.

—Fue un poco incómodo—, admitió Shannon, con los ojos en la carretera. —Pero no la hemos visto en todo un año.

—Vamos, Shannon. Admítelo—, suplicó Meg, apartando el cinturón de seguridad para poder apoyar los brazos en el salpicadero y descansar la cabeza sobre los brazos. —Fue horrible. Estábamos todos con la lengua trabada y abatidos.

—Ay, Meg, deja de exagerar—, la regañó Shannon. —No fue tan malo. De verdad. Todas estábamos nerviosas. Pero se nos pasará. Y Ellen también. Seguro que irá mejor en la fiesta. Nosotras...

—¡La fiesta! —Meg se lamentó. —¡Qué desastre! ¿Por qué pensé que era una buena idea? ¡Oh, va a ser una pesadilla! ¡Quienquiera que haya estado tratando de detenerla tenía razón!»

—Meg...

—¿Crees que Ellen va a estar feliz de ser arrastrada a una fiesta para ver a todos sus viejos amigos? ¡Shannon, ni siquiera se alegró de vernos!

—Meg, cálmate. Por favor. Estás exagerando todo esto. Que estuviéramos un poco nerviosas esta tarde no significa que a Ellen no le vaya a gustar la fiesta. Será completamente diferente. Nosotros seremos diferentes y ella será diferente. Ya lo verás. Todo irá bien.

Meg se limitó a gemir con la cabeza enterrada entre los brazos. Shannon paró el coche.

—¿Por qué paras? —Meg gritó.

—Porque estás en casa—, dijo Shannon, riendo. —Bájate. Nos vemos en la fiesta de David esta noche.

Meg murmuró una especie de adiós y entró corriendo en casa, pensando en la fiesta de David. Se dio cuenta de que tenía muchas ganas de estar con Tony. Hacía tanto tiempo que no estaban juntos, los dos solos. Y tenían tanto de qué hablar.

«Tal vez», pensó, «Tony tenía alguna idea de lo que Brian estaba tratando de decirle, de por qué Brian la estaba amenazando». Se moría de ganas de contarle a Tony sus sospechas sobre Brian. Tal vez Tony podría ayudarla a entender lo que estaba pasando....

capítulo 17

Lunes por la Noche

—*A*puesto a que nunca adivinarías que los padres de David están fuera—, dijo Shannon, poniendo los ojos en blanco.

—¡Vaya escena! —dijo Meg, mirando por el parabrisas mientras Shannon aparcaba el coche frente a la casa de David.

Los altavoces de la entrada de la casa emitían música de baile y había parejas bailando en el garaje. Había jóvenes esparcidos por el césped. Dos parejas se besaban en los escalones que conducían al porche delantero. Otra pareja se enrollaba bajo el árbol que hay junto al camino de entrada. Todas las luces de la casa estaban encendidas. Parecía que había aún más jóvenes dentro.

Shannon salió del coche y dio un portazo. Llevaba unos pantalones blancos ajustados y un top sedoso de color rosa salvaje. Un tipo sentado en el césped le silbó y le gritó—: ¡Qué bien te ves, Shannon!

A este ingenioso comentario le siguieron unas sonoras carcajadas de aprecio por parte de los otros chicos que estaban en el césped.

—Quizá deberíamos celebrar la fiesta de Ellen también en

el jardín de David—, bromeó Shannon. —¡Esto tiene muy buena pinta!

—Vamos a la casa—, dijo Meg.

—Menos mal que llegamos temprano antes de que todos empiecen a vomitar—, dijo Shannon.

Caminando por el sendero, Meg buscó a Tony, aunque sabía que no estaría allí tan temprano.

—¡Piensa rápido! —, gritó alguien. Una pelota de baloncesto pasó volando junto a sus cabezas y rebotó por el camino de entrada hasta llegar a la calle. Los chicos del césped pensaron que era divertidísimo.

—¿Dónde está David? —preguntó Shannon a un chico que conocían. Se encogió de hombros. —No lo he visto en toda la noche. ¿Cómo te fue en la final de inglés?

A Shannon le tocó encogerse de hombros. Meg pasó junto a las parejas que estaban en los escalones de la entrada y entró en el salón. La habitación estaba llena de chicos del colegio que se arremolinaban, hablando y riendo. Arnie Tobin, el amigo de David del equipo de gimnasia, parecía dormido en el sofá, probablemente desmayado.

—Esto es realmente asqueroso—, se quejó Shannon.

—¡A mí me encanta!

—¡Eh, ahí está Lisa! —gritó Meg. Saludó a Lisa, que estaba hablando con unos chicos junto a la entrada del comedor.

—Oye, Shannon, no tenías que arreglarte sólo para mí.

Meg se giró para ver de quién se trataba. Era Dwayne, con una lata de cerveza en la mano y una sonrisa en la cara, que se acercaba a Shannon y sus ojos oscuros la miraban de arriba abajo. Se acercó mucho, obligándola a retroceder unos pasos.

—Veo que tú también te has arreglado—, espetó Shannon. Dwayne llevaba una camiseta gris, rota por encima de una

manga, con manchas marrones por delante, y unos vaqueros descoloridos con un bolsillo delantero roto.

Se acercó y la miró con desprecio. Era medio metro más alto que ella.

—Has entrado para bailar conmigo, ¿eh?

—Sí, claro. Llevo toda la semana soñando con ello—, dijo Shannon con sarcasmo.

—¿Bailamos en vertical o en horizontal? —, preguntó, y soltó una carcajada sucia ante su propio chiste.

—Dwayne, qué palabras tan cultas saliendo de ti—, dijo Shannon. —¿Has estado yendo a la escuela nocturna o algo así? —. La sonrisa se le borró de la cara. Sus ojos se volvieron fríos.

—No me gustan esas bromas. No soy tonto, sabes—. La agarró del brazo.

—Eh, suéltame—. Ella se apartó de él. Él se rio.

—No me tienes miedo, ¿verdad?

—No. Tampoco me dan miedo las babosas de jardín. Sólo que no quiero que me toquen.

Su cara enrojeció mientras sus ojos se entrecerraban.

—Dame una oportunidad, ¿vale? Sólo quiero bailar contigo. No soy un mal tipo, Shannon—. Él estaba avanzando, arrinconándola.

—Vamos a conocernos—, dijo, recuperando la sonrisa. No la miraba a la cara. Miraba su blusa ajustada. —Ya verás. Estoy bien, de verdad.

—Dwayne, por favor...

—Si nos llevamos bien esta noche, podremos pasarlo aún mejor en la fiesta sorpresa del sábado por la noche.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando, Dwayne? No te invitaron a esa fiesta—. gritó Shannon.

—Yo también. Suki Thomas me pidió que fuera su cita.

Shannon estaba de espaldas a la pared. Dwayne dio un largo sorbo a su lata y se acercó.

—Dwayne, no te acerques más. No quiero bailar contigo. Lo digo en serio.

—No lo niegues si no lo has probado—, dijo Dwayne con una mirada lasciva.

Meg decidió que era mejor hacer algo.

—¡Eh, Shannon, Tony quiere verte! —, la llamó. Fue lo primero que se le ocurrió. Corrió hacia Shannon y la apartó de un tirón. —Está en la cocina. Quiere preguntarte algo.

Dwayne lanzó a Meg una mirada furiosa.

—¿Tony? ¿Te refieres a Lunchmeat? ¿Lunchmeat está aquí? ¿No ha pasado ya la hora de acostarse del pequeño?

Meg le ignoró y sacó a Shannon de la esquina. Él empezó a seguirla. Shannon se volvió y le dirigió una mirada fulminante. Él levantó las manos.

—¡Oooh, el mal de ojo! —Se río. —Vale, capto las indirectas. Gracias por el baile. Nos vemos en la fiesta—. Tiró la lata vacía al sofá. Rebotó en el estómago del dormido Arnie y rodó hasta la alfombra. Arnie no se movió.

—Gracias por la ayuda. Pero sé cómo manejar a ese asqueroso—, le dijo Shannon a Meg. —Dale en la nariz con un periódico enrollado.

—Es tan grande. Da un poco de miedo—, dijo Meg.

—Voy al comedor. Parece que hay toneladas de comida allí—, dijo Shannon. —¿Vienes?

—No. Creo que voy a… ¡Oh! ¡Aquí está Tony! —Tony estaba de pie en la puerta principal, vistiendo jeans de pierna recta y una chaqueta de cuero gris.

—Hola, Tony. Adiós, Tony —, dijo Shannon. Desapareció en el comedor.

Meg corrió hacia Tony. Se alegró mucho de verle.

—Hola, forastero—, le dijo, cogiéndole la mano. Su mano estaba helada.

—Gran fiesta—, dijo, mirando a su alrededor. —¿Dónde está David?

Ambos vieron a David al mismo tiempo. Él y Cory aparecieron en la entrada de la guarida, caminando abrazados por alguna razón, sus caminar era titubeante. De repente todo cambio cuando algo cayó del bolsillo de los chinos de Cory, y ambos chicos se desplomaron al suelo riendo.

—Vamos—, dijo Tony, tirando de ella hacia la puerta. —Acabas de llegar. ¿No quieres hablar con nadie?

—No. Sólo contigo—, dijo. —Vamos donde podamos estar solos—. Le sonrió. Parecía nervioso, pensó ella. Y muy pálido.

Unos minutos más tarde estaban en el coche de su padre, conduciendo hacia el norte por la carretera del río, en dirección a River Ridge. El tiempo había vuelto a refrescar y el viento soplaba desde el río. Meg llevaba capas de camisetas, pero deseaba haber traído una chaqueta.

—Está muy oscuro aquí arriba—, dijo, acurrucándose junto a él mientras conducía.

—Sí. No hay muchas luces en la carretera del río—, respondió él, mirando fijamente hacia delante.

La carretera se empinaba a medida que subía hacia la cresta alta en el lugar donde el río se dividía en dos. River Ridge era en realidad un sendero hecho originalmente por los indios. Empezaba en la orilla oriental del Conononka y seguía el río, ascendiendo hasta que se asomaba al agua desde altos acantilados de granito. El punto más lejano y alto de River Ridge era conocido como El Salto de los Enamorados. Era un lugar romántico para pasear, sobre todo en las cálidas noches de primavera y verano, pero nadie sabía por qué se llamaba

así.

Condujeron en silencio durante un buen rato.

—Estás muy callado esta noche—, dijo Meg por fin.

—Estoy feliz de estar contigo—, le dijo él. Su voz le sonó extraña, tirante y tensa. ¿O se lo estaba imaginando porque era ella la que estaba tensa?

Cerca del final de la carretera, detuvo el coche y lo aparcó entre dos árboles. Apagó el contacto y los faros.

—Vamos a dar un paseo—, dijo.

—No tengo chaqueta—, dijo ella, que ya sentía un poco de frío. —¿Me prestas la tuya?

Dudó.

—Vamos—, le instó suavemente. —Te mantendré caliente.

Ella salió del coche y le siguió por el sendero. Podía oír en la oscuridad el río que corría por debajo de ellos. El camino de tierra, suave bajo sus zapatillas, ascendía por el acantilado. Tony le tendió la mano y ella la cogió.

—Esto da un poco de miedo, ¿no crees? —, le preguntó. Él no dijo nada. Ella lo alcanzó y se adelantó unos pasos, sin soltarle la mano.

—Mira, estamos justo al borde del acantilado—, dijo, alarmada de repente. —Deberían poner una barandilla o algo aquí.

Él seguía sin decir nada. Estaba de pie detrás de ella. Le rodeó los hombros con ambos brazos y, sujetándola con fuerza, la guio hasta el borde del acantilado.

capítulo 18

Lunes por la Noche

«Acabaré de una vez», pensó.

Sólo tardaría un segundo. Un fuerte empujón y se iría. Simple. Y rápido.

Entonces, ¿por qué estaba dudando?

Ella era tan confiada. Parecía tan cómoda con sus brazos a su alrededor. Ni siquiera lo cuestionó cuando se negó a prestarle su chaqueta de cuero.

Tal vez ella no sabía nada después de todo. Quizá iba a cometer un asesinato que no tenía por qué cometer.

Decidió averiguarlo.

—Háblame de Brian—, le dijo suavemente al oído, alejándola del borde del acantilado y conduciéndola unos metros por el sendero.

—Era tan extraño—, dijo Meg, temblando. —Realmente no le entendía.

—¿Qué dijo? —preguntó Tony, dejando que un poco de impaciencia entrara en su voz.

—Dijo que me estaba advirtiendo. Pero sonaba como una amenaza.

—¿Advertirte sobre qué?

—No lo sé. Sólo me dijo que tuviera cuidado. Dijo que las cosas no eran lo que parecían. No tenía ningún sentido. Parecía muy asustado. Me dijo que estaba en peligro.

—¿De quién? ¿Del tipo que ha estado intentando parar la fiesta? —Se agarró a ella con fuerza. Si tenía que hacerlo, podía empujarla desde aquí. Probablemente estaría demasiado sorprendida para luchar.

—No lo sé. No lo diría.

Entonces Brian no se quebró del todo, Tony se dio cuenta. «Él quiso. Brian quería decirle que era yo. Pero estaba demasiado asustado».

¿Se dio cuenta? No.

—Pensé que tal vez podrías decirme lo que quería decir—, dijo Meg, apoyándose contra él.

«Tan confiada», pensó.

—No lo sé—, le dijo. —¿Qué más dijo Brian?

Tenía que presionarla. Decidió que tenía que presionarla. Aunque ella no se había dado cuenta, tarde o temprano lo haría. Y su vida se arruinaría.

Ella se apoyó contra él. Un empujón fuerte. Eso es todo lo que tomaría. Y él no tendría que preocuparse por ella, de todos modos.

—Brian dijo que estaba en peligro. Eso es todo. Me dijo que tuviera cuidado.

—¿A quién se refería? —, preguntó inocentemente. —¿De quién te estaba advirtiendo?

Prepárate. Ya está.

Empújala y luego corre. No te quedes ahí escuchando sus gritos. No esperes a oír el chapoteo, el sonido de su cuerpo resquebrajándose al golpear el lecho poco profundo del río. Sólo corre, Tony. Te pondrás bien. Te pondrás bien.

—Creo que se refería a sí mismo—, dijo insegura. —Estaba muy confuso. Creo que intentaba advertirme sobre él. Pero ¿cómo puede ser?

De nuevo, dudó.

—No lo sé. Brian es tan raro—, dijo.

—¿Pero cómo puede ser Brian? —, preguntó ella. —Aquella noche en el bosque, no pudo ser Brian quien me agarró y me hizo caer por el barranco. Brian ya había caído por el barranco.

«¿Va a atar cabos y darse cuenta de que yo era el único que podía haberla agarrado?» se preguntó Tony.

—Entonces, ¿quién pudo ser? —, preguntó, preparándose, estabilizando las piernas, cerrando los ojos. Realmente no quería mirarla cuando se acercara.

—¿Crees que podría haber dos personas intentando parar la fiesta? —preguntó ella. —¿Brian y alguien más?

Ella se giró para mirarle.

«No. No te des la vuelta. No me lo pongas más difícil. No me mires ahora».

Tiene una cara tan linda, como una muñeca. Tan perfecta. Tan bonita.

«No flaquees, Tony. Claro que te preocupas por ella. Pero te importa más mantenerte libre, mantenerte vivo, mantener tu secreto... para siempre».

—¿Brian y alguien más? No lo sé. —Su voz temblaba. Se preguntó si ella podía ver lo molesto que estaba.

«Por favor, date la vuelta. Por favor, no me mires a los ojos con tanto cariño».

—Tony, tú no estarás involucrado en eso, ¿verdad? —Meg preguntó de repente.

—¿Qué? —Todo el cuerpo de Tony se estremeció violentamente. Ella presionó su frente contra su mejilla.

—Tuve la tonta idea de que Brian podría referirse a ti. Es tan extraño, las cosas locas que pueden pasar por tu mente cuando estás disgustado y tratando de entender las cosas.

—Sí. Extraño—, dijo. —No. No podía referirse a mí. De ninguna manera.

Ella se estaba dando cuenta. Sintiendo su frente contra su mejilla, casi podía oír su cerebro trabajando, resolviendo el misterio. ¿Se daba cuenta de que mentía? ¿Ya se había dado cuenta de que era el asesino de Evan?

Ella se apartó.

—Me encanta el sonido del río fluyendo ahí abajo. Es relajante de alguna manera.

«Tal vez te gustaría escucharlo de cerca», pensó. Su voz estaba cambiando, volviéndose más fría, más sospechosa. ¿O se lo estaba imaginando?

—Te contaré otra cosa un poco extraña—, dijo ella. —Ellen fue a ver a Brian. Fue la primera persona a la que visitó. ¿No te parece extraño?

Tony soltó un pequeño grito ahogado.

—¿Ellen? ¿Ella…qué? —Estaba demasiado alterado para controlarse, para ocultar su infelicidad ante esta noticia.

La agarró de los brazos. Apoyó las piernas. Respiró hondo.

alción

—¿Qué pasa, Tony? —, le preguntó en voz baja.

—Nada.

Un fuerte empujón. Era todo lo que hacía falta. Ella probablemente ni siquiera se daría cuenta de lo que estaba pasando hasta que estuviera a mitad de camino.

«No. No. No».

No iba a hacerlo.

Sabía que no iba a hacerlo.

«No soy un asesino», pensó. «No soy un asesino después

de todo». ¿O lo era? ¿Podría hacerlo?

Su mente daba vueltas. Por un momento se sintió tan mareado que pensó que podría caer por el acantilado.

Se estabilizó, aferrándose a Meg. ¿Qué sentido tendría matar a Meg? Ella no sabía nada. No había descubierto nada. Matar a Meg no le ayudaría en nada.

Brian era el problema. Ellen era el problema. Brian y Ellen juntos eran el problema.

Meg nunca fue el problema.

«Está bien. Tienes que vivir, Meg. Y tendrás tu fiesta sorpresa».

Había intentado parar la fiesta, y había fallado. Pero la fiesta no era el problema. Tenía dos problemas. Brian y Ellen. Brian y Ellen. Brian y Ellen.

«Estaré en la fiesta con ellos», pensó. «Estaré allí con mis dos problemas. Los estaré observando. Estaré escuchándoles».

De repente se acordó de la pistola que su padre guardaba en el armario junto a su mesa de trabajo en el sótano. Y la caja de cartuchos junto a ella, en el fondo de la estantería.

«La pistola. Podría llevar la pistola. Por si acaso. Sí. Traeré la pistola el sábado por la noche».

«Para Brian. Y Ellen».

«Para mi propia protección».

«Brian ya intentó delatarme. Quién sabe lo que él y Ellen estaban cocinando juntos. Pero estaré listo para ellos. Estaré listo, dispuesto y ansioso».

—Tony, ¿qué pasa? Acabas de poner una cara muy rara—. Ella le miró a los ojos, con cara de preocupación. Por primera vez vio algo de sospecha allí también.

—Eh... nada. Supongo que tengo frío. Volvamos al coche.

—Pero ¿no vas a besarme primero?

«¿Por qué le miraba así a los ojos? ¿Para tranquilizarse? ¿Para asegurarse de que no era un asesino?»

—¿Besarte? Ah, sí. Claro.

La abrazó y la besó, y pensó en la pistola que le esperaba en el armario del sótano.

capítulo 19

Sábado por la noche

Meg detuvo el coche en la acera y miró hacia la colina que conducía a la casa de Amy, la tía de Ellen. Un rastro de lucecitas amarillas subía por todo el lateral de los escalones de losa hasta el porche delantero. «No me apetece nada volver a subir esos escalones», pensó Meg.

Tocó el claxon. No había ni rastro de Ellen. Volvió a tocar el claxon durante más tiempo. «¿Por qué ponen esas bocinas tan pequeñas en estos coches extranjeros?» se preguntó.

¡Éxito! Ellen apareció en el porche y le indicó que bajaría en un minuto.

Meg le devolvió el saludo, agradecida de no tener que bajar del coche. Se sentía tan nerviosa que se preguntaba si sería capaz de disfrutar de un solo momento de la fiesta. «Supongo que sentiré que ha merecido la pena si hace feliz a Ellen», se dijo a sí misma. Meg, Shannon y Lisa habían trabajado todo el día, poniendo en orden la mansión Halsey, limpiando, decorando con globos y flores y poniendo la comida y los refrescos.

«Debería estar deseando que llegue la fiesta», pensó. «Pero sé que va a ser horrible. Ellen la va a odiar. Y me va a odiar para siempre. ¿Cómo he podido ser tan estúpida?»

Pero la sonrisa de Ellen mientras bajaba trotando los escalones tranquilizó a Meg. Al ver a Ellen bajar, Meg decidió que la fiesta podría funcionar después de todo. Ellen siempre se había portado bien con todo en los viejos tiempos. Estaba segura de que esta noche también lo sería. Y tal vez incluso se alegraría de que sus amigas quisieran hacer tanto alboroto por ella.

Era una noche fresca y ventosa. El tiempo no se decidía a seguir siendo veraniego. Ellen llevaba una minifalda roja recta sobre medias negras. Y un top negro de manga larga. Estaba preciosa.

«Ojalá yo fuera alta», pensó Meg, sonriendo mientras Ellen entraba en el coche. Meg llevaba un jersey Esprit estampado de color turquesa, su único jersey caro, sobre unos pantalones de pinzas morados.

—Hola. ¿Dónde está Shannon?

—Oh. Vamos a recogerla—, dijo Meg, metiendo la marcha atrás para poder alejarse del bordillo.

—Estás muy guapa».

—Gracias. Tú también. No has cambiado nada, Meg. Sigues aparentando diez años.

—¿Se supone que eso es un cumplido? —. Meg se rio. Se dirigió hacia el oeste, hacia la carretera Old Mill, que las llevaría a la Calle del Terror.

—¿Dónde vamos a recoger a Shannon? —preguntó Ellen, acomodándose en el asiento y apoyando las rodillas en el salpicadero. —¿En su casa? —Tenía cara de aprensión. Probablemente no quería ir a casa de Shannon, dedujo Meg. Al fin y al cabo, también era la casa de Evan.

—No. La recogeremos en la Mansión Halsey—. Meg se esforzó por sonar seria, como si recogiera a Shannon allí todos los días de la semana.

—¿Qué? ¿Esa vieja mansión en el bosque? —Ellen estaba muy sorprendida. —¿El bosque de la Calle del Terror?

Meg asintió, sin apartar los ojos de la carretera. Sabía que mentía muy mal. Esperaba que Ellen no empezara a hacerle muchas preguntas.

—¿Qué hace allí? —preguntó Ellen, bajando la ventanilla, decidiendo que hacía demasiado frío y subiéndola rápidamente.

—Eh... no lo sé. Me acaba de pedir que la recoja allí—. Meg decidió que un simple "no lo sé" la metería en menos problemas que inventarse una historia elaborada. —¿Cómo está tu tía? ¿Ha tenido una buena visita? —, preguntó, decidida a cambiar de tema.

Ellen suspiró y se arrellanó aún más en el asiento.

—Oh, no lo sé—, dijo con nostalgia, mirando las casas familiares pasar en la oscuridad. —Quizá no debería haber vuelto. Hay tantos recuerdos....

«Maravilloso», pensó Meg. «¡Estoy a punto de arrastrarla a una mansión llena de recuerdos!».

Giró hacia la Calle del Terror y pasó rápidamente por delante del cementerio y de las viejas casas en ruinas que había enfrente. La noche parecía volverse más negra en cuanto dobló la esquina y entró en la Calle del Terror. Por alguna razón, ninguna de las farolas estaba encendida. Y la mayoría de las casas estaban completamente a oscuras.

Meg vio que Ellen se estremecía y cerraba los ojos. Estaban pasando por el bosque de la calle del Miedo.

—Odio este lugar—, dijo Ellen. Abrió los ojos. —Esta noche sí que vamos a tomar la ruta panorámica, ¿eh?

—Supongo—, dijo Meg. No sabía qué decir. Hacer la fiesta en casa de Shannon también habría sido un error. «Afrontémoslo», se dijo a sí misma, «hacerla en cualquier sitio es un error. Ellen no ha superado lo que pasó aquí. Tal vez nunca lo haga. Y ni siquiera quiere fingir que lo está».

Tomó el estrecho camino de tierra que serpenteaba por el bosque hasta la mansión Halsey. No se le ocurría nada más que decirle a Ellen. Se sentía tan incómoda como durante su primera visita el lunes. Y a medida que los faros revelaban la enorme mansión de piedra, una sensación de terror tan grande y pesada como la mansión se apoderó de ella.

—El castillo de Frankenstein—, dijo Ellen. —Hacía años que no venía por aquí. Solían celebrar fiestas de cumpleaños aquí cuando éramos pequeñas. Fiestas de cumpleaños muy lúgubres.

«Bienvenida a otra fiesta muy triste», pensó Meg. Tuvo el impulso de dar la vuelta en el camino circular frente a la mansión y llevar a Ellen de vuelta a casa de su tía. O tal vez, seguir conduciendo, seguir conduciendo a través de la noche hasta que no hubiera casas familiares, ningún punto de referencia familiar en absoluto y ningún recuerdo.

«Tú no eres así, Meg», se reprendió a sí misma. «Siempre sacas lo mejor de cualquier situación. Es una de tus mejores cualidades. Esto va a ser una gran fiesta una vez que se ponga en marcha. Bueno, quizá no una gran fiesta, pero sí una buena. Y Ellen lo apreciará. Es imposible que no lo aprecie».

Se dio las gracias en silencio por la charla y acercó el coche a la entrada de la vieja casa. No había más coches a la vista. Todos los demás habían recibido instrucciones de aparcar detrás. Dos antorchas de piedra con bombillas eléctricas parpadeantes, una mucho más tenue que la otra, iluminaban la puerta, que tenía forma de arco y parecía la

entrada de un castillo.

—Ve a buscarla—, dijo Ellen. —Este lugar me da escalofríos.

Meg tiró del picaporte y empujó la puerta.

—No. Entra conmigo. No me hagas entrar sola.

Ellen frunció el ceño y apartó las piernas del salpicadero.

—A ti también te da escalofríos, ¿eh? ¿Qué demonios puede estar haciendo Shannon ahí dentro? —. Salió del coche y se alisó la minifalda. —Vale. Venga, vamos. Iremos juntas.

Meg estaba tan nerviosa que apenas podía andar. Nunca había sorprendido a nadie en una fiesta sorpresa. Mientras empujaba la pesada puerta y salía al vestíbulo, se juró que no volvería a hacerlo.

—Después de ti—, le dijo a Ellen, indicándole que entrara.

Sus zapatillas chirriaron sobre el suelo de mármol oscuro. La casa estaba en silencio. Una enorme lámpara de araña baja, una confusión de latón y cristal dominaba la habitación sin proporcionar mucha luz.

—Por aquí, creo—, dijo Meg, fingiendo que no sabía adónde iba. Atravesó la amplia sala delantera y abrió de un tirón una pesada puerta al fondo. La habitación detrás de la puerta parecía estar a oscuras.

—Aquí dentro—, dijo Meg.

Ellen la siguió a regañadientes. A Meg le temblaban las piernas y se dio cuenta de que respiraba muy rápido.

«Nunca había estado tan nerviosa en mi vida», pensó. «Por favor, por favor, que esto no sea un desastre total».

—¡SORPRESA!

Las luces se encendieron, revelando docenas de caras sonrientes.

Ellen se quedó mirando a Meg, sin entender qué estaba pasando.

—¡SORPRESA! —El grito fue seguido de vítores y risas.

—¡Mírala! —Gritó Shannon desde el otro lado de la sala. —Está realmente sorprendida.

Meg se quedó mirando a Ellen, esperando que sonriera, una sonrisa de reconocimiento, de aceptación, de alegría.

Pero la sonrisa no apareció.

Ellen parecía absolutamente horrorizada.

capítulo
20

Sábado Noche

Como fotos instantáneas, las escenas de los siguientes minutos se congelaron en la mente de Meg. Shannon abrazando a Ellen. Ellen forzando por fin una sonrisa en su rostro. Ellen abrazando a Lisa. Lisa riéndose de lo sorprendida que parecía Ellen. Ellen bromeando con Meg diciéndole que encontraría la forma de devolvérsela. ¿Bromeando a medias, tal vez? Tony y Ellen se saludan con rigidez, cada uno más incómodo que el otro. Tony felicitando a Meg por haberlo conseguido. Los jóvenes rodeando a Ellen para saludarla y darle la bienvenida. Ellen empieza a sentirse más cómoda a medida que más chicos se acercan a saludarla.

—¡Está yendo muy bien! —gritó Shannon al oído de Meg, tratando de hacerse oír por encima del ruido de la multitud. Meg dio un respingo. No esperaba que nadie se le acercara así por detrás.

—Estás estupenda—, le dijo a Shannon.

—¿A que Ellen está estupenda? Está realmente sorprendida—. Shannon se alejó para hablar con otros chicos. Meg se acercó a Tony, que estaba en el borde de la multitud, sin hablar con nadie.

—Hace mucho calor aquí. ¿Por qué no te quitas esa chaqueta de cuero tan pesada? —, le preguntó.

—Estoy bien—, dijo, con cara de fastidio. La chaqueta le sobresalía por encima de la cintura. Llevaba ambas manos en los bolsillos.

—¿No está Ellen estupenda? —dijo Meg, empezando a sentirse mucho mejor respecto a la fiesta.

—Sí, supongo.

—¿Estás de mal humor o algo? Se supone que es una fiesta—. ¿Por qué le estaba haciendo pasar un mal rato a Tony? Nervios, supuso. Ella había superado la parte sorpresa de la fiesta, pero la noche todavía tenía un largo camino por recorrer.

—Dame un respiro—, murmuró. —Sabes que no me gustan mucho las fiestas.

Ella le besó impulsivamente en la mejilla.

—¿Bailas conmigo más tarde?

—Tal vez—. Forzó una media sonrisa.

Después de que todos tuvieran la oportunidad de saludar a Ellen, la gran sala se volvió muy ruidosa. Con las clases recién terminadas, todos estaban de humor para celebrar.

Lisa charlaba animadamente con Ellen, gesticulando con las manos y riendo. Pero Ellen, aparentemente distraída, no dejaba de mirar por encima del hombro de Lisa. Meg siguió los ojos de Ellen. Ellen miraba a Tony.

Tony le devolvió la mirada, frunció el ceño y apartó la vista. «¿Qué le pasa?» pensó Meg. Entonces alguien la llamó para que la ayudara a encontrar los platos de papel, y se olvidó de todo.

Cuando volvió la vista unos minutos más tarde, Ellen hablaba animadamente con un grupo de amigos.

Lisa y Cory estaban en el centro de la sala, llevándose bien

por una vez. A pocos metros de ellos, Suki Thomas, con el pelo rubio oxigenado en punta al estilo punk furioso, tenía el brazo alrededor de la cintura de Dwayne mientras éste miraba ansioso alrededor de la sala, probablemente buscando a Shannon. En la enorme sala resonaban risas y voces. En general, era una fiesta estupenda, decidió Meg.

—¡Rápido, pon música! —gritó Shannon, sobresaltando a Meg por detrás una vez más. —¡Y ponla a tope! Esta fiesta está bien.

Meg había tomado prestado el radiocasete de Tony para la música. Era casi tan grande como el equipo de música de su casa. Corrió por la habitación para poner una cinta, pero Ellen la detuvo en medio de la habitación.

—Gran fiesta, Meg—, dijo Ellen, dándole un abrazo a Meg. —Menuda sorpresa. Estoy un poco... abrumada.

—Pensé que tal vez estarías furiosa conmigo—, dijo Meg, soltando una risita. Se dio cuenta de que había tomado prestada la risa nerviosa de Ellen.

—Fue muy dulce—, dijo Ellen. —La verdad es que no me lo merezco.

—No seas tonta—, dijo Meg. —Todos queríamos darte la bienvenida. Te echamos de menos, Ellen. Yo especialmente.

—Yo también te echo de menos—. ¿Había una lágrima en los ojos de Ellen? Meg no podía creerlo. No era propio de Ellen ponerse así. La fiesta debía haberla conmovido.

—Voy a poner música—, le dijo Meg, cruzando a toda prisa la habitación.

Dwayne se interpuso en su camino. Casi choca con él.

—¿Has visto a Shannon?, le preguntó.

—Hace rato que no—, dijo con frialdad. Buscó a Suki y la vio al otro lado de la habitación, con el brazo alrededor de la

cintura de otro chico.

—Dile que la estoy buscando, ¿vale?

—Claro, Dwayne—. Ella se apresuró a alejarse de él. En la mesa con el radiocasete, rebuscó rápidamente entre las cintas y cogió la música de baile más caliente y ruidosa que encontró, y la metió en el reproductor.

Unos segundos después, la música sonó a todo volumen. Sonaba muy bien, retumbando en las paredes y el techo de la cavernosa sala. Varias parejas empezaron a bailar. Meg buscó a Tony, pero no lo encontró. Finalmente lo vio sentado en el suelo, solo en un rincón, bebiendo una lata de refresco.

—¿Quieres bailar? —, le gritó, poniéndose a su lado y moviéndose al ritmo de la música.

—Quizá más tarde—, respondió él. Dio un largo trago a la lata y miró a Ellen, que estaba al otro lado de la habitación. Meg vio que aún no se había quitado la chaqueta de cuero, a pesar del calor que hacía en la habitación.

—Gran fiesta—, dijo Lisa, interponiéndose entre ellas y dándole un abrazo a Meg. —¡Realmente lo conseguiste!

—¡Lo conseguimos! —dijo Meg con alegría. —Creo que todos nos merecemos un...

No llegó a terminar la frase. Un alboroto junto al radiocasete de la esquina le llamó la atención. La música se detuvo en seco. Alguien gritó. Los pocos chicos que bailaban se giraron, confusos.

—¿Qué está pasando?

—¡BRIAN!

Meg y Shannon empezaron a correr hacia él. Brian estaba de pie entre la mesa del radiocasete y la puerta. Tenía vendas blancas alrededor de parte de la cabeza.

—¡Es el regreso de la momia! —, gritó alguien. Unos cuantos chicos se rieron.

—¡SILENCIO TODO EL MUNDO! —Gritó Brian por encima de las risas.

—Brian, ¿qué haces aquí? —. gritó Meg.

A través de sus vendas ella podía ver que sus ojos estaban desorbitados. Tenía una sonrisa retorcida y alegre en la cara. Levantó los brazos en señal de silencio.

—Brian, por favor...—, gritó Meg. Él no parecía oírla.

—¿Qué le pasa? —preguntó Ellen, acercándose a Meg, con una mirada muy preocupada. —¿Qué va a hacer?

—¡Escucha las palabras de un Mago de Cuarto Nivel! —gritó Brian, con los brazos aún en alto por encima de su cabeza vendada.

La enorme sala quedó en absoluto silencio. Nadie se movió.

—¡Ahora tengo el poder! He alcanzado el cuarto nivel. Y esta noche voy a traer de vuelta a Evan—.

—¡NO! —gritó Ellen, con la boca abierta por el horror. Se tiró de los lados de su larga melena rubia con ambas manos.

—¡Yo lo detendré! —gritó Tony, acercándose a Brian, con una mano cerrada en un puño y la otra metida dentro de su chaqueta de cuero.

—No, espera... —Meg detuvo a Tony.

—¡Voy a traer a Evan de vuelta, ahora! —gritó Brian. Bajó los brazos y señaló la puerta con las dos manos.

La puerta comenzó a abrirse lentamente.

—¿Qué está haciendo? —Shannon gritó. —¿Por qué está haciendo esto?

—No. ¡Para esto! —Tony lo llamó, alejándose de Meg para correr hacia Brian.

La puerta se abrió de golpe. Alguien estaba de pie en la tenue luz del pasillo.

Alguien entró lentamente en la habitación.

—¿Es una broma? —gritó Shannon. —¿Algún tipo de broma de mal gusto?

Tony se quedó helado, con la mano dentro de la chaqueta.

Brian continuó señalando, con los ojos desorbitados por el triunfo, mientras la figura alta entraba en la luz.

Algunos jóvenes jadearon. Algunos gritaron.

La figura que salió a la luz era Evan.

capítulo 21

Sábado por la Noche

—¡No! ¡NO ERES TÚ! —gritó Tony.

Evan miró fijamente a Tony. Sus ojos se veían blancos bajo la intensa luz. Señaló a Tony con un dedo, un dedo acusador, y dio un paso hacia él.

—¡NO! ¡ESTÁS MUERTO! —gritó Tony, con las facciones contraídas por el pánico. Sacó la mano de debajo de la chaqueta. Empuñaba una gran pistola negra. La blandió salvajemente, con la punta mirando al techo.

—SÉ QUE ESTÁS MUERTO PORQUE…

Evan dio otro paso hacia Tony.

—Tony, la pistola...—, gritó Meg.

—¿Dónde... por qué?

—¡Vale, vale! —chilló Tony, mirando fijamente a los ojos de Evan. —¡Sé por qué estás aquí, Evan! Te lo contaré. Les contaré a todos toda la historia. Les contaré a todos quién te mató.

—¡Mike! ¿Por qué estás haciendo esto? —Gritó Shannon. Se volvió hacia Tony. —¡No es Evan, es mi medio hermano Mike! ¡Por el amor de Dios, guarda el arma!

«No sé qué está haciendo, pero tengo que quitarle esa pistola antes de que haga algo horrible», pensó Meg. Se tambaleó hacia delante e intentó agarrarla desesperadamente. Pero Tony se apartó de ella. La empujó con fuerza, levantando la pistola fuera de su alcance, y luego apuntó a Mike.

—Vale, vale. Lo contaré todo—. gritó Tony. —Eso es lo que quieres, ¿no? Bueno, de acuerdo. ¡Escuchad todos! Sé quién mató a Evan. Contaré toda la historia ahora. Yo…

Las luces se apagaron.

Gritos y alaridos resonaron en las paredes. Los chicos corrían despavoridos hacia la puerta. Meg buscó ciegamente a Tony. Quería agarrarlo, sujetarlo, quitarle el arma, averiguar qué estaba pasando, por qué estaba tan aterrorizado, por qué estaba a punto de confesar. ¿Confesar?

Sí. Tony estaba a punto de confesar.

Meg sintió que empezaba a temblar. Pensó en la advertencia de Brian. Y se dio cuenta de que Brian y Mike debían haber preparado toda esta escena.

Solo para asustar a Tony....

Un disparo a escasos centímetros de ella la hizo saltar y gritar. Alguien gritó de dolor. Las sillas se volcaron mientras los niños intentaban salir a ciegas de la oscura habitación.

—¡NO, POR FAVOR! —Ahora era el turno de Meg de gritar. —¡Enciendan las luces! Que alguien encienda las luces.

Unos segundos después, las luces volvieron a encenderse. Meg miró hacia abajo. Estaba de pie junto a Tony. Estaba acurrucado en el suelo, con los ojos desorbitados por el miedo y la mano agarrándose el hombro. La sangre le caía del brazo a la alfombra.

—Tony...

—¡Me-me han disparado! —No parecía creérselo. —¡Me han disparado! —, repitió incrédulo.

—¡Que alguien lo detenga! —, gritó la voz de una chica. ¿Detener a quién?

Meg levantó la vista. ¿Quién corría hacia la puerta? Todo estaba ocurriendo tan deprisa que no estaba segura de estar viendo bien. Pero lo estaba. Era Dwayne. Y tenía la pistola de Tony en la mano.

—¡Deténganlo! ¡Le disparó a Tony!

Dwayne tropezó con una silla plegable, cayó al suelo boca abajo y, sin dejar de empuñar la pistola de Tony, se giró rápidamente y amenazó a todo el mundo con ella. Se puso lentamente en pie, con sus ojos oscuros que iban y venían sin perder de vista a nadie.

—Casi me escapo—, dijo. —Siento que encendieras las luces.

—Dwayne, ¿por qué disparaste a Tony? —Meg gritó.

Tony, retorciéndose en el suelo, gimió y se sujetó el hombro mientras su sangre seguía fluyendo en un círculo cada vez más amplio bajo él.

—¡Cállate! Cállate! —le gritó Dwayne, apuntando a Meg con la pistola. Ella pudo ver que él estaba tratando desesperadamente de decidir qué hacer a continuación. Obviamente, su plan era disparar a Tony y escapar en la oscuridad. Pero ahora todos los presentes le habían visto intentando huir con la pistola en la mano.

«¿Por que? ¿Por qué Dwayne disparó a Tony? ¿Por qué Tony vino a la fiesta con una pistola?» Meg estaba tan confundida como asustada.

—No tenía elección—, dijo Dwayne, con los ojos todavía nerviosos observando a todo el mundo alrededor de la gran

sala. —No quiero que nadie venga a por mí.

Avanzó rápidamente y agarró a Ellen bruscamente por el brazo. Le puso la punta de la pistola en la sien.

—Ven conmigo. Eres la candidata perfecta, ¿no? Tú también ayudaste a matar a Evan.

Meg no creía haber oído bien. «¿Ellen ayudó a matar a Evan? ¿Ellen también? ¿Qué quería decir Dwayne?»

—No, por favor—, suplicó Ellen.

Pero Dwayne la arrastró hasta la puerta, con la pistola apretada contra la frente.

—¡Si alguien viene a por mí, ella será historia! —gritó Dwayne. Nadie se movió. Nadie dudaba de que Dwayne hablaba en serio.

—¡Por favor, escúchenlo! —gritó Ellen a todo el mundo.

«Alguien tiene que detenerlo», pensó Meg. «No podemos dejar que se lleve a Ellen. Ya le disparó a Tony. No podemos dejar que le dispare a Ellen también».

«Todo esto es culpa mía. Mi culpa. Mi fiesta. Mi culpa».

Sabía que no estaba pensando con claridad. Estaba demasiado asustada para pensar con claridad. Pero sabía que tenía que hacer algo. Se movió rápidamente a lo largo de la pared, manteniéndose en las sombras.

Dwayne no la vio mientras retrocedía hacia la puerta. Si llegaba primero a la puerta, tal vez podría sorprenderlo, tal vez podría arrebatarle el arma, al menos darle a Ellen la oportunidad de huir.

Los jóvenes estaban de pie en pequeños grupos, congelados por el miedo. Meg se movió rápidamente detrás de ellos, manteniéndose agachada, rezando para que Dwayne no la viera.

¿Podría llegar hasta él antes de que saliera por la puerta? ¿Podría asustarlo, sorprenderlo lo suficiente como para liberar

a Ellen?

La cabeza le daba vueltas. El suelo parecía ceder bajo sus pies. Las paredes se inclinaban. Pero ella siguió moviéndose firme y silenciosamente hacia la puerta.

—Eso es. Que nadie se mueva. No me obliguéis a hacer algo que odiaría hacer—, dijo Dwayne. Ahora tenía el brazo alrededor de la cintura de Ellen mientras la arrastraba por la habitación. Le quitó la pistola de la cabeza e hizo un gesto con ella, apuntando por toda la habitación como última advertencia a cualquiera que pensara seguirle. Meg llegó primero a la puerta.

Respiró hondo. Dwayne estaba a pocos metros, retrocediendo hacia ella. Tenía la pistola al alcance de la mano. Podía alcanzarla y...

Él se giró. La vio.

Empujó a Ellen al suelo cuando Meg hizo su movimiento. Meg se abalanzó hacia el arma. Le vio la cara. Vio sus ojos.

Supo que era demasiado tarde.

Dwayne la agarró del brazo y la hizo girar. La estampó contra la pared y le puso la pistola en el cuello.

La empujó contra su garganta hasta que Meg gritó de dolor.

—Vamos, nena. Tú también vienes. Siempre quise tener dos novias.

Todo parecía acelerado ahora. Todo iba demasiado rápido para ver, demasiado rápido para pensar, demasiado rápido para entender.

Estaban en el pasillo oscuro. Los tres. Dwayne empujando a las dos chicas delante de él, amenazándolas con la pistola si dudaban o iban más despacio. Ahora corrían. Corrían demasiado rápido.

Ellen tenía la mirada perdida. ¿Estaba fingiendo que esto

no estaba ocurriendo? Meg intentó detenerse, resistirse, pero Dwayne la obligó a seguir, empujando la pistola contra su nuca. El metal estaba frío, muy frío. Le producía escalofríos en la espalda, escalofríos que no cesaban cuando él le quitaba la pistola, escalofríos que le impedían correr, moverse y respirar.

Los empujó hacia la puerta principal de la vieja casa, se detuvo, se quedó allí sin abrirla y luego tiró bruscamente de ellos hacia el otro lado. Ellen se quedó mirando fijamente la puerta. Por un segundo Meg pensó que iba a intentar salir corriendo. Pero Ellen bajó la cabeza y cerró los ojos, resignada, esperando a que Dwayne le dijera adónde ir a continuación.

—Nos buscarán fuera—, dijo, sonando tranquilo, sonando frío, tan frío como la pistola contra la espalda de Meg. —Así que nos quedaremos dentro.

Manteniéndolas justo delante de él, las empujó hacia las escaleras que bajaban al sótano. Meg tropezó, empezó a caer hacia delante, pero él la agarró del brazo y la mantuvo en movimiento.

—Buscarán en el bosque toda la noche. Pero aquí abajo estaremos cómodos y seguros. Mis dos amigas y yo. Muy cómodos—. Se rió. Parecía muy contento con su plan.

—¿Por qué? —Meg consiguió preguntar. La voz le salió entrecortada y pequeña.

—Sigue moviéndote—, le ordenó él, dándole un fuerte empujón que casi la hizo caer por las escaleras de baldosas.

—¿Por qué? —, repitió, demasiado asustada para dejar de moverse, demasiado asustada para resistirse, demasiado confusa para no preguntar por qué. —¿Por qué disparaste a Tony?

—Tuve que hacerlo. No sabía cuánto sabía ese estúpido

imbécil. Pero no podía arriesgarme. No podía dejar que se lo contara a todo el mundo...

—¿Decirle a todos qué?

—Que maté a Evan.

capítulo 22

Sábado por la Noche

—¡Pero Tony mató a Evan! —Ellen gritó. —¡Yo lo vi!

Meg se detuvo y lanzó un grito de asombro, de horror.

—¿Tony? ¿Qué estás diciendo, Ellen?

—Tony mató a Evan—, repitió Ellen.

—Eso es imposible...—, rechistó Meg.

—Meg, tú no sabes nada—, dijo Ellen con amargura.

—Sigan andando—, ordenó Dwayne, haciendo un gesto con la pistola.

¿Dónde estaban? Los había empujado hacia una zona de la casa que no había sido renovada, a través de interminables habitaciones oscuras, habitaciones llenas de muebles cubiertos, habitaciones apelmazadas por años de polvo, habitaciones vacías, habitaciones llenas de extrañas herramientas y equipos.

Empujaron otra puerta y tropezaron con otra habitación. Dwayne encontró el interruptor de la luz y lo encendió. Era una gran cocina. Cubierta de telarañas y polvo, parecía haber estado abandonada durante mucho tiempo. Unas sartenes de cobre mugrientas colgaban de ganchos justo encima de sus

cabezas. Una cocina manchada de grasa estaba apoyada contra la pared. Las encimeras de madera estaban abarrotadas de platos y ollas que no se habían usado en años. Toda la habitación olía a moho y podredumbre.

—Perfecto—, dijo Dwayne, mirando a su alrededor. —Me gusta estar en una cocina cálida y acogedora. ¿A ti no? —Se rio para sus adentros. —El viejo Dwayne lo ha vuelto a hacer. Aquí nunca nos encontrarán. Pasaremos un rato, nos pondremos cómodos y, cuando se calme la emoción, escaparemos—. Hizo un gesto a las chicas para que se sentaran en el suelo junto al campo de tiro, y así lo hicieron.

Apuntó con la pistola a cada una de ellas y fingió dispararles de una en una, haciendo ruidos de pistola con los labios.

—Gran sentido del humor, Dwayne—, murmuró Ellen.

—Cállate—, dijo Dwayne, y se rio, como si acabara de soltar un chiste.

—¿Qué crees que estás haciendo? —demandó Ellen. —He visto a Tony matar a Evan. ¿Por qué te volviste loco ahí arriba? ¿Qué hay en tu loco cerebro?

—¿Nunca descubriste la verdad? —Dwayne parecía sinceramente sorprendido.

—Yo sé la verdad—, insistió Ellen. —Yo estuve allí. Tony y yo seguimos a Evan al bosque de la Calle del Terror. Estábamos preocupados por él. Acababa de decirle a Evan que quería romper con él.

—¿Que qué? —Meg gritó. Nada de esto tenía sentido para ella. ¿Ellen romper con Evan?

—Lo siento, Meg. Lo siento mucho—, dijo Ellen, viendo la confusión en la cara de Meg. —Pero tienes que madurar alguna vez, chiquilla. Tony y yo estábamos saliendo a tus espaldas. Yo quería ir con Tony. Así que se lo dije a Evan.

—¿Tú y Tony? —Meg trató de mantener su voz firme, pero todo esto era demasiado.

—Sí. Tony y yo. Bueno, puedes imaginarte cómo se tomó Evan la noticia. Le dio un ataque. Se volvió loco. Cogió el rifle de caza de su padre y se fue al bosque. Dijo que sólo quería dispararle a algo. Cualquier cosa. Bueno, Tony y yo lo seguimos. Estábamos preocupados por él. Estaba tan loco. Queríamos tratar de calmarlo. Pero lo primero que supimos, Tony y Evan estaban peleando, peleando por el rifle. Se disparó y... Evan estaba muerto. Tony mató a Evan.

—No me lo creo—, dijo Meg, aturdida. Levantó las rodillas y se acurrucó, apoyando la cabeza contra ellas. —¿Tony estaba allí? No puede ser. Brian dijo...

—Brian vino corriendo un minuto después de que Tony disparara a Evan. Nos encontró a Tony y a mí allí, intentando decidir qué hacer. Estaba muerto de miedo. Dijo que lo tenía todo planeado. Iba a hacer que pareciera que Evan se había disparado a sí mismo, como si hubiera sido un accidente. Luego nos amenazó a Brian y a mí. Dijo que nos mataría si le decíamos a alguien que estaba en el bosque con nosotros. Brian y yo vimos la expresión en la cara de Tony. Sabíamos que lo decía en serio.

—No me lo creo. Simplemente no lo creo—, insistió Meg. —También podrías escuchar el resto—, dijo Ellen. —Tony huyó después de hacer que pareciera un accidente. Yo... yo estaba histérica. No podía pensar con claridad. Estaba muy asustada. Brian también. Tan pronto como Tony se fue, fuimos por ayuda. Todos estos meses Brian y yo guardamos nuestro secreto. Que Tony mató a Evan. Todos estos meses estuvimos demasiado asustados para hablar.

—No me extraña que Tony haya estado tan raro todo el año—, dijo Meg.

Dwayne se echó a reír. Meg levantó la vista. Casi se había olvidado de que él estaba allí, de pie junto a ellas con la pistola. ¿Por qué se reía? ¿Qué podía tener tanta gracia?

—Oye, demos un poco de crédito a quien lo merece—, dijo.

—¿De qué estás hablando, Dwayne? —preguntó Ellen.

—Creía que Tony había descubierto la verdad. Pensé que iba a contarlo todo arriba cuando apareció ese clon de Evan. Creía que iba a decirle a todo el mundo que yo lo había hecho. Que yo me había disparado a Evan—. Se rio y sacudió la cabeza. —Supongo que la broma es para Tony. Ese estúpido imbécil.

Empezó a pasearse por la habitación, haciendo girar la pistola en su mano.

—¿Cómo pudiste matar a Evan? —insistió Ellen. —¿Cómo? Vi a Tony y a Evan pelearse por el rifle. Vi caer a Evan. Le vi morir.

Dwayne sacudió la cabeza.

—Tú también eres estúpida. Tony no mató a Evan. Fui yo. Brian y yo estábamos jugando a Magos y Mazmorras en el bosque cuando oímos un disparo. Brian dijo que teníamos que ir a ver qué era. Le dije que no. Le dije a Brian que me iba a casa. Brian fue a ver qué era el disparo. Le seguí, manteniéndome detrás para que no me viera.

—¿Así que tú también estabas allí? —Ellen gritó.

—Lo vi todo. Toda la escena. Pensé que Tony había matado a Evan. Pero después de que huyera, y después de que tú y Brian fuerais a buscar ayuda, me acerqué y eché un vistazo. Evan no estaba muerto. Ni siquiera estaba herido. Se había golpeado la cabeza con una roca y había quedado inconsciente.

—Oh, no—, gimió Ellen. —Evan estaba vivo. Y tú...

Dwayne asintió con la cabeza.

—Odiaba a Evan. Siempre odié a Evan. No me dejaba salir con su hermana. Ni siquiera me dejaba hablar con ella. No era lo bastante bueno para ella. Siempre me hizo sentir como un gusano. Así que... aquí estaba mi oportunidad. Cogí el rifle. Y le di una lección a Evan. Una lección final. Ya estaba muerto, ¿verdad? Al menos otras tres personas lo pensaban. Así que... lo hice oficial.

—Eso es lo más despiadado que he oído nunca—, gritó Meg. Se dio cuenta de que estaba temblando. Tenía la boca tan seca que pensó que se iba a ahogar. Tenía las manos y los pies helados.

Dwayne soltó una risita enferma y aguda.

—Sí, lo es, ¿verdad? —, dijo jactancioso. —Lo curioso es que fue muy fácil. Y divertido, en cierto modo.

«Lo siguiente que hará será matarnos», se dio cuenta Meg. «Mató a Evan tan fácilmente como a una mosca. Se está riendo de ello, sin arrepentirse lo más mínimo. Le disparó a Tony arriba. Y ahora tenemos que ser los siguientes. Nos ha contado demasiado. Lo sabemos todo».

«No saldremos vivos de aquí».

Dwayne le sonrió. Era como si pudiera leer sus pensamientos. Giró la pistola amenazadoramente y las miró a ambos.

«Tengo que hacer algo», pensó Meg. «No puedo quedarme aquí sentada. Al menos tengo que intentar sacarnos de aquí».

—¿Cómo has podido matar a alguien así? —. le gritó Ellen a Dwayne, con la voz llena de asco, de odio y de un nuevo miedo.

—Así—. Le apuntó con la pistola y retiró el seguro.

—No, no... —Ellen levantó las manos como para

protegerse.

Dwayne se rio y volvió a hacer un ruido de disparo con los labios.

«No siempre va a fingir que nos dispara», pensó Meg. «Una de estas veces, muy pronto, va a apretar el gatillo de verdad».

—¿Podemos levantarnos? —Meg preguntó. —Se me duermen las piernas.

—Sí. Claro—, dijo Dwayne, todavía mirando a Ellen. —Como quieras. —Hizo girar la pistola y la dejó caer. Chocó contra el duro suelo de cemento.

Meg ayudó a Ellen a ponerse en pie. Y mientras Dwayne se inclinaba para recoger la pistola, ella susurró al oído de Ellen:

—¡Ay! Un ratón.

Dwayne cogió la pistola y se volvió hacia ellos rápidamente.

—Sois bastante lentas—, dijo con una mueca de satisfacción. —Podríais haber salido corriendo ahora mismo.

—No vamos a ninguna parte—, dijo Meg con desánimo. Se preguntó si Ellen la habría oído. Se preguntó si Ellen la había entendido. No se atrevió a mirarla para comprobarlo. Dwayne las observaba demasiado de cerca.

Sabía que tenía que hacer algo. Matar a Evan era muy fácil, había dicho Dwayne. Ella no quería ponérselo fácil. No quería morir en esta sucia cocina abandonada.

Con la espalda apretada contra la fría pared de azulejos, se acercó unos centímetros a Ellen y le dio un ligero golpecito en el brazo. «Tu turno, Ellen. ¿Recuerdas el juego? Erg, un ratón. ¿Has oído lo que te he susurrado? Por favor, Ellen».

«Por favor».

—¿Qué está pasando? —Gritó Dwayne de repente,

levantando la pistola.

—¡YAAAAAIIIII! —gritó Ellen a pleno pulmón, un grito ensordecedor de puro terror, y apuntó detrás de Dwayne. —¡UN RATÓN!

Sobresaltado, Dwayne se giró.

Meg sabía que tenía un instante. Menos de un instante. Levantó la mano y cogió una gran sartén de cobre de la pared. Era más pesada de lo que había imaginado. Pero no pensó en eso.

En un solo movimiento, la agarró, la alcanzó y tiró de ella hacia abajo.

Y cuando Dwayne se volvió hacia ellos, ella la blandió. Y le golpeó fuerte en la cara.

Tan fuerte que la sartén sonó, metal contra hueso. Dwayne no emitió ningún sonido.

Sus ojos se cerraron. Se le cayeron dos dientes de la boca. La sangre brotó de ambas fosas nasales.

Y cayó.

Meg recogió la pistola del suelo.

—Vamos arriba—, dijo, respirando con dificultad, mucha dificultad. Pero respiraba. Agradecida de estar respirando. —Alguien arriba ya debe haber llamado a la policía.

Echaron un último vistazo a Dwayne, tumbado boca abajo en un oscuro charco de sangre. Luego salieron corriendo de la húmeda cocina y se dirigieron a través del laberinto de habitaciones oscuras y vacías hacia las escaleras.

—¡Eh! —llamó Ellen, esforzándose por seguir el ritmo de Meg. —¡Seguro que sabes cómo organizar una fiesta!

capítulo
23

Domingo por la Tarde

—¿Así que fue Tony todo el tiempo tratando de parar la fiesta? —Shannon lanzó un par de calcetines a través de la habitación a Mike, que los dejó caer en su maleta. Shannon y Meg estaban en la habitación de Mike, ayudándole a hacer la maleta para volver al colegio.

—Sí, fue Tony—, dijo Meg, sacudiendo la cabeza. —Qué idiota fui.

—No fuiste una idiota—, dijo Shannon rápidamente. —Fuiste... eh...

—Confiada—, dijo Mike servicialmente. Metió un par de vaqueros en la maleta.

—Eso es sólo otra palabra para idiota—, dijo Meg.

—Meg, por favor, eso no suena a ti—, dijo Shannon. —Lo has pasado fatal. Todos lo hemos pasado. Pero no puedes dejar que eso te... eh...

—Amargue—, dijo Mike. Siempre le gustaba terminar las frases de Shannon por ella.

—Supongo que he aprendido mucho de todo esto—. Meg suspiró cansada.

—¿Tony va a estar bien? —Preguntó Shannon.

—Perdió mucha sangre, pero la ambulancia llegó rápido anoche. Lo llevaron al hospital a tiempo. Los médicos dijeron que se pondría bien—, dijo Meg en voz baja. Sabía que esa parte de su vida había terminado. Estaba tan acostumbrada a Tony. Se preguntó cómo sería su vida sin él.

Shannon levantó un par de calcetines sucios.

—No vas a empacar esto, ¿verdad, Mike?

—No. Iba a dártelos. Feliz cumpleaños.

Shannon los metió en la maleta.

—No huelen peor que el resto de tu ropa.

—Hablé con el padre de Tony—, dijo Meg. —Va a buscarle ayuda. Ya sabes, para enderezar su cabeza. Unos amigos conocen a un psiquiatra muy bueno en Nueva York. El pobre Tony está muy confundido. Le va a llevar mucho tiempo.

—Piensa en el año que debió pasar Tony—, dijo Mike, sacudiendo la cabeza. —Pasó un año entero pensando que había matado a Evan, un año entero muerto de miedo de que la gente lo descubriera, muerto de miedo de que su vida se arruinara. Y luego resulta que no mató a Evan. Eso es muy duro.

—Pobre Tony. Y pobre Ellen—, dijo Shannon. —Y pobre Brian. Pobres todos.

—¿Dónde está Ellen? —preguntó Mike.

—Volvió a casa esta mañana—, le dijo Meg. —Me pregunto cuándo volveremos a verla.

Todos permanecieron en silencio durante un rato, cada uno pensando en la horrible escena de la noche anterior en la fiesta. La brillante luz del sol se filtraba a través de las cortinas, que se agitaban con una brisa cálida. Unas crías de petirrojo gorjearon desde un nido al otro lado de la ventana.

—Tu primo Brian es todo un personaje—, dijo Mike finalmente. —Cuando se le ocurrió la idea de hacerme pasar por Evan, pensé que estaba loco.

—Todos pensamos que estaba loco—, dijo Meg. —Pobre Brian. Estaba tan asustado de Tony. Se perdió en su mundo de fantasía para no tener que enfrentarse al mundo real.

—Pero si no hubiera sido por Brian y Ellen, quizá nunca hubiéramos sabido la verdad—, dijo Mike con nostalgia.

—¿Brian y Ellen? —preguntó Meg, sorprendida.

—Sí. Ellos prepararon juntos la idea de que yo apareciera en la fiesta como Evan—, dijo Mike.

—¡Por eso Ellen fue a visitar a Brian! —. se dio cuenta Meg. —Para planear esa escenita.

—Así que Ellen lo sabía todo sobre la fiesta sorpresa—, dijo Shannon.

—Brian se lo contó—, dijo Mike. —Los dos no podían soportar más la culpa—, dijo Mike. —Tenían que soltar la verdad. Tenían que dejar que todo el mundo supiera lo de Tony, lo de ellos, lo que realmente había pasado en el bosque de la Calle del Terror. Llevaban meses queriendo ir a la policía. Pero habían esperado tanto que no estaban seguros de que la policía les creyera.

—Y tenían tanto miedo de Tony. Pensaron que estarían más seguros si lo exponían delante de todo el mundo—, continuó Mike.

—Brian montó un número de locura realmente convincente—, dijo Meg.

—Fue muy valiente—, dijo Mike, cerrando de golpe la maleta.

—Tú también fuiste valiente—, le dijo Meg. Se dio la vuelta. De repente se le llenaron los ojos de lágrimas. Todo empezaba a pasarle factura.

Shannon se acercó a donde Meg estaba sentada en la cama y le rodeó el hombro con un brazo.

—Te pondrás bien—, le dijo con ternura. —Ahora todos estaremos bien—. Meg se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Ella y Shannon acompañaron a Mike escaleras abajo. Se detuvo en el vestíbulo y dejó la maleta.

—Por favor, ve a decirle a papá que estoy listo para ir al aeropuerto—, le dijo a Shannon.

—Sí, sí, señora. —Se apresuró a salir al patio trasero.

Se volvió hacia Meg y sonrió.

—Sabes, volveré en julio—, dijo. —Quizá podríamos salir o algo.

Meg le devolvió la sonrisa.

—Eso estaría bien—, dijo. —Me gustaría salir contigo, Mike. Sólo... eh... una cosa..."

—¿Qué cosa?

—¡Por favor, nada de fiestas!

SOBRE EL AUTOR

R. L. STINE es autor de más de 70 libros de humor, aventuras y misterio para jóvenes lectores. En los últimos años, se ha concentrado en novelas de suspense como ésta.

Durante diez años fue editor de *Bananas*, una revista nacional de humor para jóvenes. Además de escribir para revistas y libros, actualmente es Guionista Jefe del programa infantil de televisión "El castillo de Eureka".

Vive en Nueva York con su esposa Jane y su hijo Matthew.

LAS PESADILLAS
NUNCA TERMINAN...
CUANDO VISITAS

LA PRÓXIMA: *NOCHE EN LA ISLA*

Della pensó que una noche en la Isla del Terror sería divertida. Pero no resulta nada divertido cuando Della se pierde en el bosque, y aparece el apuesto desconocido, susurrándole amenazas y finalmente llevándola a la violencia.

De repente, ella y sus amigos son prisioneros de una conspiración de silencio, tratando de ocultar la terrible verdad. Pero alguien vio lo que hizo Della. Y los amenaza a todos, obligándolos a volver a la Isla del Miedo ¡para enfrentarse de nuevo a sus pesadillas!

BIENVENIDO A LA CALLE DEL TERROR

No escuches las historias que cuentan sobre la Calle del Terror. ¿No preferirías explorarla tú mismo... y comprobar si sus oscuros terrores e inexplicables misterios son ciertos? No tienes miedo, ¿verdad?

Un Secreto A Voces

Ha pasado un año desde que Evan murió en el bosque de la Calle del Terror. Un año desde que Ellen se mudó y «la pandilla» se separó. Meg Dalton se sentía como si hubiera perdido a sus mejores amigos. Todo el mundo había cambiado. Incluso su novio Tony estaba de mal humor, extraño. Pero cuando se enteró de que Ellen volvía de visita, Meg tuvo la respuesta: ¡los reuniría a todos de nuevo con una fiesta sorpresa para Ellen!

Fue entonces cuando comenzó el terror... las llamadas telefónicas... las amenazas... los extraños actos de violencia. «Cancela la fiesta o si no,» le dijo la voz susurrante en el teléfono. Meg estaba asustada, y con razón. Quienquiera que quisiera suspender la fiesta intentaría cualquier cosa, ¡incluso el asesinato! Pero ¿por qué? Los oscuros bosques de la Calle del Terror guardaban las respuestas... ¡si Meg se atrevía a descubrir la verdad!